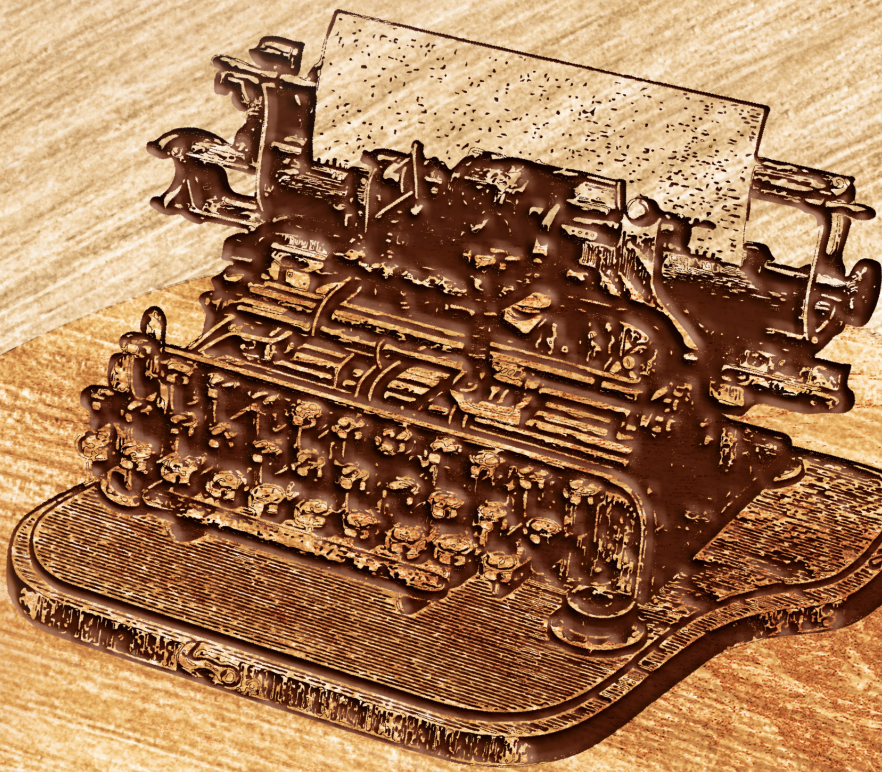
Colección *Los cuentos del abuelo*

Emilio Serta

Relatos del ayer



BERTONE

Emilio Serta

Relatos del ayer

Emilio Serta
Relatos del ayer / Emilio Serta. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Martín Bertone, 2024.
150 p. ; 21 x 15 cm. - (Los cuentos del abuelo / 1)

ISBN 978-631-00-5601-2

1. Literatura. I. Título.
CDD A863

2024. Primera edición.

Coordinación editorial: Martín H. Bertone
Diseño de tapa e interior: María Cordini
Fotografía: Bernardo Giaccaglia. *Emilio Serta y su nieta Laura Schejter, 1977*.

ISBN 978-631-00-5601-2

Impreso en BOLDT Impresores.
Pinzón 925, C1161 CABA
en el mes de octubre de 2024.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina.

Ninguna parte de esta publicación , inclusive el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

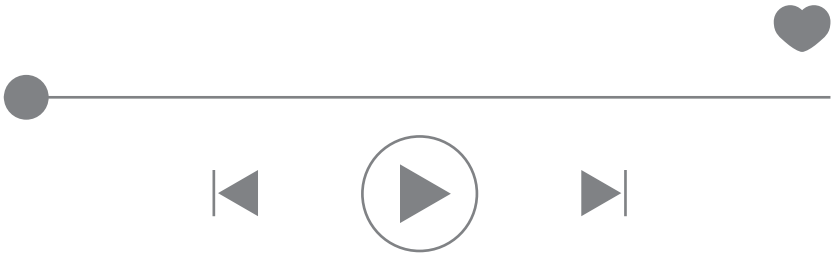
ÍNDICE

Prólogo	05
Disfraces	09
El viejo y el perro	19
Los sueños	29
La pelea	39
El nuevo Caín	49
La noche del sábado	55
El insulto	69
El hijo esperado	75
Comenzó con un vals	99
La isla lejana	111
La sirvienta	129
La confesión	143

Acompañá al autor escuchando la música que lo inspiraba.

Cómo leer el código de Spotify:

- Descargá la app en tu celular
- Buscá la lupa en la parte posterior y presionala
- Ahora buscá la cámara en la parte superior derecha
- Escaneá el código
- Dale play.... ¡y a disfrutar!



PRÓLOGO

Uno de los recuerdos vívidos que guardo de mi niñez y de la memoria de mis abuelos es la ida a su casa y la entrada triunfal del abuelo Emilio con un puñado de hojas diciendo que había escrito un cuento. ¡Y había que escucharlo! Yo, a veces, me impacientaba un poco, porque me parecía que leía un poco lento y, porque como también era muy chiquita, todavía no terminaba de entender el sentido de algunas de estas historias. La abuela llegaba con mate o con algo para tomar y comer, y se sentaba con nosotros a escuchar como si fuera la primera vez que lo oía. Años después, al releer cada cuento, recuerdo todo eso y siento que estos relatos me transportan mágicamente a cuando era chiquita, otra vez al jardín de invierno donde nos sentábamos cuando íbamos de visita los domingos, con unos sillones grandes de cuero verde y amplios ventanales que daban a un cuidado césped, algunos árboles frutales y un cantero con rosas y otras plantas.

Por supuesto, el abuelo que yo conocí y recuerdo era un jubilado, de pelo canoso, boina, ojitos curiosos y anteojos, que

tenía su pequeño taller de carpintería y talla de madera y su oficina al fondo de la casa, con su máquina de escribir y una biblioteca con olor a papeles viejos. Ambos ambientes eran las secuelas de sus dos pasiones y trabajos: la literatura y la talla en madera. Yo sabía que el abuelo siempre mandaba cuentos a diferentes certámenes de literatura, y que a veces lograba premios o menciones. ¡Qué orgullo! Y que una vez, Argentores (la Sociedad General de Autores de la Argentina) le había otorgado un premio en reconocimiento a su trayectoria. ¡Claro! Ese fue solo uno de los premios que recibió, pero lo tengo presente porque recuerdo el momento en que nos lo anunció y también porque esa placa está aún guardada en nuestra familia. Además, con el paso de los años fui aprendiendo más sobre su vida como escritor de guiones y de radioteatro en Radio El Mundo, en Buenos Aires, y sus encuentros con emblemáticos personajes del tango argentino en ese ámbito que él me relató. Pero pasan los años y todavía, de vez en cuando, me entero de alguna cosa nueva de labios de mi papá, de sus propios recuerdos familiares.

Hoy, después de muchos años, estoy cumpliendo con una deuda que me quedó pendiente con mi abuelo: empezar a reunir estos preciados relatos y publicar un libro. ¡Y hasta eso, parece, que ya estaba casi organizado! Porque cuando me puse a releer y revisar en los archivos de los cuentos y relatos del abuelo, me encontré con varias carpetas descoloridas con relatos agrupados e indizados (¿por temáticas? ¿por años? o... ¿vaya a saber cuál fue tu criterio, abuelo?) y descubrí que ya estaba todo organizado y que solamente faltaba traer estos cuentos al siglo XXI, al formato digital del procesador de textos de la computadora, porque estaban tipeados en hojas oficio

con máquina de escribir y tachones, a veces hasta en papel de calcar. Seleccioné la carpeta con los títulos de cuentos que más recordaba de mi niñez (las otras carpetas quedarán para más adelante). Dos de los cuentos de este libro recibieron premios en certámenes de literatura ("Comenzó con un vals" y "El hijo esperado"). O al menos eso pude descubrir. Mi principal objetivo hoy es que estos relatos lleguen a mi hijo Gabriel (tu bisnieto, abuelo), para que él sepa que su bisabuelo Emilio (Samuel Schejter, como decía en su documento de identidad), que llegó como inmigrante a la Argentina cuando era muy chiquito y siendo el mayor de seis hermanos, allá por el 1900, que apenas pudo terminar tercer grado en el colegio "Carlos Pellegrini" porque tuvo que salir a trabajar, y que forjó su vida y armó su familia adaptándose a este nuevo país y aprendiendo de su idiosincrasia y sus personajes en cada una de las esquinas porteñas, era un escritor. Y, por supuesto, que Gabriel pueda enterarse más sobre la vívida imaginación y la creatividad de su bisabuelo al leer sus cuentos.

Laura Schejter

DISFRACES

Conocí a Luisa en un baile de carnaval. En cuanto la vi me deslumbró. Estaba fascinante, bellísima en su disfraz de marquesa de Pompadour, con su ropaje, su peluca, su lunar en la mejilla, como para caer de rodillas ante ella y adorarla. Así, al menos, lo sentí. Hasta entonces mi vida transcurría bastante solitaria y mis veintisiete años se hallaban ansiosos del amor de una mujer que entreveía en mis afiebrados sueños de soltero.

Era una calurosa noche de verano y, metido entre la abigarrada multitud que colmaba el salón, tenía los oídos ensordecidos por los ritmos que brotaban ruidosamente de la orquesta. La carnavalesca Pompadour se veía bastante asediada por numerosos admiradores. Yo la miraba arrobado y paralizado por mi complejo de inferioridad. Además, tenía la desventaja de no estar disfrazado como mis rivales. Siempre fui reacio a cambiarme de ropa y vestía igual que todos los días: de jean, zapatillas y una campera.

La Pompadour bailaba con diversos tipos de la fauna carnavalera: un Pierrot, un D'Artagnan y algo que pretendía ser

un extraterrestre. Yo no me decidía a competir con ellos. Una voz interior me gritaba por encima del estrépito de un rock: "Joaquín Aguirre, sos el más imbécil, el más estúpido y el más idiota de los hombres. No seas el cobarde de siempre ante una mujer hermosa que te gusta. Disfrazate también vos, siquiera una vez de galán audaz y hacé valer tu juventud y tu pinta. Invitala a bailar. Adelantate a los otros en el próximo baile. No vas a perder nada. ¡Vamos, muchacho, vamos!".

Es más o menos lo que me digo siempre para adquirir audacia y superar mis escrúpulos de timorato. Y fue así que, después de autoinsultarme unas cuantas veces, con la desesperación de los cobardes, me puse delante de mis rivales y le dije imperativamente: "¡Soy Luis XV de incógnito y usted, Marquesa de Pompadour, está obligada a bailar conmigo!".

Dije Luis XV como hubiera podido decir XIII o XXV, no me acordaba bien de qué Luis se trataba, pero resultó. No sé de dónde saqué coraje para decir lo que dije. La marquesa o duquesa, o qué sé yo de Pompadour no me rechazó como esperaba. En lugar de darme vuelta la cara y alejarse de mí como de un apestado, me sonrió y me dijo: «Le obedezco, Majestad» y para el estupor y la envidia de todos los cocoliches allí presentes aceptó bailar conmigo, un típico y vulgar exponente de la plebe argentina, de jean, campera y zapatillas. Me costaba creerlo.

Me puse eufórico y empecé a hablarle hasta por los codos. La música y el baile, la maravillosa sensación de tener junto a mí a esa criatura celestial, inflamaban mi corazón, pero de pronto creí ser víctima de una alucinación porque junto a "mi" marquesa de Pompadour apareció, como por arte de magia, otra idéntica en todo, como si fuera su imagen reflejada en

un espejo. Y aun oyendo la explicación de que eran dos hermanas mellizas me costó creerlo. ¡Eran iguales, igualísimas! Como una gota de agua a otra. Me hubiera resultado imposible diferenciarlas. El disfraz, el lunar, la voz, la sonrisa, todo, todo era igual entre ellas.

La hermana, a la que oí que llamaban Leticia, tenía también un compañero, pero más apropiado que yo para hacer de pareja carnavalesca. Estaba disfrazado con máscara, capa y espada, como el personaje cinematográfico "Zorro". Charlamos algo entre los cuatro y luego seguí bailando y bailando en la noche más feliz de mi vida de soltero hasta que me despedí de Luisa ("mí" Pompadour) cuando ya aparecían las primeras luces de un nuevo día, con la promesa de una cita. Y me fui loco, loco, loco de alegría, embrujado por el carnaval y la hermosa mujer que bailó conmigo. Y así comenzó mi noviazgo con Luisa; sentía gravitar en mi existencia el influjo de un amor que anhelaba.

***

Luisa era bella y delicada como una orquídea, pero me fastidiaba un tanto su permanente elogio de Fernando, es decir el Zorro carnavalesco, que, por coincidencia, empezó a noviar con su hermana melliza. Ambas eran hijas únicas, huérfanas de padre, y vivían con la madre en un modesto departamento de dos ambientes. Y ambas Pompadour trabajaban como dactilógrafas mal remuneradas en la misma empresa de seguros. Solía esperar a Luisa a la salida de su empleo y me encontraba también con Fernando, que venía a esperar a la otra.

Fernando se aparecía vestido como un figurín, con un traje clásico, cuello y corbata y pantalón bien planchado. Y siempre traía flores o finos bombones, dejándome a mí a la altura de un poroto en materia de "hacer el novio" porque yo no pasaba de unas pastillas de menta baratitas, de acuerdo con mi ajustado presupuesto.

Los elogios repetidos que me hacía Luisa del novio de su hermana me imponían una especie de competencia que yo no deseaba de ningún modo. Solía repetirme "Fernando es un caballero muy distinguido, Fernando llevó a mi hermana al teatro y después fueron a cenar a un restaurante de categoría, Fernando le regaló a mi hermana dos frascos de perfume francés...". Fernando esto y Fernando aquello.

Todo esto me ubicaba en desventaja. Yo vivía en una pensión barata que, así y todo, me resultaba cara y no podía permitirme alardes de grandezas con mi trabajo de corredor de artículos de ferretería. Lo más que podía hacer, de tanto en tanto, era llevarla a un cine y después a una pizzería modesta, pero más no. Por eso, en lo posible, eludía todo trato con Fernando para que no me aplastara con su superioridad y no hacíamos planes en común. Luisa pretendía que tomara a Fernando como modelo, tanto de su conducta como de su figura, y ante su insistencia, acepté complacerla en algo. Cambié mi vestimenta habitual por mi único traje dominguero que no solía usar y me puse zapatos en vez de zapatillas. Y hasta me recorté la cabellera que llevaba alargada. Me peiné con la raya al medio y me dejé un pequeño bigote como Fernando. Y presionado siempre por Luisa para que imitara al otro, empecé a traerle también flores y bombones como un galán de teleteatro, con una bronca bárbara que apenas podía contener.

Por mi parte, hubiera querido que Luisa no imitara tanto a su hermana melliza y usara otro peinado, otro color de blusa o lo que fuera, algo que la diferenciara. Se lo decía con toda la diplomacia posible, pero no conseguía nada. Era una fanática del mellicismo, si cabe la expresión. Tenía metida en la cabeza la idea de ser un duplicado o una fotocopia de la otra, como deseaba que yo lo fuera de Fernando. Y, para mejor o peor, lo iba consiguiendo. De a poco fui vistiéndome igual que Fernando. Nada me desagradaba más que todo esto. Mi voz interior me repetía: "Joaquín Aguirre, te estás dejando dominar por tu novia. Cuando te cases te obligará a ser un infeliz Trifón, un títere. Tenés que rebelarte antes de que sea demasiado tarde. Dejá de ser una copia del otro". Pero era inútil. Luisa me daba un beso cálido y me dejaba sometido, imbécil e imbele. Ya éramos dos mellizos noviando con dos mellizas.

A mi fastidio se agregó pronto un motivo más. Fue el día en que Luisa, como quien no quiere la cosa, me informó que Fernando, el maldito "Zorro", le había regalado a su hermana una costosa pulsera de oro como "símbolo de amor". Me lo dijo con un suspiro que retorció mi corazón y mis tripas porque me daba a entender claramente que esperaba de mí lo mismo. Pero, ¿de dónde iba a sacar yo la guita para semejante compra de un "símbolo de mi amor"? Ganaba solo lo necesario para subsistir decorosamente y apenas si, con gran esfuerzo, podía ahorrar unos pocos pesos. Me sentí aplastado por la ostentación del otro que adoptaba, ya sin disimulo ante mí, cierta altanería. Cada vez más rabioso me debatía en un dilema: ¿debía aceptar las imposiciones de Luisa para no perturbar nuestro noviazgo o me convenía romper con ella y buscarme una novia menos complicada y sin hermana melliza?

Ya era bastante que hubiera renunciado a mi melena, que me peinara con la raya al medio, que me dejara un bigotito que me disgustaba, que hubiera renunciado a mi campera y zapatillas para hacer el novio al gusto de Luisa. Todo esto debía tener un límite. Mi voz interior me decía: "Tu marquesa de Pompadour tiene demasiados pajaritos en la cabeza y vos no sos un Luis XV platudo. Rompé con ella y no te compliqués más la existencia. Mujeres hay muchas", y así por el estilo.

Falté un par de semanas a mi habitual cita, pero no tardé en reconocer mi derrota. Pensaba continuamente en Luisa y en lo más profundo de mi corazón sentía que la necesitaba, que no podía vivir sin ella. Decidí entonces volver a mi novia manso como un corderito y llevarle una pulsera, lo más parecida a la de Fernando. Tenía unos ahorros juntados en largos meses de privaciones. Me alcanzaría para pagar una parte que impone un crédito. Todo menos perder a Luisa. Cuando terminé un laborioso trámite crediticio con el que dejé en la joyería todas mis economías, se me escapó un sollozo al recibir emocionado la pulsera. Ya sin rebeldías me dispuse a visitar a mi adorada. Me quité mis ropas habituales, me puse mi traje dominguero –no sin repasar antes la raya del pantalón con una plancha que pedí prestada–, me peiné al estilo del otro, me retoqué el bigote y me miré en el espejo. Me dio ganas de romperlo del asco que sentí de mí mismo, pero tragué saliva y me aguanté. Como todavía era muy temprano, me decidí a terminar de leer el diario, que los domingos venía con más páginas.

La vieja y empecinada voz interior de mi otro yo intentó reprocharme apelando a mi amor propio para que me negara a ser un duplicado del otro, pero ya decidido a volver al amor de Luisa, no quise escucharla. Hice un coqueto paquetito con

la pulsera y miraba mi reloj controlando el tiempo para salir. Luisa seguramente me diría al verme: ¿»Qué te pasó que no viniste en dos semanas y ni siquiera me llamaste por teléfono?" Yo, por supuesto, no le diría la verdad, que había intentado rebelarme contra su despotismo de mujer cautivante. Inventaría una excusa: que no me había sentido bien, que tuve que ir a visitar a una tía moribunda en Calamuchita, cualquier cosa, y luego pondría en sus manos la pulsera con mi mejor sonrisa hipócrita, esperando recibir el beso que le mendigaba casi de rodillas. Luisa me diría entonces, con debilidad de voz, que no debería haberme metido en gastos y todo volvería así a sus cauces normales. Estaba imaginando esa posible escena de mi reencuentro con ella cuando, hojeando el periódico, me pareció ver una fotografía con la cara de Fernando, su inconfundible cara con la raya del peinado al medio y su bigote bien recortado, y debajo de su fotografía una crónica policial, que leí con profunda sorpresa y avidez: "Fue detenido Eusebio Fontana, de frondoso prontuario, que, con otro conocido delincuente prófugo, asaltaba a parejas en la zona de Palermo". Y seguía una amplia información al respecto. Miré detenidamente la fotografía. No me cabía duda: ¡era el mismísimo "Zorro" carnavalesco, inconfundiblemente era él! No se llamaba Fernando, ni era un fino caballero, como solía decirme Luisa. Todo lo contrario.

¡Quedé helado, paralizado por la revelación! De modo que esos eran los "importantes negocios" de ese tipo. Con un cómplice se había dedicado a asaltar lisa y llanamente a las parejas que buscaban en la noche la soledad de los parques. El "Zorro" era un permanente disfrazado. Primero en los bailes de

carnaval y después en la vida cotidiana, al asumir el papel de un respetable y decente hombre acaudalado.

Sentí un cosquilleo irreprimible en la garganta y me puse a reír como un loco. Había engatusado a las dos mellizas y Luisa me lo había impuesto como un modelo de superhombre que me hacía imitar. Pero la vida real no puede ser un perpetuo carnaval. Llega el momento en que todo el mundo debe quitarse la careta y mostrar la cara, la verdadera cara. Y yo ahora me quitaría también mi careta, la de mellizo del "Zorro", para volver a ser el que siempre fui: Joaquín López, corredor de artículos de ferretería, sin más capital que su juventud y sus ganas de amar a una mujer. Me saqué la corbata, me quité mi traje dominguero, lo colgué en el ropero, me vestí con el jean y la campera, me calcé las zapatillas, me afeité el maldito bigote, me cambié el peinado y, al mirarme en el espejo, vi complacido que yo era otra vez yo. Y, aunque cruzó por mi mente el impulso de devolver la pulsera a la joyería, decidí llevarla. Entonces salí para ir a la casa de mi novia.

En cuanto llegué, con mi rebeldía a flor de piel, me recibió Luisa. Nos entendimos con una sola mirada, sin palabras. De entrada nomás me dio un beso y ningún reproche asomó en sus labios. Desde hacía unos días sabían que Fernando no tenía ese nombre y no era un fino caballero, sino un pájaro de avería. La policía había ido a la casa, no solo para revelarles su verdadera identidad, sino para que Leticia devolviera la pulsera de oro que le había dado el delincuente, producto de uno de sus asaltos. Y casi la llevan presa como cómplice, pero las cosas se aclararon.

Simulé sentir profundamente lo ocurrido. Hasta le di el pésame a Leticia. Agregué algo así como: "Quién iba a decirlo,

parecía tan decente, todo un señor". No quise ser cáustico porque la pobre tenía los ojos llenos de lágrimas y además observé que Luisa llevaba otro peinado y hasta una blusa distinta a la de su hermana melliza. Ahora, sin duda, quería complacerme. Conteniendo mis impulsos de soltar la risa y decir lo que pensaba, le entregué el paquetito con la pulsera. Vio que era de oro y no una simple chafalonía y le oí decirme con debilidad: "¿Por qué te molestaste, Joaquín? No debiste gastar tanto." Mi otro yo estuvo a punto de gritarle: "Me voy a joder bien para pagar esta joya en largas cuotas, pero no es robada como la de ese tipo que elogiabas tanto y me imponías que imitara. Conviene que vos y tu estúpida hermana no se engañen más con los disfrazados de príncipes".

No me dijo una sola palabra por mi cambio a una indumentaria "plebeya". ¡Era mi desquite! Después de esto nos casamos y esperamos nuestro primer hijo. La hermana de Luisa no quiere que le recuerden más su relación con el "Zorro" carnavalesco, que sigue entre rejas. Hace unos días me presentó a su nuevo novio. Llevaba jean y zapatillas. Gana poco, como yo, como tantos miles y miles que llenan los colectivos para ir a su trabajo.

EL VIEJO Y EL PERRO

Invariablemente, a eso de las seis de la tarde, saco a mi perro Roy a pasear. Mi querido animalito, después de su comida diaria, siente necesidad de descargar su vientre y su vejiga. Como a todos los perros le gusta hacerlo en lugares abiertos, donde abundan los árboles y, de paso, puede encontrarse con otros congéneres y correr libremente, lo que no es posible hacer en el departamento de un sexto piso, donde vivo. Y cerca de mi casa hay una placita propicia poco frecuentada, donde concurren otros dueños de perros como yo para lo mismo.

Roy es un caniche negro de tamaño mediano, pelo sedoso y enrulado, muy inteligente y vivaz. Mi esposa y yo lo criamos desde que era un cachorrito de dos o tres meses y lo tratamos con muchos mimos. Vino a cubrir en cierto modo el vacío que dejó nuestro hijo único cuando se casó y formó su hogar. Roy es como un chico travieso y muy consentido, y en mis horas de jubilado, ahíto de televisión y lecturas, me gusta tomarlo en brazos y acariciarlo o hacerlo correr detrás de una pelota.

Entiendo bien todo lo que me pide con sus ladridos. Lo más habitual es, por supuesto, pedirme su comida y luego, con sus más expresivos ladridos, me reclama que lo lleve a la placita. Entonces le digo que agarre la correa para enganchársela en su collar, que es el modo en que lo saco a la calle, y salimos los dos. Le hablo siempre, y con su sensibilidad educada por mi trato afectuoso, comprende el sentido de muchas palabras.

En el barrio nos ven casi siempre juntos y hay quien me dice: "Donde va la barca va Bachicha". Como soy muy sociable y conversador, mientras llevo a Roy me detengo a charlar con la gente conocida que encuentro a mi paso. Entonces, Roy se impacienta y emite unos gruñidos como diciéndome: "Don Javier, usted se para a hablar con sus amigos y yo aquí me aburro. Sigamos camino a la plaza, por favor". Yo le entiendo perfectamente y le digo: "Ya vamos, ya vamos, esperá un poquito más".

Suelo decir de mi perro que es como un hijo para mí. No falta alguno al que le parece mal mi modo de tratarlo, y este alguno es mi vecino don Cipriano. Cuando le confieso que le permito a veces dormir a mis pies en mi propia cama, me regaña ásperamente como si faltara a las leyes más respetables de la sociedad y me advierte con su voz más agria: "Don Javier, un perro es un perro y debe tener el lugar que le corresponde en una casa, fuera de las habitaciones. El perro tiene mal olor y pulgas".

Después de decirme esto con su tono más severo, llevado por el ímpetu de mi crítica, agrega: "Además, usted lleva a su perro a la plaza y la ensucia con los excrementos del animal. Un perro es un perro, don Javier", me repite soltando otras andanadas contra mi trato afectuoso a mi perro.

¿Qué puedo decirle a un tipo como don Cipriano para justificarme? ¿Que mi perro no tiene pulgas porque lo baño con pulguicida? ¿Que vivo en un departamento y no puedo enseñarle a hacer uso del inodoro? A estos individuos ásperos yo los llamo antiperros. No son capaces de apreciar el encanto que tiene este animal, encanto que se acrecienta cuando lo tratan con cariño. Ven al perro como si fuera una rata de albañal o algo así. Y si lo toleran es solo para utilizarlo como guardián de su casa y nada más. Le exigen ser un robot agresivo y nunca le harán una caricia.

De esta laya, muchos en el pasado, cuando había esclavitud, se oponían a todo trato humanitario del esclavo. Me habrían dicho lo mismo que don Cipriano con respecto a los perros: "Al esclavo hay que tratarlo como esclavo, don Javier. Usted echa a perder a su esclavo si lo trata como a un ser humano y no como a una bestia de tiro. Un esclavo nace para ser esclavo, don Javier". Esta es también la lógica de los antiperros y a mí me importa un comino lo que a digan estos señores. Yo trato a mi perro cariñosamente, lo mimo, lo acaricio y voy a todas partes con él. Y el perro me devuelve mi cariño con el suyo. Por eso estamos tan unidos, tan identificados, mi perro y yo. Y ahora que terminó de comer su habitual plato de comida me mira fijamente, me movió la colita y me ladró... Quería que lo llevara a la placita. "Está bien, Roy, está bien... Andá a buscar la correa y te llevo".

Roy fue a buscar la correa y me la entregó. Se la enganché en el collar y salimos. Juntos, siempre juntos, mi perro y yo.

* * *

Fue después de que Roy hizo en la placita lo que debía hacer que empezó la "cosa". En el camino de regreso a casa, un vecino asomado a la puerta de calle me saludó cordialmente: "Buenas tardes, don Javier... ¿Siempre con su perro, eh?". Yo solía contestarle: "Sí, siempre, ¡a Dios gracias!", pero sentí un impedimento en la garganta y no pude hablar, aunque oí que alguien decía por mí: "Buenas tardes, don Fulano... Sí, siempre, a Dios gracias", lo mismo que yo hubiera contestado.

Quedé sorprendido. Estaba seguro de haber oído mi voz, mi propia voz, pero no emitida por mí, porque cuando quise contestar me salió un gruñido o más bien un ladrido. Mi primera impresión fue que debía estar muy afónico. A los pocos pasos me saludó otro vecino y tampoco pude devolverle el saludo. Oí en cambio a la otra voz que volvía a responder por mí. Fue entonces que empecé a darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, o mejer dicho, de lo que ya había ocurrido. Porque don Javier, es decir yo, era ahora el perro y el otro, que me llevaba de la correa debía ser por lo tanto el mismísimo Roy adueñado de mi persona con mi voz y mi figura.

¡No podía entenderlo y me hice un tremendo galimatías! Me detuve un instante, confundido, para cerciorarme mejor, pero no cabía duda. Yo era ahora el perro y el otro me tenía sujeto de la correa. Quedé perplejo. ¿No estaría soñando alguna burda y horrible pesadilla? Pero todo parecía tremendamente real. Estaba viendo a otro don Javier llevando de la correa a un perro que ahora era yo. Para mayor evidencia, cuando quise protestar o decir algo me salieron de la boca ladridos y no palabras. Y al acercarme a un árbol de la calle sentí que me atraían olores que nunca había olfateado y, para peor, al ver un hueso tirado en la vereda tuve el impulso de tomarlo entre mis

dientes, como hace cualquier perro callejero. Así empecé a tomar conciencia del cambio que había ocurrido en mí. Ya no era don Javier, el viejo jubilado que salía a pasear con su perro, ahora yo era el perro. Por lo tanto, de acuerdo con la lógica que se me imponía, el que fue perro era don Javier, es decir, el otro. Parecía absurdo, pero lo absurdo es absurdo hasta que deja de serlo. Me quejé entonces con un gemido lastimero:

—Querido Roy —le dije—¿te diste cuenta de lo que pasó? Me pareció que debía seguir llamándolo con el nombre que le correspondía, aunque ahora era don Javier con mi cuerpo, mis pantalones anchos y mi gorra. —Estás usurpando mi identidad, espero que entiendas mis ladridos.

—Te entiendo perfectamente, querido Javier —me respondió—. Entiendo bien tus ladridos porque así te hablaba yo antes, con mi lenguaje de perro. Ha pasado algo raro entre nosotros, pero no es mi culpa. Por mí hubiera seguido siendo perro hasta el fin de mis días. Estaba acostumbrado a serlo y estoy tan sorprendido de lo que pasó como vos.

Reflexioné unos instantes, apesadumbrado.

—Yo siempre te quise, Roy —le dije—. Siempre te traté con el mayor cariño, pero yo era el amo y vos el perro. Había diferencias, categorías naturales y sociales que debíamos respetar.

—Sí, claro, querido Javier... o tal vez desde ahora deba llamarte Roy. Me toca a mí tratarte de la misma manera afectuosa con que me trataste vos. Podrás seguir durmiendo a mis pies en mi cama. Nada cambiará entre nosotros, te lo aseguro —respondió para tranquilizarme, pasándome tiernamente una mano sobre el lomo.

No me convenció y me rechiflé disgustado emitiendo un ladrido fortísimo con toda la potencia de mis pulmones, ahora perrunos.

—¡Pero no, no puedo permitir semejante atropello, Javier! Dije Javier, pero me rectifiqué en seguida, quise decir Roy, porque tu nombre debe seguir siendo Roy, como el mío Javier.

—Sí, Roy... o Javier, como quieras. Lo que ha ocurrido es realmente inexplicable. Yo nunca lo había deseado. Estaba cómodo como perro, pero no debes desconfiar de mí. Te he sido siempre leal como debe ser un buen perro, muy leal, te lo aseguro... Se cambiaron las identidades, esto es todo.

—¿Esto es todo? —ladré furioso—. ¿Acaso es poco? Siento que me robaron lo más íntimo y valioso de una persona. Yo soy o fui un ser humano, no un simple perro —dije con cierta soberbia, que ya quedaba mal en la boca de un perro. Me arrepentí un tanto de lo que dije y aclaré: —Bueno, Roy, no lo tomes a mal. No soy racista ni antiperro. Para mí eras un hijo y aceptaba todos tus deseos, todos tus caprichos, pero esto es más de lo que puedo y debo aceptar, tenés que comprenderlo. ¡No es justo este trueque, no es justo!

En eso, otro vecino se asomó a la puerta de calle y me saludó:

—Buenas tardes, don Javier.

Maquinalmente quise devolverle el saludo, pero me salió un ladrido que el otro no entendió. La cosa empeoró más todavía cuando volvimos a casa. Mi esposa acostumbraba a servirme un mate a mi regreso del paseo y fue lo que hizo, pero se lo dio al otro, no a mí. Intenté aclararle lo ocurrido y decirle que el mate debía dámelo a mí, que el otro ya no era yo, pero no me entendió y el otro, ahora en funciones de mi persona, me advirtió que los perros no toman mate.

—¿Dónde viste a un perro tonando mate? —me dijo en tono zumbón y, lo más desenvuelto, se puso a sorber el mate como si lo hubiera hecho siempre.

Intenté nuevamente decirle –o ladrarle– a mi esposa con mis ladridos más vehementes:

—Aurelia, tu marido soy yo y no este. Ha sucedido un cambio inexplicable. Tal vez el excesivo cariño que siempre le tuve al perro nos unió al punto tal de que no sé si Dios, creyendo hacerme un favor, me pasó al cuerpo del perro y a él le dio el mío. También podría ser una travesura del diablo, no sé... Es difícil de comprender, pero ha sucedido.

—¿Qué le pasa al perro? —preguntó Aurelia aturdida por mis ladridos—. Ladra más que nunca. No será por hambre, porque antes de salir con vos limpió un buen plato de comida.

—No, por hambre no es —dijo el otro vagamente.

—Decile la verdad de lo que pasó, Roy o Javier, cualquiera sea ahora tu nombre —le ladré furiosamente—. Si seguís siéndome tan leal como me afirmaste, decile la verdad de lo sucedido.

—Claro que sigo siéndote tan leal como siempre, querido Roy.

Lo miré con desconfianza. Me dio ahora el nombre de Roy sin titubear, es decir, me consideraba perro y bien perro, sin atenuantes.

—¿Qué le estás diciendo al pichicho? —preguntó Aurelia sin entender nuestra conversación.

El otro pareció reflexionar antes de contestarle.

—Fijate bien en mí, Aurelia —le dijo—. ¿Me notás algo cambiado?

Aurelia, un tanto extrañada por sus palabras lo miró, remiró y movió negativamente su cabeza.

—No. ¿Qué pasa? ¿Qué querés decirme? ¿Ha sucedido algo?

—Sí. Aparentemente soy el mismo que cuando salí hace una o dos horas a la placita, pero realmente ya no soy Javier sino Roy. Soy el perro con la figura de Javier y el perro, es decir Roy, es tu verdadero marido. Esto es lo que pasó —le dijo tomando de paso el mate que le servía.

—¿Debo reírme? —le contestó secamente Aurelia—. No le veo la gracia al chiste.

—¡No es un chiste! —le grité o ladré lo más fuerte que podía.

Fastidiada por mis ladridos, Aurelia gritó a su vez:

—¡Fuera de aquí, Roy!

Intervino el otro, conciliador, no sé si llamarlo ya Roy o Javier:

—Aurelia, no eches al perro... Intenta decirte que no es un chiste, que sigue siendo tu marido y que yo fui el perro antes... Ha pasado algo inexplicable y misterioso.

—Sí, es algo inexplicable —acepté a todo ladrido—. El que era perro pasó a ser Javier y yo a perro... ¡Esto es todo!

—Un cambio de almas o algo así...Es lo que sucedió.

Creí que nuestra confusa explicación seguiría y seguiría durante largo rato entre palabras y ladridos, pero Aurelia, escéptica, le dio un decidido corte al asunto.

—Oh, vos con tus cosas —le dijo al otro encogiéndose de hombros y restándole importancia—. No tengo tiempo para tus tonterías y estupideces. Ahora empieza el teleteatro que sigo todos los días.

Y nos dejó plantados para mirar en el televisor, con su interés de siempre, los besuqueos de dos jóvenes enamorados que juraban amarse eternamente en cada episodio.

¡Quedé desolado! Mi esposa no nos creía, no aceptaba las explicaciones que le dábamos.

—Ya ves, mi querido Roy —dijo el otro condenándome con el nombre de Roy a ser el perro que ya era—. Le revelé la verdad a tu esposa, pero no me creyó. Decime vos: ¿qué debo hacer? ¿Te soy o no leal como antes?... Si te consuela que te llame Javier en lugar de Roy, decímelo.

Parecía muy afligido y me dio lástima. Era un buen hombre, un buen viejo, como lo habla sido yo con él. Después de todo, en mi nueva condición de perro me sentía muy cómodo, sin ningún deseo de tomar mate.

Esta reflexión me apaciguó un tanto y comencé a resignarme. No estaba en mi voluntad poder cambiar las cosas y, además, mi transformación en perro no me resultaba dolorosa ni molesta. Por el contrario, como perro era más joven que don Javier que había pasado los ochenta años. Me sentía ágil, podía correr, saltar y en el cuerpo de Javier debía caminar con pasos cortos y lentos como todo anciano un tanto reumático. El cambio me favorecía físicamente y, además, el amo era muy bueno conmigo, muy complaciente con mis deseos, como yo antes lo había sido con él.

En los días siguientes todo continuó igual. Yo dejé de emitir mis ladridos inútiles de protesta y renuncié a explicarle a Aurelia lo que había ocurrido. Nunca me entendería. Para los vecinos y para mi esposa nada había cambiado, todo seguía igual: éramos el viejo y el perro de siempre. Salíamos juntos a la calle y el vecino repetía al vernos: "Donde va la barca va Bachicha". Don Javier me acariciaba el lomo cariñosamente y después de mi plato de comida me llevaba a la placita y me dejaba dormir también a los pies de su cama. Y, de bueno que es conmigo, trata de hacerme gancho con una perrita caniche muy linda de la otra cuadra que me gusta mucho.

Ahora acabo de comer y le voy a pedir a don Javier, como todos los días, que me lleve a la placita: guauuu, guauuu...guauuu...

LOS SUEÑOS

Todo comenzó cuando pude concretar un viejo anhelo: cambiar mi departamento chico, antiguo y húmedo por otro moderno, recién construido: un comodísimo contrafrente. Mi esposa y yo estábamos radiantes, se hacía realidad nuestra aspiración de pequeños burgueses capaces de tener habitaciones separadas para nuestros dos hijos que estiraban ya sus piernas, rumbo a la adolescencia.

Pero con la satisfacción que no enturbiaban las largas y onerosas cuotas hasta consumar el pago, empezó mi tormento. A los pocos días de habitar en el nuevo departamento, me dijo mi esposa una mañana:

—Dormiste mal esta noche. No hacías más que moverte y gruñir.

—Tuve una pesadilla —le expliqué, recordando nítidamente las imágenes que persistían en mi mente. Y le conté el mal sueño cuya sensación de realismo se trocó en el alivio que procura el despertar. Alguien que no identifiqué, un individuo de mala traza trataba de arrojarme al fondo de un precipicio.

Mi lucha por sobrevivir era durísima, pero mi maldito enemigo, dotado de una fuerza hercúlea, me empujaba centímetro a centímetro al borde del abismo. Y ya iba a caer en él cuando el timbre estridente del despertador me llamó a la realidad.

Esa primera pesadilla no me preocupó. Tampoco las siguientes dos o tres que invadieron mi reposo con imágenes de angustia. Unas veces era un tren que se acercaba veloz y arrollador, mientras yo, sin saber por qué razón, me encontraba en medio de las vías, con las manos y los pies atados; otras, tenía a un individuo feroz ante mí que blandía un tremendo cuchillo pronto a clavármelo en el pecho. Y cada noche me despertaba una siniestra cita de pesadillas en las que me veía acosado y perseguido de mil modos diferentes. Y despertaba con el cuerpo inundado de sudor y a punto de pedir socorro con todo el aliento de mis pulmones.

Le contaba lo soñado a mi mujer y ella procuraba tranquilizarme, diciéndome:

—Tus pesadillas se deben a que estás muy preocupado por las deudas del departamento y tu sueldo bajo.

También yo lo pensé así, pero las pesadillas que colmaban de angustia mis noches siguieron durante un tiempo más. En uno de mis sueños, me encontré amarrado a un poste mientras una legión de salvajes se aprestaba a lanzarme sus flechas; otra vez debía batirme a duelo con unos brazos de rostro patibulario. En otra siniestra pesadilla, me hallaba conduciendo un avión en plena batalla aérea para ver, con los ojos desorbitados, cómo el impacto de un cañón antiaéreo me ponía en el trance de caer con mi avión envuelto en llamas... y despertaba con un grito sofocado en mi garganta y el espanto reflejado en mi rostro.

—Tenés estrés, estás mal de los nervios... Te harían bien unos días de descanso —me sugirió mi esposa.

Estuve de acuerdo. Las pesadillas me dejaban exhausto, con los nervios destrozados. Decidí aprovechar mis vacaciones veraniegas y, reuniendo mis magras economías, viajé con mi familia a una playa atlántica. Efectivamente, junto al mar sentí cómo se descargaba de mí el peso de esas imágenes truculentas que me invadieron. Mi sueño se tornó plácido, sin sobresaltos, y hasta engordé unos 2 kilos que había perdido. Volví pues reconfortado, seguro de que ya no sería víctima de los malos sueños, pero no fue así. Las pesadillas, como lobos hambrientos y rabiosos, volvieron a atacarme. Bastaba que cerrase los ojos para que, por las galerías de mi mente, entrasen en tropel monstruos horrendos o individuos desalmados que pretendían estrangularme. Entonces, ya inquieto, decidí consultar a un psiquiatra. El profesional me escuchó con atención y sin interrumpirme.

—¿Qué tengo doctor? —le pregunté—. ¿Por qué me persiguen estas pesadillas? ¿por qué mis noches contienen tanto horror y tanto sufrimiento en lugar de proporcionarme el descanso que necesito después de un día de trabajo intenso?

—Es usted víctima de tensiones nerviosas, propias de mucha gente de hoy, preocupada por sus problemas económicos y su necesidad de mantener dignamente un "status" para ser respetados en esta sociedad. Sus pesadillas son los símbolos de su estado anímico. En todas se siente asediado, víctima... Teme sin duda un destino adverso. Debe procurar tranquilizarse. Le recetaré unas píldoras que le ayudarán. Por lo demás, lleve una vida normal, poco alcohol, pocos cigarrillos... ¿Comprende?

Entró en otras explicaciones muy convincentes que levantaron mi espíritu, o al menos lo intentaron. Decidí cumplir todas sus indicaciones y, efectivamente, durante un tiempo las pesadillas comenzaron a ralear. Mis noches se tornaron más plácidas, pero siempre colmadas de imágenes. Ahora, en lugar de encontrarme en situaciones espeluznantes, mis sueños se volvieron eróticos. Hermosas mujeres de mirada profunda decían amarme apasionadamente y me sentía subyugado por el encanto que emanaba de ellas, pero ese amor, por una razón u otra, se tornaba imposible y el destino adverso me producía un sufrimiento infinito.

Al despertarme, mi esposa me inquiría con una pregunta ya habitual:

—¿Qué soñaste esta noche? Te oí quejarte.

¿Cómo contarle, sin ningún descaro, que le fui "infiel", que había besado y abrazado a otra mujer de un encanto indescriptible, sin ofenderla, pese a tratarse solo de un sueño? Optaba por responderle vagamente: "Sí, algo soñé, pero ya no recuerdo qué..." ¡Y vaya que recordaba! ¡Si me parecía sentir aún en mis labios el beso intenso de una mujer estupenda que iba a ser fusilada por espionaje y retenía en mi mente el agobio de la fatalidad que me alejaba de ella!

Estas nuevas imágenes se tradujeron finalmente en otros motivos de tortura y volví al psiquiatra, a quien puse en conocimiento de estos sueños. El facultativo me hizo diversas y confidenciales preguntas sobre mis relaciones sexuales con mi esposa, para terminar diciéndome convencido:

—Amigo mío, su sueño es un desquite de lo que usted tanto aspiró sin conseguirlo. Usted arrastra una ansiedad juvenil que no satisfizo su matrimonio. El tipo de mujer que usted busca-

ba en su soltería no ha sido su esposa y en su subconsciente quedó latente el deseo de una mujer ideal y quizá utópica. Sucede lo mismo en muchas mujeres. Ansían un tipo humano difícil de lograr, producto de novelas románticas, y terminan por aceptar como esposo a un hombre que suele diferir profundamente del ser imaginado. Reflexione sobre ello y dejará de soñar con esas mujeres irreales que su espíritu arrastra desde su juventud insatisfecha.

Era cierto. Mi matrimonio había sido apresurado y equivocado. Mi vida con mi esposa era prácticamente un infierno, colmada de discusiones. Tampoco yo era el hombre rico con quien ella había soñado casarse. Acepté los consejos del psiquiatra, pero seguí siendo el protagonista de amores trágicos e imposibles hasta que el leit motiv de mis sueños varió profundamente. Ya no se trataba de amantes ideales. Inmerso en un ámbito de ciencia ficción, la situación era muy otra. Nuestro planeta era invadido por poderosos monstruos oriundos de otros mundos, con extrañas máquinas cósmicas y un inigualable poder de destrucción.

Con ojos agrandados por el espanto veía desmoronarse los altos edificios al avance incontenible de los seres extraterrestres hasta que, con un grito de horror a punto de estallar en mi boca, mi esposa me sacudía y despertaba, zamarreándome:

—Estabas gimiendo... ¿otro de tus malos sueños?

—Sí. Quizá el peor —apenas si pude contestarle respirando hondamente. Y pese a mi reconquistada lucidez me pareció ver algunos monstruos de mi pesadilla asomando en mi dormitorio.

Recurrí luego a otros psicólogos en mi lucha contra esos malos sueños sin mayor éxito, hasta que, hablando ocasional-

mente con un vecino de largo arraigo en el barrio, me inspiró una inverosímil, pero posible clave, para descifrar el sentido y la motivación de mis noches de angustia. El tal vecino frisaba en los 70 y tantos años y le gustaba hablar sobre los tiempos idos.

—¡Cómo cambió el barrio desde que era joven! —me comentó con dejo nostálgico—. Pensar que en mi infancia había innumerables baldíos en todas partes, donde jugaba la pelota, y ahora solo veo edificios de 15 o 20 pisos...

—Es el progreso —dije por decir algo, no aviniéndome a compartir el espíritu melancólico de septuagenario.

—Había un café con billares en la esquina que ya no está más... y en la casa de departamentos donde usted vive funcionaba hace muchos años un cine, el biógrafo, como decíamos antes. Empezó con las primeras películas mudas que vinieron al país.

—¿Un cine? No lo sabía... Con la televisión hubo muchos cines que cerraron sus puertas —dije buscando un pretexto para retirarme.

Había salido a comprar el diario que solía leer antes de acostarme y no me atraía gran cosa la charla del anciano.

Esa noche, fui víctima de nuevas imágenes que me sumergieron en un torbellino de terror. Me encontraba en un quirófano. Un científico de blanco delantal y rostro vesánico se proponía transplantarme el cerebro de un gorila. Quería resistirme, pero me habían atado de pies y manos en la mesa de operaciones. Cuando iban a aplicarme la anestesia, hice un supremo esfuerzo y pegué un alarido con todo el ímpetu de mis pulmones. ¡Y desperté! Mi esposa había encendido la luz y me observaba.

—¡Me asustaste con tu grito! ¡Te revolvías en la cama como si te torturasen! —me recriminó con acritud.

Aspiré una profunda bocanada de aire, feliz de volver a la superficie tras haber buceado en las oscuras aguas del espanto. Entonces fue cuando asocié mi pesadilla con el actor Boris Karloff a quien había visto hacer de cirujano loco en una antigua película.

—¡Creo que tengo la clave de lo que me pasa!... —dije agitado—. Aquí mismo, donde está nuestro dormitorio, se hallaba el telón de un viejo cine que fue demolido, según me informaron. Mis pesadillas repiten en mi mente, como en otra pantalla, las innumerables películas que se proyectaron justamente en este lugar.

—¿Estás en tus cabales? Nunca escuché nada más absurdo.

—Parece absurdo, sí, pero creo que estoy en lo cierto —dije convencido.

Después de esto, decidí consultar a un amigo versado en la parapsicología a quien escuchara incrédulamente sus relatos sobre fenómenos extrasensoriales y otras cosas raras. Le expuse lo que me ocurría, incluso mis sospechas de albergar en mis sueños, imágenes de antiguas películas proyectadas en el preciso lugar de mi departamento.

—¿Qué opinas de esto? —le pregunté finalmente.

Mi amigo permaneció pensativo durante unos instantes, luego me respondió:

—Los fantasmas que suelen verse en algunos viejos castillos u otros caserones por el estilo donde han morado en vida son ectoplasmas o la esencia viva, por decirlo así, de seres descarnados por la muerte. No puede saberse bien por qué vagan y se hacen visibles incluso en cementerios. Son las llama-

das almas en pena, pero las imágenes del cine son solo efecto de luces y sombras, fenómenos puramente ópticos.

—¿Solo luces y sombras? –protesté—. Las figuras humanas que se proyectan en la pantalla, que se mueven, hablan, aman, luchan, sufren y viven, ¿son acaso de muy distinta naturaleza que los llamados fantasmas o espectros? Por otra parte, perduran sus imágenes y sus voces, aunque los actores de carne y hueso que les dieron rostro y emoción hayan muerto. Pero los vemos vivos, seguimos viéndolos vivos.

Mi amigo quedó perplejo ante mis palabras, un tanto vehementes.

—Si así fuera, podrías tener un poder mediúmnico que actúa mientras estás dormido. Sería tu modo de estar en trance.

Me gustó la idea de poseer un don especial, pero el tal don solo me reportaba múltiples molestias y sufrimientos.

—¿Te das cuenta de lo que me pasa? —le dije—. En cuanto cierro los ojos desfilan por mi mente amores imposibles y trágicos, persecuciones espantosas, situaciones de terror, todo aquello que se proyectaba durante años en una pantalla ubicada en mi propio departamento. Y si quiero vivir tranquilo deberé mudarme de allí. Figúrate que trabajo como un condenado en dos empleos, para mantener a mi mujer y a mis dos hijos, que me tengo que aguantar a jefes de oficina despóticos, que ando corriendo todo el día, que de salud no estoy bien, y cuando pretendo descansar, me veo envuelto en tragedias y argumentos terroríficos. Es más de lo que puedo soportar —agregué lloriqueando—. No quiero seguir siendo el protagonista de tanto horror. Esos actores muertos reviven en mí, en mis pesadillas.

Le propuse entonces a mi mujer vender o cambiar ese departamento embrujado y maldito por otro, y al darle mis razones me miró como si dudase de mis facultades mentales. Pero, cuando me dispuse a realizar una permuta, mis sueños —quizás gracias al influjo de una misteriosa divinidad— experimentaron un cambio profundo. Dejaron de torturarme repetidamente las imágenes escalofriantes y los amores imposibles y trágicos para transfigurarme en el héroe constante de historias optimistas con final siempre feliz, el "happy end" de tantas y tantas películas ingenuas. Los nuevos sueños me hacían pasar momentos deliciosos; me veía aclamado por mi valentía en una batalla, recibiendo metas por mi heroico comportamiento, amén de los abrazos y besos de las más hermosas y cautivantes mujeres que se puede imaginar. Ahora, a llegar a casa, tras una dura jornada de labor atormentado por la artrosis que se me acentuaba día a día, mis sueños me compensaban por mi vida chata y vulgar, mi mediocridad, mis discusiones conyugales, por todo lo ingrato o desagradable de mi existencia.

—Cambié de idea —le dije a mi esposa—. Se terminaron mis pesadillas. Seguiremos aquí.

Mi mujer se encogió de hombros. Me creía ya bastante chiflado. Pero mis sueños se habían constituido en lo mejor de mi vida. Lo que otros buscaban en sus paraísos artificiales, en el opio o la cocaína, yo lo conseguía con solo cerrar los ojos y apagar la luz. Al revés de mi cotidiana y aplastante rutina, mis nuevos y gratos sueños me hacían sentir feliz. Se lo dije a mi esposa, pero ella me escuchó fastidiada. Ah, si pudiera conservarme en el límite mismo de este mundo maravilloso que supe descubrir en mi departamento... Hubiera querido prolon-

gar indefinidamente mi permanencia en estos sueños, hasta alejarme cada vez más del mundo diurno áspero y desagradable que me aplastaba con las deudas, el trabajo excesivo, la desavenencia conyugal y la mala salud... ¡Odio la realidad, la odio ya con toda mi alma porque me cierra el acceso a la fantasía, esa mentira íntima que vivo intensamente en mis sueños y es mi más bella verdad!

* * *

—¡Despertate, Juan!... ¡vamos, despertate!

La mujer volvió a zamarrear a su marido, pero Juan no respondía. Nuevos intentos no consiguieron despertarlo. Le pareció ver algo extraño en su rostro rígido. Una leve sonrisa asomaba a sus labios. Una sonrisa como de satisfacción y felicidad que nunca le había conocido hasta entonces. Y comprendió, espantada, que Juan ya no podía despertar. ¡Se había quedado, como lo deseara, retenido para siempre en el mundo subjetivo de sus mejores sueños!

LA PELEA

Habían terminado las peleas preliminares y el público aguardaba con impaciencia los dos combates más importantes de la noche. Las tribunas estaban bastante cubiertas, lo que reflejaba el interés de los aficionados. Un locutor de radio daba a conocer los antecedentes de los pugilistas que iban a enfrentarse.

—Amigos oyentes, hay una gran expectativa por ver a Héctor "Puñetazo" López, que está en ascenso por sus últimos triunfos. Su rival será Carlos Martínez, que viene de hacer una meritoria campaña en varias provincias.

Héctor "Puñetazo" López subía en ese momento al ring luciendo su bata lustrosa con su nombre en la espalda y calzando unas flexibles botas blancas. Se había iniciado hacía unos meses en el profesionalismo en la categoría de peso liviano y seguía invicto con tres victorias. López tenía veinte años, pelo lacio y negro, piel oscura y un tanto cobriza, labios gruesos, nariz achatada, cejas tupidas y juntas y una cicatriz en el pómulo izquierdo. Provenía de una villa cercana, superpoblada de

ranchitos humildes. De su padre tenía un recuerdo impreciso. Sabía que había emigrado de un pueblo de Corrientes donde escaseaba el trabajo y la pobreza era la herencia común de los pobladores. Y lo mismo que otros coterráneos, un día empacó sus trapos y las pocas cosas que tenía y se fue con su mujer y sus dos críos a una villa, de las llamadas de emergencia o miseria, cercana a la capital. Allí consiguió levantar un ranchito con algunas chapas y puertas que compró de segunda o tercera mano. Tuvo que disputar el terreno por centímetros, entre discusiones ásperas cuajadas de insultos y amenazas, con otros que venían a lo mismo. Finalmente consiguió terminarla y así se instaló con todas las penurias propias de una villa donde escaseaba el agua, faltaba la electricidad, abundaban los malvivientes y los perros famélicos y vagabundos.

—Sonó el gong y, tras el saludo de los boxeadores tocándose los guantes, se inició la pelea. El primero en atacar es "Puñetazo" López. Su rival se cubre bien y esquiva con destreza. Luego de un intercambio de golpes...

Su madre había llegado embarazada a la villa y pocos meses después nació él. Recordaba a su padre regresando del trabajo con el paso cansado y los pantalones sucios de cal. Un día, un mal día, se cayó del andamio y quedó con varios huesos rotos. Ya no podría seguir en su oficio. Apenas si lograba caminar arrastrando una pierna con el apoyo de una muleta. Su hermano Andrés salió a vender diarios. Él había empezado a ir al colegio donde solo seguiría tres años escasos. En la escuela, algunos chicos muy blanquitos se burlaban de él y lo llamaban indio sucio o cabecita negra. Al principio no había entendido bien el sentido de esos ataques. ¿Acaso era malo ser indio o medio indio y tener el pelo lacio y la piel oscura?

¿No eran todos argentinos? Pero le decían indio a modo de insulto para mortificarlo, y en la calle solía agarrarse a trompadas con quienes pretendían humillarlo. En esas riñas hizo sentir por primera vez sus puños a su ocasional antagonista. Y así, desde su misma infancia, siempre que se sentía agredido se desquitaba a golpes para defender su dignidad. Pero se sabía en desventaja. De algún modo le hacían comprender que vivía en una villa miseria, que los de ahí, aunque supieran pelear, eran distintos, eran menos que los otros y eso empezó a dolerle, tal vez más que los castañazos que recibió después en el ring.

—Se inició el segundo round... "Puñetazo" López conecta una buena derecha en la cara de Martínez. López parece resuelto a buscar un desenlace por la vía rápida del knock out...

Pronto dejó el colegio para lustrar zapatos o vender diarios siguiendo las huellas de su hermano Andrés. La vieja se quejaba de que la vida era cara, de que no le alcanzaba para los gastos y él quería ayudarla. Ya sabía leer un poco, hacer el garabato de su firma, ¿para qué más? Lo que importaba entonces era no achicarse ante las amenazas o agresiones de algunos tipos pendencieros y hacerse respetar. A veces debía apoyar a su hermano en gresca con otros de la villa o defender a su hermana de ser manoseada. Y se acostumbró a dar y recibir trompadas lo mismo que a putear, mientras sus piernas se estiraban y le llegaba la adolescencia. Su padre había quedado mal por el accidente. Estaba hecho una ruina y al poco tiempo murió.

—Tercer round. La pelea se ha vuelto vibrante y sin concesiones. Martínez tiene un corte en el pómulo derecho, del que mana bastante sangre. También López parece sentir la po-

tencia de los golpes de su rival y sangra abundantemente por la nariz.

Como otros chicos de la villa se había hecho un carrito con unas maderas y unas ruedas que consiguió en un depósito de fierro viejo para salir a buscar cartones, botellas y cualquier desecho que tuviera algún valor de venta. Debía caminar muchas cuadras arrastrando la carrindanga que se le hacía muy pesada en las cuestas, pero así ganaba unos pesos que le daba en parte a la vieja y le alcanzaba también a él para cigarrillos. Lo hizo hasta que un grandote y su patota le robaron el carrito con toda la carga, e incluso lo dejaron maltrecho. Después de esto sintió unas ganas enormes de crecer y hacerse fuerte para no dejarse robar impunemente.

—¡A la mandíbula, López! ¡Dale, Indio, dale!

—¡Matalo, Martínez, matalo! ¡Sangre! ¡Sangre!

El público vociferaba azuzando a los boxeadores que se prodigaban intensamente.

A los dos años de su viudez, su madre decidió formar pareja con un tipo de la villa al que llamaban Torazo por su corpulencia, y que parecía de buen carácter y trabajador, pero que después de quitarse la careta resultó ser un haragán, dado a la bebida y de mal genio cuando se emborrachaba. Solía insultar con las peores palabrotas, las más inmundas, repartía cachetadas cuando se le antojaba y se apropiaba de las monedas que ganaba con su cajoncito de lustrar zapatos. A su hermana empezó a violarla reiteradamente sin hacer caso de sus protestas ni de los gritos de su madre. Era un verdadero hijo de puta. Esquivaba con frecuencia las tareas que debía cumplir en un aserradero para pasar las horas bebiendo y jugando a los naipes en un boliche. Todos le temían, sin atreverse a sacudir

su yugo. Con qué ganas hubiera llenado de piñas su detestado rostro ahora que era boxeador, pero el maldito había terminado su existencia, años atrás, bajo las ruedas de un colectivo, una noche en que regresaba a la villa totalmente alcoholizado. Nadie soltó una lágrima por él.

—Se inició el cuarto round. La lucha no muestra todavía ventajas muy apreciables para ninguno de los dos combatientes. La pelea se torna cada vez más recia y sangrienta...

Le daba lástima ver a su pobre vieja trabajar largas horas para atender a sus hijos, recargándose con trabajos de costura para cubrir los gastos de su hogar. Además, Miguelito, su hermanito menor, el único hijo que su madre tuvo con su padrastro, era un chico débil y le apenaba verlo tan flaquito y enfermizo. Le hubieran hecho falta muchos cuidados y una buena alimentación. A veces veía a su vieja llorando en un rincón, temerosa por la suerte del pequeño. Y para colmo de amarguras, su hermano Andrés fue sorprendido con otros por la policía cuando intentaba robar en una zapatería. Andrés traía ocasionalmente algún dinero sin que se supiera bien cómo lo conseguía. Su vieja sospechaba su origen y no le gustaba, pero terminaba por aceptar lo que le daba. Eran muy pobres y Miguelito necesitaba medicinas. Después que lo llevaron a la cárcel, su hermana empezó a ayudar con algo. Había que cerrar otra vez los ojos. La pobre era buena y daba todo lo que conseguía.

—Quinto round. Prosigue la pelea. Héctor "Puñetazo" López tiene un ojo casi completamente cerrado. Martínez sangra del pómulo derecho. La lucha es dura y los boxeadores se castigan sin tregua...

Aún en plena pelea, avanzando y retrocediendo, le rondaban en esa noche los recuerdos de la muerte de Miguelito. Se extinguió como un débil pajarito en los brazos de su madre. Nunca olvidaría el llanto desgarrador que le oyó cuando le cerró los ojos. Fue entonces que decidió boxear en el club de su barrio. Don Mateo, un veterano pugilista, lo alentó. "Tenés golpe, pibe, y no te achicás. Te voy a dar unas instrucciones que te podrán servir si querés tener éxito en el ring".

—Seguro... Me gustaría llegar a campeón, como Pascualito Pérez —le dijo enfático.

Se sonrió el veterano:

—Y bueno. Todo es cuestión de aguantar los golpes y darlos con más fuerza. Y a lo mejor...

Le enseñó a entrenarse, a moverse en el ring, a administrar el aliento, a aprovechar los defectos del rival. Don Mateo le aplicó el mote de "Puñetazo" apreciando la contundencia de su golpe. Se entrenaba con entusiasmo y desarrolló músculos. Hizo algunas peleas de pocos rounds para novatos, pero tenía la mira puesta en el profesionalismo, en la gloria boxística. Se veía aclamado por la multitud, ganando mucho dinero, como los grandes. Don Mateo le cobró simpatía y se ilusionó con los futuros triunfos de su pupilo a quien le servía ya de segundo. "Vas a llegar lejos, pibe, seguro", le decía para darle ánimo, sobre todo cuando terminaba una pelea victorioso, pero bastante golpeado. "Seguí entrenándote, seguí", le repetía, y las palabras de don Mateo le llegaban como de un padre afectuoso, preocupado por su futuro.

—Sexto round. Martínez cambia golpes con "Puñetazo" López y este coloca en su rostro una potente derecha. El público sigue entusiasmado por el duro combate.

Sí, la multitud se enardecía. De las gradas que rodeaban el ring brotaban aplausos y alaridos que evidenciaban el sádico goce de asistir a una pelea sangrienta.

—¡Rompelo, López!... ¡Dale tu puñetazo, dale!

—¡A la mandíbula, Martínez! ¡A la mandíbula!

López tenía el ojo derecho tumefacto y casi completamente cerrado, pero seguía peleando fieramente, devolviendo golpe por golpe hasta que el gong puso término a uno de los más intensos pasajes de la lucha. Don Mateo le sacó el protector bucal y le pasó la toalla sobre la cara limpiándole la sangre, le puso hielo sobre el ojo lastimado y le dio sus consejos:

—Cuando Martínez se adelante, retrocedé un paso y ladeá la cintura. Tratá de pegarle de contragolpe con tu derecha y después mantené la distancia. Tenés puntos a tu favor, pibe. No le aflojés."

Héctor asentía. Escupió, tomó un trago de agua y se apresto a seguir la pelea con renovado aliento. Mientras cambiaban golpes o se tomaba en clinch, se repetía como un rezo: "Tengo que ganar, tengo que ganar". Se había santiguado antes de iniciar el octavo round, mezclando así su devoción religiosa con sus esperanzas de triunfo y su ardor de pugilista. La pelea era la más difícil de su trayectoria y se había hecho a la idea de que esa noche peleaba contra todo lo que le había golpeado en la vida. Peleaba contra el fantasma de su padrastro y su despotismo, peleaba contra los que le habían robado, peleaba para salir de esa precaria vivienda en una villa anegadiza donde se ahogaba de calor en verano y se atería en invierno, peleaba para ayudar a su hermano a vindicarse cuando terminara la condena, peleaba para que su hermana dejara la prostitución, peleaba para sentirse alguien y elevarse sobre la pobreza

y la miseria moral que aplastaba a toda su familia... Su rival le hacía sentir la potencia de sus golpes, pero él no aflojaba, no aflojaría.

Al finalizar el round, López fue a su rincón con paso un tanto inseguro y la cara ensangrentada. Don Mateo volvió a pasarle la toalla húmeda, le puso una bolsa de hielo sobre la nuca y algo de vaselina en una ceja y un pómulo.

—¡Pucha que es fuerte ese Martínez! Te lastimó bastante, pibe. ¿Vas a poder seguir? O sería mejor ... —le insinuó el abandono de la pelea sin completar la frase.

—¡No, no! En cuanto le entre con mi derecha lo acabo, seguro —le replicó jadeante su pupilo.

Siguió otro round, el noveno y penúltimo. "Puñetazo" López peleaba ahora con desesperación, devolviendo golpe por golpe, atento solo a vencer. Tenía que ganar. Se lo había pedido a la Virgen y la Virgen parecía sonreírle bondadosamente cuando le rogaba. Si triunfaba se haría un nombre en el boxeo, ganaría dinero y podría salir de la villa, de ese barro sucio que cubría a toda su familia. Siempre veía a su madre rezarle a la Virgen porque ayudaba a los más pobres, a los más necesitados y tristes, y él también tenía un rezo en los labios mientras avanzaba y retrocedía amagando sus golpes. Tenía que ganar, tenía que ganar... De pronto, una fuerte, fortísima zurda de su rival le dio de lleno en el rostro. Sintió que se le nublaba la mente, que se le aflojaban las piernas y cayó. Sus heridas sangraban profusamente. Hizo un esfuerzo supremo para incorporarse, pero le pareció estar pegado al piso del ring. El árbitro empezó a contarle. Pudo levantarse trastabillando cuando le contaba ocho, pero estaba grogui. Su rival se le abalanzó como un puma hambriento sobre un corderito. Trató de esquivarlo,

de trabarle los brazos, de ganar segundos hasta que sonara el gong. Otro potentísimo golpe de Martínez en su cabeza lo hizo volver a caer.

El árbitro terminó de contarle los diez puntos y, tras el out, levantó el brazo de Martínez proclamando su triunfo.

López seguía inmóvil. En su mente oscurecida bailoteaban imágenes diversas. Don Mateo le quitó el protector bucal y trató de reanimarlo, sin conseguirlo. Su hermanito Miguelito apareció junto a él. Ya no estaba tan flaquito y pálido como antes y le sonreía. Observó que tenía dos alas. "Sos un campeón", le dijo. Oyó que lo aplaudían, que aclamaban su nombre. Había ganado el título de campeón mundial y un individuo muy gordo que fumaba un gran cigarro y decía okey, le daba dólares, muchos dólares. Ahora estaban junto a él Pascualito Pérez, Gatica, Firpo y otros más con narices ñatas, que lo abrazaban y levantaban en alto.

El médico reglamentario que lo examinó ordenó que lo sacaran en camilla. Si no se reponía en el vestuario habría que llevarlo al hospital con urgencia. Lo sacaron para dar lugar al enfrentamiento más esperado de la noche entre dos medio-pesados. El público empezó a vocear a sus favoritos al verlos subir al cuadrilátero.

* * *

En el quirófano de un hospital, a modo de otro ring iluminado, Héctor "Puñetazo" López iba a ser intervenido, en el intento desesperado de salvarle la vida. Afuera, en el pasillo, don Mateo, que lo había acompañado en la ambulancia, se lamentaba con los ojos nublados por las lágrimas:

—Pobre pibe. Debí haberle exigido que abandonara la pelea. Pobre pibe.

Allá, en las tribunas, arreciaban los gritos. Los boxeadores se castigaban rudamente. El aire parecía cargado de electricidad.

—¡Matalo! ... ¡Rompelo! ¡Dale, Calígula! Duro con él.

—¡Al estómago, García! ¡Al estómago!

—¡Matalo! ¡Ma-ta-lo!

* * *

Bajo los focos del quirófano, "Puñetazo" López seguía peleando, ahora contra la muerte. Peleaba siempre, peleaba...

EL NUEVO CAÍN

El crimen había tenido honda repercusión en la ciudad. Era uno de esos hechos sangrientos que más interesan a los lectores de los periódicos, especialmente adictos a la crónica policial. Los titulares decían: "Un nuevo Caín", "Horrendo asesinato entre hermanos mellizos", "Fratricida despiadado", etc.

Las notas presentaban abundantes fotografías del asesino, citando antecedentes clásicos de la perversión homicida a partir del mismo episodio bíblico entre los hijos de Adán y Eva. El nuevo Caín había aceptado su culpabilidad sin intentar huir ni resistirse a la autoridad.

—¡Maté a mi hermano Jorge porque lo odiaba profundamente! —fue lo primero que declaró Eduardo Escalada cuando fue detenido e interrogado.

* * *

El asesino compareció ante el juez. Era un hombre joven, de no más de treinta años. El encierro había empalidecido su rostro, ahuecando las concavidades de sus ojos, hundiendo sus facciones. Pero había tranquilidad en su aspecto, algo así como una satisfacción mal contenida, una tranquilidad difícil de concebir en quien cometió tan horrible crimen. Nada en su apariencia delataba al ser peligroso de impulsos morbosos incontenibles.

—¿Tiene usted conciencia de su acto criminal? ¿No está arrepentido de haber dado muerte a su propio hermano? —le preguntó el juez al tomarle declaración.

—No. No estoy arrepentido, señor Juez. Tampoco me remuerde la conciencia. El también tramaba mi muerte. Yo me adelanté. Eso fue todo.

El magistrado observaba fijamente al reo. Le impresionaba la apariencia totalmente normal de ese hombre que admitía su culpa.

—Tuve que hacerlo. Uno de los dos debía morir, o él o yo. No podíamos subsistir juntos, precisamente porque no podíamos vivir separados. Una paradoja, sí. Ninguno de los dos, ni Jorge ni yo, podíamos vivir alejados como hubiéramos querido. Necesitábamos encontrarnos siempre, rectificar constantemente nuestro parecido obedeciendo a un mandato que estaba en nuestra sangre. ¡Qué suplicio, qué tormento fue para los dos esa necesidad total de semejarnos, de ser iguales! Y a pesar de odiarnos, de sernos insoportable la presencia del otro, nos buscábamos a todas horas. Creo que empezamos a odiarnos desde nuestro nacimiento. Éramos tan parecidos...

Ahora sus ojos fulgían como ascuas en sus cavidades.

—La gente nos confundía, claro, pero nada hacía nuestra madre para diferenciarnos. Al contrario, se complacía en repetir ese parecido, en vestirnos del mismo modo, en peinarnos idénticamente. Yo debía ser la repetición del otro y el otro debía ser mi eco, mi doble, mi copia perfecta. Y así empezó a surgir y aumentar con el tiempo la mutua repulsión. Éramos esclavos de un parecido total y minucioso, una especie de herencia diabólica.

» Al fallecer nuestros padres, cuando hubiéramos podido liberarnos de toda tutela, seguimos viviendo bajo el mismo techo, yendo juntos a adquirir las diversas prendas que componían nuestro atavío: los mismos zapatos, las mismas corbatas, siempre el parecido obsesionándonos y el odio revolviéndose en nuestros pechos, impotentes para separarnos.

» Ah, cuánto sufría. Ansiaba tener una propia individualidad, una expresión solamente mía, una sonrisa que no se viese repetida en otro rostro, un gesto que solo a mí correspondiese. Ansiaba alejarme de ese maldito espejo de carne y hueso que me reproducía. Pero una fuerza superior a todo razonamiento me impelía a estar junto a mi hermano y subrayar constantemente nuestro parecido, corregirlo en sus más mínimos detalles, en el más insignificante mechón de cabello. Y así, desde el bigote cortado en el mismo estilo hasta la ropa, el gesto, el ademán, la voz, todo, todo, se repetía en uno y otro.

Se detuvo un instante el homicida como para coordinar sus recuerdos, pero prosiguió enseguida:

—Jorge también me odiaba, y con el mismo odio. Mis defectos eran los suyos, siempre revelados, siempre exhibiéndose en él como un reproche para mí. Ah, no sabe Ud. señor Juez, no puede saber lo terrible que fue para mí vivir sin poder

separarme de a un ser aborrecido que me probaba a todas horas que mi odio era también el suyo. Y, para peor, este odio recíproco se agigantó hasta lo indescriptible cuando los dos nos enamoramos de una misma mujer. Había pasado lo previsible, los dos la pretendíamos y los dos nos celábamos. Estábamos siempre acechándonos, hurgando en el otro la propia conciencia. El Supremo Hacedor nos había negado, tal vez por error, la individualidad, el Yo exclusivo y personal. Compartíamos una sola alma en dos cuerpos distintos, pero idénticos. Finalmente, la mujer que amábamos nos dijo que no podía decidirse por ninguno porque no veía diferencias entre nosotros y nos dejó.

Gruesas gotas de sudor empapaban la frente del criminal. Se secó la transpiración y prosiguió:

—Y vaya farsa la que representábamos ante los demás. Éramos poco menos que el ejemplo del afecto fraternal. La gente, al vernos siempre juntos, decía: "Se quieren tanto que no pueden vivir separados". Y era al revés, nos odiábamos, porque necesitábamos estar juntos, y, para peor, en silencio, callados. No nos hubiéramos tolerado la conversación, la voz. ¡Vaya farsa! Pero al fin, con los días, ya no pude más. Mi odio había alcanzado cimas imposibles de soportar. Nos deseábamos la muerte y nos cambiábamos miradas asesinas. Empecé a tramar la muerte de mi hermano como él la mía y ni eso nos separaba. Parecíamos pegados el uno al otro o, peor aún, como uno dentro del otro. ¡Horrible! En la madurez de mi plan homicida adquirí un arma de fuego, la guardé después de cargarla y me dispuse a esperar el momento de decidirme a usarla. Me fue fácil averiguar que Jorge tenía también la suya revisando cautelosamente los muebles de su habitación. Se había entablado así una especie de duelo previo, silencioso. Faltaba sa-

ber quién se decidiría antes. Y una noche, una terrible noche de insomnio, atormentado por el rabioso deseo de liberarme de mi hermano, me dirigí a su habitación, contigua a la mía. Encendí la luz y me acerqué a la cama donde dormía, con el arma en mi mano y el dedo en el gatillo. Mi hermano abrió los ojos y me vio, pero ni un músculo de su rostro se contrajo. No hizo ningún gesto de sorpresa o de temor. Diría que esperaba verme aparecer.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Yo con el arma apuntándole y él observándome, clavándome su mirada, callado, inmóvil, como desafiándome a matarlo. ¡Le juro, señor Juez, que si mi hermano hubiese efectuado el menor ademán defensivo, si me hubiera dicho algo, cualquier cosa, no habría apretado yo el gatillo, se lo juro por lo más sagrado! En cambio, Jorge permaneció quieto, silencioso, mirándome fijamente a los ojos, aceptando su muerte; aceptándola, repito, deseándola, pidiéndome mudamente que lo matara. Había acatamiento en su mirada. No podíamos subsistir juntos y me incitaba a matarlo. ¡Entonces sí, disparé el arma y la bala se incrustó en su frente!

Respiró hondamente el criminal al alcanzar la culminación de su relato:

—Oh, señor Juez, tuve entonces la sensación que puede tener un preso al dejar la cárcel luego de un largo, larguísimo y torturante encierro. La sensación de un hombre que recupera la libertad ansiosamente deseada, valorada más que la vida misma. ¡Al fin dejaría de ser la imagen de otro, la repetición del otro! Mi rostro sería únicamente mío, mi alma también. Solo yo sería el dueño de mis pensamientos. ¡Era libre! ¡Libre! ¡Y Jorge hubiera experimentado mi misma sensación, mi mismo alivio,

si me hubiera dado muerte a mí! ¡No hay nada comparable a la libertad, nada! Por eso no estoy arrepentido de mi acto, señor Juez. Sé que me espera la prisión, pero esta será muy distinta a la otra, la verdadera, y no me preocupa. Puede condenarme a estar preso de por vida. Aun en mi celda me sentiré más libre que fuera de ella.

El fratricida calló. El Juez se quedó mirándolo, reflexivo. ¿Estaría loco?, pensó. No lo parecía, no. No lo parecía.

En las calles, millares de periódicos anunciaban en su primera plana el horrendo asesinato de un nuevo Caín.

LA NOCHE DEL SÁBADO

Me había citado con Herminia, como en otros sábados por la noche, en la esquina de Corrientes y Carlos Pellegrini, cerca de la entrada del subte. Y ahí estaba yo de plantón con la imagen casi fantasmal del Obelisco asomando entre la niebla que iba espesándose, esperando ver aparecer a mi novia para ir juntos a un cine de Lavalle. Ya había pasado una larga media hora del momento fijado para nuestro encuentro.

Impaciente, consultaba a cada rato el reloj, miraba el Obelisco, miraba los letreros que empezaban a iluminarse, miraba a la gente que iba y venía y rumiaba por dentro el temor de perder la película laureada por el "Oscar" que deseaba ver. Disgustado, me decía: "le voy a echar en cara su falta de puntualidad. Ya es la tercera o cuarta vez que viene tarde con diversas excusas... ¿Qué inventará ahora?".

Caminaba de un lado para el otro encendiendo cigarrillo tras cigarrillo que apuraba con nerviosidad. De tanto en tanto, salían del subsuelo numerosas personas que iban segura-

mente en busca de los espectáculos propicios en la noche del sábado. Esperaba ver asomar también a Herminia, quizá con su blusa celeste que le quedaba tan bien y sus rubios cabellos flotantes.

Nuestro noviazgo era satisfactorio. Cuando la vi por primera vez, Herminia me deslumbró. Algo muy íntimo me hizo intuir que había dado con la mujer ansiada. Y empezamos a noviar atraídos fuertemente el uno al otro. Habíamos fijado la fecha de nuestra boda y hasta proyectábamos el viaje de luna de miel para el cual había empezado a ahorrar. Nada parecía oponerse a nuestros planes. Ninguna nube empañaba mi visión optimista del porvenir. Me sentía impregnado por la personalidad de Herminia, por sus besos, por su femineidad, por todo lo que un hombre enamorado experimenta al influjo de la mujer que ama. Pero ahí estaba yo ahora, impaciente, furibundo, fumando nerviosamente y mascullando las recriminaciones que le soltaría apenas la viese aparecer. Su tardanza amenazaba ya con hacernos perder la última función de la noche.

Los minutos pasaban implacables mientras la neblina iba envolviendo las calles en un manto de irrealidad. Esperaba ver aparecer todavía a Herminia, saliendo de la boca del subte como otras veces, quizá jadeante por haber subido a prisa los escalones. Cuando ya desesperaba de que viniera, la vi brotar del subsuelo. Con solo verla depuse mi malhumor y olvidé mis recriminaciones. Levanté un brazo para hacerme notar y hasta la llamé en voz alta para que me distinguiera entre la numerosa gente que caminaba por el lugar: "¡Aquí estoy, Herminia, aquí!". ¡Y de pronto, como si se hubiese evaporado entre la neblina, no la vi más!

Miré por todos lados buscando su, para mí, inconfundible figura, sin resultado alguno. "Debió haber observado mejor", refunfuñé. Sabía que yo la estaría esperando en la esquina de siempre. Se lo había anticipado por teléfono. La maldita niebla que seguía espesándose pudo haberle impedido verme. Por las dudas, me corrí hasta el cine. El público había entrado ya y no vi a nadie en el hall. Volví otra vez Junto a la entrada del subte por si aparecía. Me sentí hecho un estúpido. Si nos habíamos desencontrado la culpa no era mía. Aun seguí aguardando un largo rato hasta que decidí llamar por teléfono a su casa. Tal vez esa mujer que identifiqué como Herminia no era ella, no había buena visibilidad con la neblina. Quizá alguna circunstancia imprevista o un malestar repentino la había hecho desistir de nuestra cita. Tardé unos diez o quince minutos en dar con un teléfono que funcionara y adquirir los cospeles. ¡Y fue entonces, para mi gran dolor, que recibí la tremenda noticia! Herminia, apenas salió de su casa para acudir a nuestra cita, tuvo un accidente de consecuencias mortales. Fue a pocos metros de su domicilio. En su prisa por estar demorada, no había reparado en un automóvil que se la llevó por delante. ¡La niebla había tenido un rol siniestro! Cuando llegó la ambulancia solo pudo levantar su cadáver. Un vecino que fuera testigo del trágico hecho y conocía a Herminia informó a su madre. ¡Todo en pocos minutos!

¡El desgarrón que me produjo lo ocurrido fue indescriptible! Me sentí mutilado o como si me hubiera vaciado de todas mis vísceras. Me había dado plenamente a este único y gran amor en mi vida.

La familia tenía, desde hacía largos años, una bóveda en la Chacarita y en una mañana gris y lluviosa integré el cortejo que acompañó su ataúd al cementerio.

Pasaron los días. Mi existencia había quedado dividida en una etapa de luz y otra de sombra. De alegre y dinámico que había sido, fui convirtiéndome en un ser silencioso y melancólico. Llevaba el retrato de Herminia conmigo y solía mirarlo con frecuencia. A mi pedido, su madre me dio una llave de la bóveda familiar y allí iba yo, en permanente y póstuma cita con Herminia, para llevarle unas flores. Necesitaba sentir de algún modo su proximidad. Necesitaba saberla cerca, aun muerta. Prefería imaginarla adormecida, solo adormecida, como si pudiera despertar en cualquier momento y hablarme. En el altar de la bóveda, habían puesto una fotografía de Herminia. Yo mismo la había tomado con mi cámara en una fiesta, lejos entonces de nuestras mentes todo pensamiento lúgubre. Junto a su querido rostro dejaba los claveles que le traía (sus flores favoritas) y luego me quedaba abstraído y con los ojos cerrados en la evocación de distintos momentos de nuestro trunco noviazgo, ya fuera paseando por Florida, visitando una exposición o comiendo en algún lugar luego de salir de un cinematógrafo. Trataba de concentrarme e intensificaba en mis pensamientos su recuerdo como si así pudiera recuperarla.

¡Y cierta tarde en que cumplí este rito la vi aparecer! ¡Estaba ante mí como antes, como siempre, como me gustaba verla! Ninguna huella había en su rostro ni en su figura del mortal accidente. ¡No quería dar crédito a mis ojos, pero allí estaba ella, con sus rubios cabellos sueltos y su sonrisa de siempre!

—¡Herminia! —la nombré, trémulo—. ¿Eres tú? ¿Es posible que seas realmente tú?

—¿Acaso podrías dudarlo? —me contestó con su clara y grata voz.

—Pe ... pero no estás ... muerta? ¿No estás en el ataúd? —le dije tartamudeando por la sorpresa.

—Si te refieres a lo que fue mi envoltura carnal, está allí, por supuesto, pero ya no soy... "eso".

No reparé demasiado en el sentido de sus palabras, solo atento a la inmensa satisfacción de recuperarla.

—Estoy tan contento de verte —le dije intentando abrazarla, pero mis manos penetraron en ella como en una nube. Herminia pareció sonreír ante mi frustración.

—Será inútil que quieras abrazarme, pero soy la misma o casi la misma.

—Tu voz no ha cambiado.

—Claro, tontito (seguía llamándome dulcemente tontito, como antes), pero ya no podrás abrazarme, aunque lo intentes.

Lo intentaba, sí, y mis brazos se hundían en el vacío. Me quedé mirándola, un tanto impresionado.

—Entonces, estás... —no me atreví a completar esta vez la frase.

—¿Tienes miedo de soltar esa palabra tremenda, verdad? Sí, estoy muerta, pero lo que somos, lo que fuimos realmente, no muere nunca, no puede morir, como no puede borrarse que hayamos nacido.

—¿Cómo pudo ocurrir, Herminia? —le pregunté, como reprochándola que estuviera muerta.

—Había niebla, mucha niebla y no vi el automóvil asesino que venía a gran velocidad. Sabía que me esperabas y que iba demorada. Esto fue todo.

—Estuve puntualmente en el lugar convenido junto a la entrada del subte. Hasta creí verte salir... Y te llamé esperando que me oyeras. Era una mujer muy parecida a ti.

—¡Era yo, sí! ¡Era yo! No quise faltar a nuestra cita. Era yo, como lo soy ahora, solo que luego no supe o no pude hacerte saber que estaba junto a ti.

—¿Estuviste? ¿Después del accidente? —pregunté incrédulo.

—Sí. Te veía buscarme, te veía ir de un lado para el otro, impaciente... No pude hacerme oír por ti. Luego te vi llamar por teléfono y comprendí que te informabas de lo ocurrido. Fue a pocos pasos de mi domicilio. Todo sucedió tan rápido... Me vi a mí misma sobre el pavimento, en un charco de sangre, con los ojos muy abiertos. Pensé en el dolor que le ocasionaría a mi madre conocer mi muerte... en el dolor que también tú sentirías al enterarte. Y como si estuviera con vida, como si retuviera aún mi envoltura carnal, corrí igualmente a tomar el subte.

Me sentí conmovido, pero al mismo tiempo impotente. Tenerla junto a mí y no poder apretarla contra mi pecho y besarla.

—Somos como habitantes de distintos planetas, Alejandro —me dijo melancólicamente.

—Pero podríamos seguir juntos, vivir juntos. Mi cariño no ha variado —le dije con vehemencia.

Sacudió negativamente su cabeza.

—Imposible. Esta apariencia mía se debe a que sigues recordándome así. Ya solo soy un reflejo de mi pasado. Si me ves, es por tu deseo de verme y de retenerme. Debes admitir que estoy muerta. Lo que sobrevive en mí es distinto de lo que fui. ¡Debes admitirlo, por Dios!

Sus palabras me llegaron revestidas de angustia, pero no quise aceptarlas.

—¡No, no! ¡Te amo, seas como seas! Evoco siempre nuestro noviazgo. Te quiero —y extendí mis manos ansiosamente, en el vano anhelo de acercarla a mí.

—Alejandro, entiéndelo ya. Me perjudicas... Debo liberarme de ti, continuar mi camino —expresó titubeante.

—¿Tu camino? ¿Hacia dónde?

—No lo sé... ¿Qué sabemos de nosotros mismos? Trata de resignarte. Debo seguir. ¿Hacia dónde? No lo sé, pero debo seguir. Es todo lo que puedo decirte. ¡Acepta mi muerte, Alejandro!

—¡Nunca, nunca! —grité desesperado al ver que iba desvaneciéndose. Quise asirla y quedé nuevamente con mis manos vacías.

Me fui luego triste y pensativo. Yo era un ser solitario. No tenía padres ni verdaderos amigos. No podría resignarme nunca a su muerte. ¡Jamás!

Pasaron varios días. A veces reflexionaba: ¿No lo habré imaginado todo? ¿No será su presencia en la bóveda solo el producto de mi obsesión morbosa, una alucinación, un modo de soñar despierto? Pero no me lo parecía. Estaba seguro de haber oído su voz, seguro de su proximidad. Aun cuando mis manos solo apresasen el vacío cuando intentaba abrazarla, me conformaba. ¡Estaba al menos con ella, como antes!

Una tarde, con una excusa adecuada, me fui de mi oficina antes del término de la jornada para ir al cementerio. En la bóveda encontré a la madre de Herminia. Era viuda y desde la muerte de mi novia vivía con su hijo mayor, que ya había constituido su hogar. En el panteón familiar estaban los féretros de

sus abuelos y de sus padres, también el de su marido y ahora, el de su hija. La rodeaban seres queridos de varias generaciones cuyas efigies se encontraban allí. Sobre el altar de la bóveda, un crucifijo agregaba un toque místico y consolador con unas palabras evangélicas: "Yo soy la resurrección y la vida". La anciana, prosternada, rezó una oración por sus difuntos. Estuve a punto de revelarle la aparición de Herminia, pero me abstuve. Mi confesión podría incrementar su dolor. O quizá no me creyera. Hablamos de ella y me contó que Herminia solía expresarle su presunción de morir joven. Se le repetían sueños en los que era víctima de accidentes y tales sueños resultaron ser premonitorios. Nunca creí en esas cosas. Le dije que tememos siempre lo adverso porque sabemos que la muerte nos ronda. Y cuando se establece una coincidencia pensamos que todo está determinado, que cada cual ya tiene desde la cuna un destino prefijado e inconmovible.

Me sentía ansioso de intentar otro encuentro con Herminia. Presentía que volvería a verla por el especialísimo privilegio de seguir amándola. Deposité mis flores y me despedí de la anciana simulando retirarme, pero me quedé en el cementerio, agazapado detrás de las tumbas, aguardando el momento en que se fuera, cosa que hizo algunos minutos después. Entonces volví a la bóveda. Era la hora propicia. Empezaba a anochecer. Las sombras se insinuaban lentamente. Quedé unos instantes abismado junto al retrato de Herminia. Ahí estaba ella como en sus mejores momentos, con sus largos cabellos rubios y su cautivante sonrisa. Y parecía seguir mirándome desde el más allá. Cerré entonces los ojos y con su imagen en mi espíritu quedé sumido en su evocación. Antes de abrirlos tuve la firme sensación de que iba a repetirse el grato milagro

que anhelaba. Y efectivamente, volví a comprobar su presencia junto a mí. Ahí estaba, nada en su figura ni en su rostro me hacían dudar de su existencia real.

—Me alegro mucho de volver a verte —le dije satisfecho y conmovido.

—Me invocas y acudo, como en nuestras citas de antes.

—Te lo agradezco infinitamente. Me siento tan solo sin ti. Si pudiera besarte...

No me contestó y quedamos unos instantes en silencio. Luego escuché su voz, un tanto irritada.

—¿Cómo debo decírtelo, Alejandro? Es necesario que esta relación nuestra, tan absurda, termine.

—¿Por qué? —protesté—. Me satisface verte, me consuela. Me hace comprender que nuestro amor puede ser más poderoso que la misma muerte.

—No, Alejandro, no. Tu obstinación en amarme excesivamente me retiene, cuando ya tengo otra realidad, estoy en otra dimensión. Ya no soy como te empecinas en verme... Y me reclaman, me llaman...

—¿Quiénes?

—No lo sé, pero oigo sus voces. No debes retenerme junto a mis restos putrefactos. ¡No me invoques más, por Dios! ¡Libérame de ti!

No podía comprenderla. Íbamos a casarnos, a unir nuestras vidas.

—¿Y lo nuestro, Herminia? ¿Nuestros proyectos? ¿No significan nada?

—No pudo ser y ya no será.

—Pero aun así, estás conmigo.

—Quisieras abrazarme, sentir mi contacto físico y he perdido mi envoltura de carne y huesos. Ahora solo soy una idea tuya, un pensamiento fijo, un fantasma sin sexo, ¿no lo entiendes?

—Pero sigo viéndote, sigo oyéndote... —insistí suplicante.

—Solo ves el rostro que tuve, solo oyes la voz que recuerdas. Olvídame. ¡Mátame en ti, por favor!

Me sentí disgustado ante estas palabras.

—¿Por qué me hablas así? Fantasma o lo que seas, ¿no hay acaso en ti una sensibilidad y unos sentimientos idénticos a los que tuviste en vida?

Pareció impacientarse y eludir la respuesta precisa a mi ansiedad.

—Me llaman... debo irme...

—¡No escuches esas voces... no las escuches! —le grité desesperado.

La figura de Herminia empezó a desvanecerse y quise retenerla con toda mi voz:

—¡Herminia... Herminia... no te vayas!

En eso se abrió la puerta de la bóveda y vi a un guardián del cementerio que me miraba.

—Oí gritos, señor...

Quedé confuso, como sorprendido en falta.

—Este... sí... Recordaba a mi novia que ha fallecido hace poco... —dije por decir algo y me retiré, turbado y dolorido.

Traté de seguir viviendo en forma normal, intenté interesarme en otras mujeres. Era joven y sentía el aguijón del sexo, pero mis pensamientos volvían siempre a Herminia. Mi amor por ella fue como el despertar de una existencia vegetal a la plenitud de la vida. Ninguna otra mujer habrá en mi existencia,

me decía y repetía con absoluta convicción. Y con este estado de ánimo no aceptaba que su desaparición era definitiva. A solas en mi departamento, observaba las múltiples fotografías que le había tomado y le hablaba como si pudiera escucharme, como si estuviera a mi lado. Luego quedaba en silencio, ensimismado, repitiendo su nombre.

¡Me decidí entonces a un recurso extremo! Me alejaría de la realidad de mi mundo para emigrar al de ella. Se lo diría cuando la viera y luego tomaría unas píldoras letales, una gran cantidad de barbitúricos que tenía en mi poder, que solía ingerir en dosis mínimas para combatir mis insomnios. Sin Herminia, mi vida no tenía ya sentido, me dije convencido.

Al otro día compré unas flores que tendrían para mí el sentido de unas galas nupciales y me dirigí al cementerio. Era un día de semana, sin muchos visitantes. Pasé junto al guardián del sector, que me saludó como a un viejo conocido, y entré en la bóveda. Por los vitrales se filtraban los últimos rayos solares de la tarde. Sobre el altar puse una fotografía en la que había posado junto a mi novia y coloqué las flores. Ante la figura de Jesús elevé una oración: "Señor, acepta mi muerte voluntaria como un rito de amor, un rito nupcial que me unirá a la mujer que amo". Luego, puse los barbitúricos sobre el altar con una copa de agua. Entrecerré los ojos e invoqué a Herminia instándola a hacerse visible. No tardé en verla. Me impresionó como la aparición de un ángel y la miré extasiado. La muerte parecía haberla embellecido.

—Herminia —le dije— voy a franquear el umbral que me permitirá pasar a tu mundo, que ha de ser también el mío. Traje unas píldoras que me quitarán mi envoltura carnal. Será como la boda que esperábamos tener para vivir siempre juntos.

—No, Alejandro —me respondió disgustada—. Sería una locura. El amor, la pasión, están en la sangre, en el impulso vital del corazón... en el sexo. Por Dios, no me sujetes más con tu excesivo recuerdo. Eres joven, búscate otro amor. Vine solo a decirte que ya no me verás más. No intentes seguirme, no te serviría de nada. No me alcanzarías. Olvídame...

Al ver que su figura comenzaba a desaparecer, le grité desesperado:

—¡Espérame! ¡Enseguida estaré contigo! ¡Espérame!

Apresuradamente tomé una gran cantidad de píldoras, todas las que pude meter en mi boca, y las apuré con un trago de agua. Y tomé más, más, más, hasta sentir que me invadía el sueño, que iba debilitándome, que mis piernas se aflojaban... Fui deslizándome al suelo y cerré los ojos. Ahora distinguía un camino, un largo camino que se perdía a lo lejos en un mar de nieblas. Más allá entreveía a Herminia con su blusa celeste y sus cabellos rubios alejándose rumbo a lo desconocido. Debía alcanzarla y la llamé con toda mi voz:

—¡Herminia! ¡Herminia!

Apresuré el paso. Me sentía ágil, raudo, como si tuviera alas en mis pies. Corría todo lo que podía llamándola a gritos, llamándola siempre. Me pareció verla ya cerca, muy cerca. Ya estaba por alcanzarla. Alargué entonces mis brazos...

* * *

Con mirada turbia distinguí borrosamente dos formas humanas. Una voz masculina llegó a mis oídos.

—¡Por fin despierta! Está abriendo los ojos...

Tardé en divisar claramente a la persona que me hablaba. Creía hallarme en la zona fronteriza de la vida y la muerte, o quizá en el trasmundo. Al aclarárseme los pensamientos y la mirada, comprendí que me hallaba en una cama de hospital. Tenía ante mí a un médico y una enfermera que me observaban.

—Beba esto —me dijo la mujer y me dio a tomar algo que sorbí ansiosamente. Sentía una sed devoradora.

—Menos mal. Ya está fuera de peligro —oí que decía el médico.

—Es usted demasiado joven para morir, señor —me recriminó la enfermera—. Si el guardián del cementerio no lo descubre a tiempo, hubiera muerto. Tuvieron que hacerle un intenso lavado del estómago. Ya llevaba como tres días durmiendo.

Siguió hablando con un tono dulce y maternal. El médico le dio unas instrucciones y se retiró. Había creído estar alcanzando a Herminia que parecía huir de mí. ¿O lo había soñado?... No lo sé. Fui reponiéndome lentamente y unos días después salí del hospital, pero mis pensamientos seguían fijos en mi novia. Quería volver a verla, necesitaba verla y, empecinado, retorné al cementerio con mi habitual ofrenda de flores. La invocaba fervorosamente, pero ahora era en vano. La llamaba entonces a gritos. Llegué incluso a golpear frenéticamente en su ataúd como si pudiera despertarla de su reposo, sin resultado alguno.

Volví otros días repitiendo el intento, pero ya todo fue inútil. No apareció más. Aun así, me niego a resignarme a que su desaparición sea definitiva y esta obstinación persiste en mí a pesar de los años que pasan. Ya no voy a la bóveda. Ahí solo están sus restos mortales. Lo que sí hago es acudir sin ausencias al lugar permanente de nuestras citas en el Centro. Allí,

en Corrientes y Carlos Pellegrini, frente al Obelisco, todos los sábados por la noche, infaltablemente, aunque llueva, podrán verme esperándola con unos claveles, las flores que tanto le gustaban. Y no me importa que haya quienes me crean un viejito bastante chiflado. Estoy seguro de que una de estas noches veré a Herminia saliendo del subte, con su blusa celeste y sus cabellos rubios, como la última vez que la vi entre la niebla. Estoy seguro.

EL INSULTO

Cuando vi al Lungo Aniceto Ferrer después de años de no saber nada de él, me costó reconocerlo. Se había dejado una barbita que disimulaba sus facciones, pero sus casi dos metros de altura seguían invariables, lo mismo que su delgadez. A la gente de estatura común, como yo, le llevaba una cabeza. Había sido un amigo de juventud y, al reconocernos y abrazarnos, lo invité a tomar un café para charlar un poco. Nos metimos en el primer boliche al paso dispuestos a recordar otros tiempos.

Me confesó de entrada que seguía soltero y andaba sin trabajo. Algo de esto se traslucía en su aspecto un tanto desalineado. Parecía deseoso de hablar y desahogarse y dejé que lo hiciera. En nuestra época juvenil nos trenzábamos con otros amigos en partidos de billar o en discusiones ardorosas sobre el fútbol y la política. Ahora ambos, cercanos al medio siglo, peinábamos canas. Quise saber de su vida y de sus problemas de desocupado y no se hizo rogar. Empezó diciéndome:

—Cuando falleció mi madre hace años, siendo yo su único hijo y huérfano de padre, quedé solo, pero no me decidí a bus-

car esposa. En realidad, nunca se me ocurrió pensar que mi madre pudiera morirse. Viví muy apegado a ella aún en la edad adulta. Tuve luego una novia, pero deshice la relación cuando le descubrí el deseo latente de imponerme su voluntad. En mi vida solitaria solo tolero a mi gatito Shimmy y nada hay más tranquilizador para mí que tomarlo en mis brazos y acariciarlo hasta que se amodorra.

» Cuando volvía de mi trabajo y veía a mi gato dormitar en un sillón hecho un ovillo, sentía que se descargaba de mi espíritu toda la nerviosidad y la bronca que recogía a diario en mis tareas por la arbitrariedad y hasta el despotismo de un jefe que respiraba soberbia y se ensañaba con sus subalternos, especialmente conmigo. Era un petiso llamado Benavidez, que gozaba sádicamente haciéndome sentir el peso de su jefatura y a cuantos integrábamos una oficina del ministerio donde yo llevaba trabajando más de veinte años. Para desquitarnos de las humillaciones a las que nos sometía, hacíamos chistes en su ausencia, burlándonos de la mezquindad de su físico, que no alcanzaba el metro y medio. Pero yo era el que más bronca tenía porque rumiaba íntimamente el despecho de que el más bajo de todos fuera precisamente el que hizo más carrera y yo, con mis casi dos metros de alto, seguía en el mismo puesto en el que entré. Benavidez se había dado maña para trepar escalones hasta llegar a jefe con un sueldo que duplicaba o triplicaba el mío. Y con el ascenso se había ensoberbecido. Nos daba órdenes con un tono tan autoritario que me revolvía las tripas. Y más de una vez en sus palabras irónicas nos insinuaba la amenaza de hacernos echar del ministerio si nos atrevíamos a discutirle.

»Yo era el que más lo odiaba. Me veía ridículo, como lungo, que el más petiso me hubiera desplazado, subiendo "más alto". Los petisos y los lungos no suelen hacer buenas migas. Cuando trabajan juntos, el petiso quiere superar la desventaja que le impone su menguado físico y aventajarlo. El lungo, a pesar suyo, lo estimula así a "crecer" y se empequeñece a sí mismo cuando nombran al petiso en un cargo superior que lo pone por encima de él. Y no había nada más mortificante para mí que ese enano me diese órdenes casi a gritos, faltándome el respeto y haciéndome tragar mi orgullo de lungo.

» En la oficina no faltaban los chismes. Alguien me pasó el dato de que Benavidez, al referirse a mí, me llamaba despreciativamente "Longaniza" o "Grandote al pedo". Por mi parte, le devolvía los motes con otros, equivalentes a su estatura. Y estaba seguro de que también se lo decían a Benavidez.

» Para peor, el petiso era un farsante. Al hincharse de vanidad por el nombramiento, empezó a simular conexiones con los ministros y a darnos órdenes a pleno pulmón como un capitán de goleta. Me venían unas ganas enormes de darle una trompada o, por lo menos, rebelarme con una palabrota, pero me aguantaba porque corrían malos tiempos en el ministerio. De tanto en tanto, nos enterábamos que estaban disminuyendo el personal por razones de economía. Todos andábamos inquietos y nerviosos, sintiendo sobre nuestras cabezas la espada de Damocles, todos menos el petiso, que parecía cada vez más eufórico y poderoso. Y nos decía que estaba firme en su puesto porque tenía una poderosa palanca política de un funcionario importante cuyo nombre ignorábamos.

» Así las cosas hasta que un nefasto día recibí una nota del jefe de personal con la información de mi despido. Benavidez

simuló lamentarlo alegando que no pudo hacer nada para evitarlo porque la decisión del ajuste, por falta de presupuesto, "venía muy de arriba" y se optaba por los solteros. Me hizo así sentirme víctima de mi celibato y quedé en la calle rumiando mi bronca.

» Y mi bronca aumentó pocas semanas después cuando me enteré de que, a pesar del pretendido ajuste de personal, habían tomado a otro en mi lugar, un tipo tan bajo como el propio Benavidez. Entonces no dudé. Benavidez había instigado mi cesantía, había conspirado contra mí porque mi altura de lungo lo acomplejaba. Sentí que mi odio crecía y envenenaba mi alma, sobre todo cuando buscaba empleo en los avisos clasificados de un diario. Me sentía una pila de nervios, no podía dormir y, en mis noches de insomnio meditaba múltiples planes de venganza contra Benavidez: retorcerle el pescuezo o deshacer su aborrecido rostro a golpes, pero nunca fui capaz de matar siquiera a una mosca. Y después de idear un asesinato imposible, tomaba a mi gato en brazos y le decía llorosamente:

»–¿Qué puedo hacer, Shimmy? Ese petiso engreído y maldito me hizo echar sin importarle mis veinticinco años de trabajo honesto y puntual en el ministerio. ¿Qué empleo podré conseguir ahora, si ya no soy joven y no sé hacer otra cosa que llenar una planilla y ponerle un sello? ¿Qué puedo hacer, Shimmy?

» Fue entonces que llegué a una decisión. Si no me decidía a vengarme, lo menos que podía hacer era dirigirle una carta con mis palabras más insultantes, una carta donde le dijera que era un aborto de la naturaleza, una bazofia, un petiso mal hecho, lo más vil e inmundo que pudiera decirle con mis pala-

bras impregnadas de odio. No una simple esquela denigratoria con alusiones a su genealogía familiar. Mi insulto por su culpa en mi despido debía ser del más alto poder ofensivo. Debería buscar las palabras más hirientes y hacérselas llegar filosas como puñales. Y para la mayor fuerza de mi insulto decidí redactar primero un borrador. Empecé la carta con las palabrotas simples pero contundentes que había oído en mi infancia y que, al repetirlas, merecían el reproche áspero materno: ¡Nene, eso no se dice!", y agregué también una sarta de maldiciones para aumentar su poder ofensivo. Recurrí inevitablemente a las expresiones más groseras, de esas que se arrojan como piedras o excrementos en el rapto incontrolado de la ira. Llené páginas con las palabras más soeces, propias de la peor ralea.

» Yo comprendía que al escribirlas y fijarlas en el papel me envilecía, descendía de mi altura moral, de mi nivel de hombre pretendidamente civilizado a los abismos de la indecencia y del asco. Sentía, sí, que chapoteaba en las asquerosas aguas servidas de una cloaca hedionda, pero ya no podía contenerme. Palabrotas que difícilmente se leen, porque se evita transferir a los escritos la viscosidad y la repulsión qua inspiran, yo las agregaba afiebradamente a mi carta insultante.

» Cuando terminé de vomitarlo todo, ya satisfecho con lo que consideré una obra maestra en materia de insultos, con múltiples epítetos peyorativos a su escasa estatura como pigmeo, microbio, enano mal parido, insecto, piojo y otros calificativos denigrantes por el estilo, firmé la carta. La puse en un sobre con la dirección del petiso y decidí llevarla al correo para que la enviasen certificada. Me sentía repugnante y obsceno, incluso cobarde. Hubiera sido más digno de mi parte darle un puñetazo o soltarle una puteada verbal, pero creí necesitar un

desahogo más amplio, como lo que había escrito. Pero a último momento, ya en el correo, creí oír la voz inconfundible de mi inolvidable viejita con el mismo reproche que me hacía de chico: "Aniceto, eso no se hace". De algún lugar del cosmos me llegó esa voz. Del cosmos o de mi conciencia, pero era la voz de mi madre. Al oírla sentí vergüenza y no entregué la carta, que rompí al salir del correo en mil pedazos. Cada trozo de papel era un fragmento de mi bronca, pero también de lo más bajo que había en mí, un fragmento de mis impulsos más salvajes y primitivos. El viento, que soplaba fuerte ese día, se los llevó elevándolos como pájaros cargados con mi sucio odio.

» Desde entonces busco trabajo. Ya dejé mi nombre y dirección en no sé cuántos lugares, sin resultado. Prefieren a gente más joven que yo. Pero hoy, sin esperarlo, tuve mi desquite. Vi a Benavidez en la fila de los postulantes. Me confesó con voz quebrada que lo echaron del ministerio por otro ajuste del personal, sin que le valiera para nada su palanca política. Y tiene cuatro hijos que mantener. Era uno más en la cola. Hasta le tuve lástima. Ya no tenía ínfulas de mariscal, ¿te das cuenta? Estábamos iguales. Bueno, me voy. Tengo que comprarle carne al gato y apenas si me alcanza la guita que llevo. Pagá vos esta vez el café. Chau.

Nos dimos la mano y el lungo se fue silbando un tango. Comprendí que se sentía feliz, reivindicado en su amor propio de lungo al ver al petiso en la cochina vía como él. Lo que no supo ni le dije por orgullo era que también yo andaba en la mala y que por milagro reuní las últimas chirolas para pagarle al mozo.

EL HIJO ESPERADO

—¡Es un varoncito! —oyó decir Amadeo con gran satisfacción a la enfermera que vino a anunciarle el parto de su mujer mientras se hallaba aguardando en la clínica de maternidad.

—¿Y mi esposa cómo está? —preguntó ansioso. Marcela había tenido algunos problemas durante el embarazo.

—Bien, señor, se encuentra bien.

El hijo esperado venía a coronar un matrimonio que muchos calificaron de muy afortunado, no solo por el agraciado aspecto físico de sus contrayentes, sino también porque la boda, destacada en su momento en algunas crónicas periodísticas como "todo un acontecimiento social", había unido a dos jóvenes oriundos de prestigiosas familias y de largo arraigo en el país.

Junto a Amadeo se hallaban su madre y su suegra, ambas viudas, y otros parientes que, tras el anuncio de la enfermera, lo abrumaron con sus felicitaciones y abrazos. Un bebé es el

eterno símbolo de la humanidad que se prolonga incesantemente a través de las nuevas generaciones.

—¡Ha nacido Eugenio Cáceres! —proclamó Amadeo, radiante, satisfecho y orgulloso de que su primer hijo fuera varón. Había acordado con su esposa ponerle al esperado bebé, en el caso de que fuera del sexo masculino, el nombre de Eugenio, en homenaje a uno de sus antepasados llamado así, que significa "el bien nacido". ¡Será todo un hombre, todo un Cáceres! —afirmó convencido y con énfasis.

Supo luego, por informe del obstetra, que el parto había sido difícil, pero que, finalmente, terminó bien. Su esposa había quedado débil y exhausta y, por el momento, no debía ser molestada con excesivas efusividades ni tampoco nadie debía acercarse al recién nacido, que requería especiales cuidados. Pero Amadeo no dudó un momento de que su hijo tendría toda la fortaleza y la gallardía que él esperaba de "un Cáceres", como decía. "¡Ah, si viviera papá!", suspiró. Su padre siempre le decía:

—Sos mi hijo único, Amadeo, no dejés que se extinga nuestra progenie. Debemos ser como uno de esos ombúes que echan muchas ramas, muchas y recias. Porque venimos de gente vigorosa, gente de campo, hecha a las fatigas. Ya había Cáceres en tiempos de la colonia. Los hubo en la conquista del desierto defendiéndose de los malones indios. Y hubo Cáceres entre los primeros que alambraron los campos. Es una estirpe de gente fuerte, de gente noble que no merece desaparecer, que debe seguir existiendo.

Y Amadeo estaba orgulloso de ser un Cáceres, descendiente de aquellos otros, de piel tostada por el sol de las llanuras y las manos ásperas y callosas por sus faenas camperas, dies-

tros en echar un lazo, sobar un cuero, marcar un ganado o hundir el arado en una tierra dura. Claro que aquellos eran otros Cáceres en los tiempos de la carreta y el gaucho montaraz. Los que franquearon el siglo XX y se aproximaban al XXI, habían vendido previamente sus estancias y campos antes de ingresar, uno tras otro, a la urbe porteña y dedicarse a tareas menos rudas, pero también menos fructíferas. Y de los bienes divididos y subdivididos entre los posteriores descendientes de esa otrora numerosa familia, solo había quedado alguno que otro campito improductivo y remoto que más era una reliquia que un bien redituable.

Los Cáceres sobrevivientes ya no eran hombres de a caballo sino gente pueblera, como se decía antes, gente bien o cogotudos con influencia en los altos círculos oficiales, muchos de ellos graduados en las universidades, diplomáticos y políticos, que podían abrirle las puertas a un joven pariente para ubicarlo en un puesto público con poco trabajo y buena remuneración. Y así empezaron a haber Cáceres burócratas desde la segunda presidencia del General Roca. Y de padres a hijos, estos Cáceres oficinescos heredaban, si no gran cosa como bienes, el recuerdo de los primitivos pioneros, valientes, combativos y fuertes y, sobre todo, bien machos o machistas, en contraste con los Cáceres de cuello duro (cuando se los llevaba) a los que alguno arrojara como epíteto peyorativo lo de cajetilla, chupatinta o manyapapeles. Pero –lo repetimos porque es importante destacarlo para entender mejor la psicología de Amadeo– en los Cáceres ya modosos por su carácter de funcionarios había un recuerdo permanente, pleno de admiración por aquel arquetipo familiar del pasado, fuerte, rudo y autoritario, de vocación rural y diestro para domar el

potro más chúcaro. Y al idealizarlo, revelaban la secreta aspiración de un retorno utópico a ese ámbito áspero que dejaron atrás para dedicarse a una cómoda labor burocrática y habitar en un lujoso departamento del Barrio Norte. Ya ningún Cáceres sería capaz de trocar su ubicación ciudadana por una estancia o un rancho de las vastas y desoladas llanuras, pero en su ensoñación común se perfilaba ese vago deseo y se aguardaba que algún nuevo Cáceres se constituyera en un Mesías para devolverlos al escenario de Moreiras, Fierros y Vegas, y lucir nuevamente una pinta gauchesca y bravía. Por eso los Cáceres, el propio Amadeo y sus parientes del mismo tronco, cada vez menos prolíficos, querían que preponderasen los varones en la familia y que lo fuera especialmente todo primogénito.

Pero era inútil; los Cáceres del siglo XX seguían ingresando en las universidades para salir de allí con un título adecuado para desempeñarse en un ministerio o en una función diplomática. Y por eso Amadeo impuso a su hijo varón el nombre de Eugenio, es decir "bien nacido" a la vez que tenía un sentido de un homenaje a uno de los primeros Cáceres del mismo nombre que pisó tierras de América.

—¡Será un digno ejemplar de varón! —auguró uno de los tíos de Amadeo, funcionario jubilado, que llevaba unos gruesos cristales de miope.

—¿Vieron cómo lloraba? —agregó un primo, no menos miope y para más –o para menos– bizco... Seguramente ha de tener buenos pulmones.

—A mí me pareció casi un chinito, aunque no pude verlo bien a través del vidrio —se atrevió a decir un tercero.

En verdad, Amadeo y los parientes que acudieron a la clínica de maternidad solo pudieron observar un tanto confusamen-

te al recién nacido a través del grueso cristal, bastante empañado de la "nursery", y lo que vieron fue algo así como un rojizo y contraído ser, semejante a un raro pez de las profundidades marinas que gesticulaba y movía sus pequeños miembros.

Pronto el departamento de Amadeo se llenó de sonajeros, chupetes y animalitos de trapo y los personas que venían a visitar a la puérpera se retiraban pensando que era una criatura muy singular. Amadeo, como otros parientes suyos, tenía un respetable empleo en un ministerio y, cuando su tiempo se lo permitía, se pasaba largos ratos junto a la cuna de su hijito haciéndole ruido con todos los sonajeros que le habían traído –y seguían trayéndole– y al oír el sonido, Eugenito entreabría sus ojitos oblicuos y emitía una especie de chillido.

***

Finalmente, Amadeo supo la verdad de esa criatura, la decepcionante y cruel verdad. El nuevo Cáceres, por tremenda ironía inscripto con el nombre de Eugenio, no era precisamente un bien nacido sino un pobre taradito, mal formado cuyas deficiencias se hacían más evidentes a medida que pasaban los días. La sorpresa fue tremenda para todos los Cáceres que se enteraron de ello y, por supuesto, en primer término, para el padre del engendro. "Eugenio" tenía la frente chata, las orejitas muy pequeñas, los ojos oblicuos y las piernas más semejantes a los miembros inferiores de una foca que a las extremidades de un ser humano. Pronto se supo también que no podría caminar sin la ayuda de muletas u otro apoyo.

Atendía a la criatura el doctor Méndez, destacado pediatra y amigo de la familia, que dio al consternado padre todas las

informaciones sobre el desdichado caso. A su requerimiento, el facultativo, condensando su larga experiencia, le habló con el tono más suave que podía, pero con la gravedad que exigía su diagnóstico.

—Lo siento profundamente, señor Cáceres. No le gustará lo que voy a decirle y usted tiene el derecho a consultar a otros médicos —empezó a modo de introducción.

—Esperaba ansiosamente un hijo varón, doctor Méndez, un digno heredero. Sé que el niño no es del todo normal, pero, ¿no podrá corregirse? La ciencia médica de hoy tiene tantos recursos —insinuó Amadeo esperanzado, clavando sus ojos en el semblante del facultativo.

—Creo que el Todopoderoso somete a usted y a su esposa a una prueba severísima. El niño demuestra en su constitución unas taras irremediables —y el pediatra agregó los nombres específicos del caso, cuyo significado intuyó Amadeo sin necesidad de comprenderlos.

—¿Taras irremediables, doctor? —repitió con desmayada voz.

—Le diré, señor, Cáceres... En mi ya amplia trayectoria de pediatra he tratado a otros niños como el suyo. Junto a su deficiente constitución física mostraron también un escaso desarrollo cerebral y, por ende, una muy limitada capacidad mental al punto de que no todos podían hablar o pronunciar siquiera algunas palabras.

Amadeo se puso pálido y sus labios empezaron a temblar. Quiso decir algo, pero no pudo emitir sonido alguno. Tardó unos instantes en sobreponerse y replicar:

—¡Dios mío! ¡Es lo peor que podría escuchar! ¿Por qué me habrá castigado Dios así? ¿Qué delito cometí para merecerlo?

—y, sin poder contenerse, el altanero Cáceres soltó un estremecido llanto.

—Lo lamento, señor Cáceres. Lamento mucho haber tenido la obligación de hacerle ver la realidad de su hijo.

—Es un castigo, sí —repitió— ¿pero por qué? ¿Por qué? Conozco nuestra genealogía en la Argentina y nunca supe de un caso así entre los Cáceres. ¡Jamás! Todos han sido seres normales, gente de aptitudes físicas y mentales superiores, gente vigorosa, gente apta, gente inteligente... Jamás se dio el nacimiento de una criatura con taras y tampoco las hubo, por lo que sé, entre los antepasados de mi esposa. ¡Jamás!

Dijo sus últimas palabras casi con sollozos.

—Le diré, señor Cáceres —siguió el médico tras una pausa—. A veces nace un chico deficiente en una familia y el hecho se oculta como una vergüenza, pero no lo es. Es lamentable, claro, pero no es ninguna vergüenza.

—Oh, no, no...—Amadeo sacudió su cabeza negativamente—. En los Cáceres, orgullosos de su linaje, lo es. Pero quisiera saber algo más, doctor... ¿Qué sucedió con esas criaturas monstruosas que usted trató? Quisiera saberlo.

—Pues, de las que atendí dos murieron al año, otro alcanzó los tres o cuatro. Hubo otro, de total ineptitud mental, que vivió hasta cerca de los treinta años.

—¡Treinta años! Pero, ¿qué sentido tiene criar a esta clase de engendros, doctor? ¿Acaso conviene a la especie que seres contrahechos e idiotas continúen viviendo y desarrollándose?

—Comprendo sus sufrimientos, amigo mío, pero lo que usted sugiere es un tema muy polémico. Las religiones más elevadas nos imponen que la vida humana sea respetada en todas las circunstancias.

—"¿Vida humana?" ¿Usted llamaría vida humana...a eso?

—Sí, señor Cáceres. Lo es, y la vida que procreamos no nos autoriza a destruirla. No soy un religioso observante, pero acepto ciertas ideas que provienen de la religión sobre el respeto a la vida humana —agregó el médico gravemente.

—Creo que deberían existir leyes específicas que autoricen la destrucción de los seres condenados a una existencia meramente vegetativa. ¿Para qué dejar vivir a un monstruo?

Amadeo y el doctor Méndez se miraron ahora como desafiándose.

—Discúlpeme, señor Cáceres, que no le acepte esa palabra para denominar a un niño mal conformado. Comprendo y justifico su estado de ánimo, y por eso mismo prefiero no discutirle.

Tras una pausa, en la que Amadeo pareció serenarse, preguntó:

—¿Y ese otro caso que usted atendió... el que vivió más, ¿cómo fue?

—Era el más atrasado de todos. Nunca aprendió a decir siquiera una palabra.

—Quizá soltara gruñidos como un animal.

—Algo así —aceptó el pediatra molesto.

—Yo esperaba un hijo varón, a un ser normal, bien constituido —siguió Amadeo y quedó abismado en sus reflexiones.

—Son ustedes jóvenes, señor Cáceres. Podrán tener otros hijos, como realmente lo desean.

—¿Le parece? —casi le escupió su réplica—. ¿Y si me nace otro engendro? ¿Quién me daría la seguridad de que no llevamos en los genes, mi esposa o yo, alguna oscura y maldita ley

de herencia por culpa de un ignorado antepasado? ¡Oh, no, no! No pienso arriesgarme. De ningún modo.

—Abundan los matrimonios que han tenido un hijo deficiente y los demás normales. Es lo más común. Claro que nadie podría darle la seguridad total... Pero le queda a usted el recurso de la adopción, señor Cáceres.

Amadeo rechazó la sugerencia de plano.

—No me hable así, doctor Méndez. El hijo postizo que me propone no sería un Cáceres, no llevaría mi sangre, sino la de un progenitor desconocido. No, no, por favor. No me hable de una adopción, no me serviría de consuelo. ¡Prefiero un perro de raza, un buen perro, al menos sabría a qué atenerme!

El pediatra hubiera seguido aconsejándolo, pero quedó desconcertado ante las bruscas réplicas de su interlocutor. Estaba, sí, conmovido, apiadado por el drama de ese hombre joven, tan orgulloso de su estirpe que veía truncas sus legítimas aspiraciones paternales. El caso personal del médico era completamente opuesto.

Tenía un hijo adoptivo del que estaba justamente satisfecho, pero nada podía hacer para consolar a ese hombre tan envanecido de su apellido, absolutamente nada. Ese niño deforme e idiota sería una carga permanente para él y su esposa. Si Amadeo no se hubiese mostrado tan reacio a escuchar sus consejos, le hubiera dicho, más bien con el tono de un sacerdote: "Ante lo ineludible es menester resignarse, señor Cáceres. Debería usted aceptar el hecho con entereza, como una prueba a la que lo somete el destino, por decirlo así. Y si teme intentar la procreación de otro ser, adopte un niño. Aleje de su mente esas ideas de eutanasia y de orgullo de estirpe que a nada bueno le conducen. Pero yo le aconsejaría, sobre todo,

que intente otra paternidad. De padres normales, lo común es el nacimiento de hijos normales. Lo contrario es solo una excepción, una desdichada excepción".

No. No dijo nada al ver a ese Cáceres aplastado moralmente, humillado hasta la raíz de su ser. No lo hubiera escuchado.

* * *

Amadeo vivía momentos de gran tortura mental. La gente con quien se trataba en la oficina se le acercaba para felicitarlo por su primera paternidad e incluso le hacían llegar numerosos obsequios para el bebé, que recibía con una forzada sonrisa ocultando su frustración como el peor de los delitos. Le preguntaban por el niño y mentía sintiendo el gusto amargo que la falsedad le dejaba en la boca y en el espíritu: "Mi hijo es un niño hermoso, robusto y se alimenta bien". Solo era veraz en lo último pues la criatura engordaba rápidamente. En lo restante, distaba muy lejos de merecer el elogio con su cuerpecito defectuoso, sus pies mal conformados, su carita rojiza y sus pequeños ojos oblicuos. Al acercarse a su cuna para observarlo, Amadeo se repetía invariablemente con profunda amargura: "Los espartanos le hubieran dado muerte como lo hacían con las criaturas que nacían débiles y defectuosas". Le fastidiaban también, aunque evitaba hacerlo entrever, los extremos cuidados que ponía Marcela atendiendo al "pequeño monstruo", como lo nombraba íntimamente. Se había apresurado a inscribirlo con el elegido nombre de Eugenio antes de comprobar fehacientemente que no era ningún "bien nacido" y el nombre le resaltaba la más amarga de las ironías. Pero el

problema había sido resuelto por su esposa que, sin ningún tipo de especulación, llamaba al bebé por el mote de "Cachito".

Y lo repetía dulcemente cuando tenía al niño en sus brazos y le alisaba sus ralos cabellos. Al ver esa escena, Amadeo se preguntaba enfurecido: "¿Pero esta mujer no se da cuenta de que está criando a un inevitable idiota?". Y se mortificaba con sus incesantes requisitorias a la divinidad: "¿Por qué tengo este castigo? ¿Por qué debo ocultar a todos que mi hijo es una pobre cosa subhumana con taras irremediables?". Y luego iba a encerrarse en su biblioteca para no tener que discutir con su mujer. Porque la criatura empezaba a constituirse en un motivo de incesante discusión con ella. Le había hecho cierta vez una propuesta entreviendo un posible acuerdo:

—Convendría llevar al chico a una institución dedicada a infradotados. Ni siquiera estará consciente del cambio. Tanto le dará que lo cuide uno u otro. Sería una solución para que podamos vivir con normalidad y sería mejor también para él crecer y vivir junto a chicos semejantes.

Esperaba que su mujer aceptara sus razonamientos. Sería el mejor paliativo para esa desdichada situación que los afligía, pero Marcela, en lugar de acatar sus deseos se echó a llorar diciéndole:

—¿Quién podría cuidarlo mejor que yo, que soy su madre? Es tan chiquito y débil.

—No te estoy pidiendo que lo matemos, sino que lo llevemos a una buena institución para chicos con taras. Estaría mejor que en nuestro propio hogar —le replicó él iracundo.

—Pobrecito... Cachito es inocente, no tiene la culpa de haber nacido así. —le contestó Marcela, torturada, y ya no hubo modo de que le siguiera hablando porque no le escuchaba.

Entre una discusión y otra pasaban días, semanas y también meses de hosco distanciamiento entre los cónyuges, hasta el punto de que Amadeo había decidido dormir en otra habitación. Mientras tanto, la criatura crecía, si así podía llamarse al hecho de que sus deformidades abultaban más y engordaba mediante múltiples mamaderas, sopitas y vitaminas con las que Marcela y doña Raquel, su suegra, nutrían al pequeño que, según Amadeo, ya parecía más un cerdo que otra cosa.

Desde el nacimiento de su hijo, Amadeo evitaba que viniesen amigos o parientes a visitarlo, como lo habían hecho antes. Y este aislamiento voluntario era otra amargura más que rumiaba a diario. Ya la única persona que venía seguido era doña Raquel, que hacía causa común con su hija. La madre de Amadeo, en cambio, venía muy rara vez porque también a ella le disgustaba aceptar que ese pequeño idiota pudiera ser su nieto. Se había producido pues, en el hogar de los Cáceres algo así como dos frentes en pugna, en pro y en contra del inocente Cachito. Para mayor disgusto de Amadeo, su esposa sacaba a la criatura en un cochecito a tomar aire en una plaza cercana exponiéndola a las miradas compasivas de todo el mundo. Finalmente, Amadeo dejó de insistirle a su mujer que se desprendiera del chico. No conseguía otra cosa que hacerla llorar y amargarse a sí mismo y no quería mostrarse ante su suegra como un miserable sin entrañas. Decidió entonces vender ese departamento céntrico –demasiado céntrico– para alojarse en una casa que adquirió en el distante barrio de Belgrano con un jardín interior. Allí tendría Marcela el aire y el sol que buscaba para Cachito sin necesidad de pasearlo por la calle. Además, alejaba así a las personas que solían visitarlo en su departamento por estar demasiado accesible. Marcela

aceptó el cambio y, tras la mudanza, volvieron a deslizarse los días con Cachito creciendo y engordando.

Pero no por ello Amadeo se avenía a tolerar al chico. Se resistía a aceptar que ese capricho de la naturaleza fuera "un Cáceres". Al enterarse de que estaba padeciendo algunos problemas gástricos con frecuentes vómitos, empezó a alentar la esperanza de que la criatura terminase pronto sus días. Sería realmente lo más conveniente que pudiera pasar, se decía. El médico, llamado por Marcela, encontró al niño muy delicado y le recetó especialísimos cuidados y diversas medicinas.

A los tres años de edad, la deficiente criatura no podía hablar ni caminar, y apenas si mostraba en su carita rojiza meras muecas sin sentido. Atisbando secretamente, Amadeo había observado a Marcela y a su madre empeñándose en hacer que dijera "mamá" y "papá" sin conseguirlo. Cachito solo contestaba –si eso era contestar–emitiendo unos gruñidos agudos, como podría hacerlo una rata. Pero ahora Amadeo veía a su mujer y a su suegra dedicadas a la atenta y minuciosa tarea de suministrar al engendro remedios e inyecciones en celosa consulta con el reloj y el médico. A tal hora, tal medicina o tal alimento. Todo en el minuto preciso, cuando hubiera sido tan fácil dejar que terminase su existencia de modo natural, se decía.

Al regresar una noche de sus tareas, Amadeo se encontró con que Marcela había ido a la clínica a averiguar el resultado de los análisis efectuados al chico. En su lugar estaba su suegra, apostada en la cabecera del pequeño enfermo como un centinela. Aprovechó la circunstancia para concretar un demorado deseo de hablar con ella a calzón quitado, sin la presencia de su mujer.

—Quiero hablarle con entera franqueza, doña Raquel, comenzó diciéndole luego de salir del cuarto del chico—. Su hija no quiere admitir mis razones cuando le digo que sería mejor para todos internar al niño en una institución especializada para estos casos. Estaría allí bien atendido. Me recomendaron uno de estos asilos para infradotados.

Doña Raquel no se amedrentó por el tono con que le hablaba su yerno. Más bien esperaba que llegara el instante en que debería enfrentarse con él para defender la posición de su hija.

—Es natural que Marcela se oponga. Sus nobles sentimientos maternales la impulsan a ello. Cachito es su hijo a pesar de todo.

—Su hijo, sí, y también el mío. No lo voy a negar, pese a que no puedo admitir a un ser así como hijo de mi sangre, señora. Y por eso también tengo derecho a opinar sobre él. De más está decir que esperaba un hijo normal, como el que tiene todo el mundo... ¡Sin taras, señora, sin taras! —la reconvino como si ella fuera la culpable de su mala conformación.

—Por supuesto. También Marcela esperaba un niño normal. Pero, ¿va usted a culparla de que el pobrecito haya nacido defectuoso?

—No, no la culpo. No culpo a nadie. Hay en todo esto unas malditas leyes de herencia, me supongo. ¡Quién puede saberlo! Pero le diré que entre los Cáceres nunca se supo de un ser así. ¡Nunca!

—Tampoco en mi familia hubo nada igual, pero ha sucedido —le dijo su suegra con tono firme y sosteniendo su mirada—; ha sucedido y la fe que inculqué en mi hija la induce a resignarse. Un hijo, cualquier hijo, viene de Dios, Amadeo... ¡De Dios!

—Un hijo normal, sí, pero éste ha de venir del diablo, me parece —le replicó con ira.

Se miraron como empecinados rivales. La mujer se puso roja de indignación.

—El pobrecito está ahora muy enfermo, ¿o es que no le entiende ¿A qué viene esta discusión?

—Sí, ya sé que está enfermo. Precisamente por eso, ¿no sería más lógico dejar que se cumpla su destino natural? ¿Para qué esforzarse tanto en que sobreviva una criatura tan deforme y encima idiota? ¿A qué conduce esto? A los casi cuatro años de edad, no le oí nunca una palabra, solo gruñidos, como cualquier animal cuando quiere comer, y de ahí no pasa. ¡Además, no podrá caminar nunca!

—¡No hable así, por Dios! —le replicó doña Raquel escandalizada—. Cuando sea algo mayorcito tendrá una educación para mejorar.

—¿Y qué conseguirá después de muchos años de educación, señora? ¿Que aprenda a usar el papel higiénico? No pasará de ahí. Ya me lo anticipó el doctor Méndez. ¿Para qué entonces tienen que esforzarse usted y su hija en que siga viviendo? ¿Para qué?

Amadeo soltó las últimas palabras las exasperado y a los gritos.

—¿Qué pretende usted decirme?

—No hablo en chino, me parece. Hay que ser realista, señora. Su hija no lo es, pero yo sí. ¿Acaso no lo sabe? Esta criatura arruina nuestro matrimonio y usted ayuda en eso, pese a sus buenas intenciones. Ha sido cosa de la fatalidad que naciera así, lo admito, pero esto debe tener un final. El doctor Méndez que trate al chico ha tenido otros casos parecidos o iguales... Y

la mayoría de estas criaturas fallecieron al poco tiempo de nacer... y yo ya llevo aguantando cuatro largos años, cuatro años malditos, de angustia diaria... pero la solución del problema podría estar cerca, señora.

—¿Qué solución? ¿Está insinuándome que dejemos morir al pobre Cachito? ¿Es lo que pretende decirme?

Amadeo hizo un gesto burlón.

—¡Oh, oh, oh! No me mire como si fuera el malvado de un teleteatro. ¿Nunca oyó hablar de la eutanasia para dar un final piadoso a un ser que sufre o a una vida sin sentido? ¿Y lo tiene acaso la existencia de esta criatura?

—Oh, no, no. Marcela y yo no pensamos así. Ya sé que el pobrecito no es normal, pero necesita protección, necesita cuidados, cariño...

Amadeo, impaciente y fastidiado, dio unos pasos por la habitación.

—Está bien, señora, está bien. Necesita protección, necesita cuidados, lo acepto, pero no exageremos. Usted y su hija han hecho ya lo posible, pero no hay que ir más allá. Debemos dejar que la naturaleza siga su curso y no mantenerlo vivo artificialmente a fuerza de vitaminas, remedios y qué se yo cuántas cosas más.

Sus palabras horrorizaron a la buena mujer.

—¿Me está usted pidiendo que no hagamos lo necesario para curarlo?

—Solo le estoy pidiendo que escuche mis razones, que no se lleve hasta la exageración la necesidad de salvarle la vida porque no le salvan nada. No lo salvan de llevar una existencia absurda, vegetativa y lamentable, impropia de un ser humano, porque nunca pasará de esa incapacidad mental absoluta que

tiene. Es una criatura tullida, horrible, prácticamente sin cerebro. ¡Y quiere salvarle la vida! Corren las dos de aquí para allá por las radiografías, los análisis, los médicos, las píldoras, las inyecciones... ¿Qué es lo que se gana con esto? ¿Qué?

La gesticulación vehemente y las palabras iracundas de Amadeo pusieron a la mujer al borde del desmayo.

—¡No quiero que me siga hablando de esta manera! ¡No lo soporto! Haré de cuenta que no me dijo nada y tampoco le dirá a mi hija una sola palabra de esta conversación odiosa, pero ya no quiero discutir más con usted.

Amadeo iba a replicarle, pero en ese momento entró Marcela, que volvía de la clínica. Apenas vio a su madre le informó los resultados de los análisis:

—¡Cachito se salvará, mamá! Los análisis son buenos, mejores que la otra vez. ¡Se salvará! —repitió con satisfacción.

—¡Oh, bendito sea Dios!

Amadeo, con un gestó de fastidio e impotencia, fue a encerrarse en su habitación. Madre e hija entraron en el cuarto del niño, que dormía.

—Ya se nota que está mejorando —afirmó Marcela y, al revisar la cama agregó: —hay que cambiarle las ropitas. El pobrecito se mojó. Todavía no sabe pedir.

—Pero ya aprenderá —dijo doña Raquel convencida—. Ya aprenderá.

En eso, el pequeño despertó y al ver a su madre emitió un gruñido que en él equivalía a su deseo de comer y constituía a la vez un cabal síntoma de su recuperación.

* * *

Los cuidados que recibió Cachito le permitieron superar la crisis, pero la criatura se convirtió en una espina venenosa que Amadeo sentía clavada en lo más vivo y sensible de su ser. Y dado su carácter impulsivo, debía armarse de una enorme paciencia para tolerar lo que hubiera querido rechazar violentamente. Como un desahogo se decidió a adquirir un perro, un hermoso ovejero alemán, al que llamó Nerón. Siempre había deseado un perro, pero no le pareció apto tenerlo en el departamento céntrico donde vivía antes. Ahora, en una casa grande, podía alojarlo con comodidad. No dejaba de ser un curioso capricho llamar con el nombre de un cruel emperador romano de triste memoria a un hermoso animal de recia estampa, leal e inteligente. Y en una competencia singular con su esposa, que dedicaba sus cuidados más extremados a su deforme criatura, Amadeo se complacía en adiestrar a Nerón cuando volvía de sus tareas. Pensaba que, al menos, ahora tenía junto a él a un ser a quien ponderar con mérito y su tema favorito era precisamente hablar de lo inteligente, fiel y cariñoso que era Nerón, que no necesitaba hablar para hacerse entender. Y volcaba en el perro algo o mucho del afecto paternal que hubiera prodigado a su deseado hijo si hubiera sido normal.

Mientras tanto, Cachito crecía, por llamar de alguna manera el subdesarrollo de ese niño cuyas deformidades se hacían cada vez más abultadas y patentes. Más parecía una foca que un ser humano, se decía Amadeo al verlo arrastrarse sobre la alfombra donde solía dejarlo Marcela para que jugase con los muñecos. El pequeño idiota los tomaba en sus manos regordetas, los miraba con sus ojillos ratoniles durante unos instantes y luego se ponía a gruñir pidiendo de comer, como cualquier animalito.

* * *

Marcela había convenido los oficios de un especialista en infradotados para educar a Cachito. Pero, pese a sus esfuerzos, no conseguía enseñarle nada. A los diez años no podía caminar, ni siquiera con muletas, ni hablar, salvo emitir sus eternos gruñidos y tampoco se interesaba en juego alguno. Finalmente, tras pacientes esfuerzos y transpirando copiosamente, el profesor consiguió que Cachito pusiese un cubo sobre otro y así hasta tres o cuatro, lo que Marcela y doña Raquel celebraban jubilosamente como un rasgo genial, pero allí terminaba toda su capacidad. Un cubo sobre otro y otro más, y en esto consistía todo el juego posible del pequeño. Finalmente, el profesor logró un último y definitivo progreso, como se lo confesó a Marcela, al hacerle emitir unos gruñidos característicos cuando le venían deseos de evacuar el vientre o de orinar. Entonces lo llevaban al baño, pero su mínima capacidad mental le impedía aprender ningún otro juego que no fuera poner los consabidos cubos uno sobre otro y tirarlos abajo para repetir lo mismo. Mostraba, sí, una inequívoca alegría cuando veía llegar a su abuela porque solía traerle golosinas que saboreaba con deleite.

Amadeo captaba a veces los esfuerzos de las dos mujeres por enseñarle a pronunciar las palabras elementales de "papá" y "mamá". Se las repetían infinitamente con enorme paciencia, separando las sílabas. Le mostraban un retrato de Marcela y decían, señalándolo: "ma... má", luego otro de Amadeo para agregar "pa... pá". Cachito miraba los retratos que le ponían

delante de los ojos y parecía intentar la hazaña parlante, pero finalmente soltaba sus habituales gruñidos y de allí no pasaba.

En verdad, Nerón era mucho más inteligente que Cachito. Amadeo le hablaba y el animal, clavándole los ojos y parando las orejas, le entendía todo. "Nerón, traé la pelota. Nerón, hacete el muerto. Nerón, sentate y dame la pata". Nerón esto, Nerón aquello. Todo lo entendía y hacía lo que se le indicaba. A veces, acariciando a su perro, Amadeo pensaba: "Si Nerón hubiera nacido humano sería sin duda el Cáceres que yo deseaba como hijo: hermoso, fuerte, inteligente". Pero era un perro, nada más que un perro.

* * *

Amadeo evitaba, por lo general, acercarse al pobre Cachito. Le resultaba inevitablemente repulsivo verlo arrastrarse y efectuar sus muecas de simio, siempre inexpresivas, mientras que por las comisuras de sus labios entreabiertos se le escurría la saliva. Prefería a su perro, atento a cualquier indicación suya. Y era Nerón, por cierto, objeto de la admiración de muchos cuando lo llevaba de paseo, al verlo tan ágil, esbelto y vigoroso.

Marcela le reprochaba que se diera tanto al perro y no tuviera ningún gesto paternal con su hijo, pero no le insistía en exceso para no irritarlo. Con todo, para complacerla, Amadeo se acercaba alguna vez al chico, pero se mantenía apartado y rígido, mirándolo con visible repulsión. Esto hacía que Marcela le dijera:

—¿Por qué no le hacés una caricia? Si acariciás tanto a tu perro, podrías hacer lo mismo con el pobre Cachito.

Amadeo estuvo a punto de decirle: "Mi perro no me resulta repulsivo como este engendro", pero estiró su mano tocando fugazmente la cabeza del pobre chico y luego salió de su habitación.

Era ya su conducta habitual: evitar discusiones inútiles con Marcela para hacer más tolerable la vida en común.

***

Cachito iba a cumplir los doce años de edad cuando empezó a perder peso y a enflaquecer visiblemente. Una enfermedad gastrointestinal iba terminando con él. Ya eran inútiles los análisis, las radiografías y las medicinas. Ya eran inútiles también los médicos que se turbaban para observarlo. Todos coincidían en que el pequeño idiota no tenía remedio. Se le veía ahora pálido y exangüe y solo gruñía o gemía para quejarse de sus males. Marcela y su madre se turnaban para asearlo, cambiarle las ropas, limpiarle los ojos y la boca y darle algunas medicinas inocuas. Solo un milagro hubiera podido salvarlo y doña Raquel, devota como era, rezaba con frecuencia pidiéndole al Todopoderoso por su vida. Pero no había nada que hacer, era un caso desahuciado. Cuando Amadeo lo supo fingió ante su esposa cierto pesar, disimulando como pudo su secreta satisfacción de liberarse pronto de una carga que le resultaba harto pesada porque el pobre Cachito, aun inocentemente, había ejercido una verdadera tiranía. Su mujer se había dedicado a él con alma y vida, descuidando totalmente su relación de pareja. Amadeo pensaba que todavía eran jóvenes y que, cuando muriera el chico, podrían reconstituir su hogar. Tras su fracaso paternal, mucho de su antiguo culto por su linaje ha-

bía cedido en su espíritu. Y a pesar de su inicial negativa, iba admitiendo la posibilidad de una adopción. Adoptaría un niño sano, normal, con un tipo humano similar al de los Cáceres. Aún podría tener un heredero, un hijo si no de su sangre, al menos formado y educado por él. Pero antes era necesario que el desdichado niño terminase su existencia sin sentido. El pobre apenas si había conseguido tenerse algo en pie, metido en un andador ortopédico con rueditas, pero no había sido capaz de aprender a pronunciar las palabras mínimas que aprende todo niño en su más tierna edad para nombrar a sus progenitores. ¡Y ya tenía doce años! Solo podía emitir gruñidos, meros gruñidos de animal. Hasta el perro rehuía aproximársele al verlo como un simple ser reptante e inexpresivo, sin una clara figura humana.

***

Finalmente, el estado de Cachito fue agravándose hasta acercarlo a la agonía. Amadeo se encontraba leyendo en su biblioteca, como lo hacía por las noches, cuando se le acercó Marcela hecha un mar de lágrimas.

—Cachito se muere —le dijo con voz sofocada.

Sabía Amadeo que el pequeño iba acercándose a su fin.

—Era inevitable querida... —trató de consolarla.

—Sí, pero me dediqué a él tanto... ¡Tanto!

Marcela tenía su sentimiento maternal a flor de piel. Había criado al pobre idiota rodeándolo de los más solícitos cuidados. A través de su ternura, Cachito dejaba de ser una criatura deforme subhumana. Era, antes que nada, su hijo. Amadeo sintió piedad por ella y la abrazó, intentando mitigar su dolor.

Hacía largos años que no tenía con su mujer ningún arranque efusivo y le secó las lágrimas cariñosamente con su pañuelo.

—Tenés que aceptarlo, Marcela. Tenés que pensar incluso que será mejor para el chico terminar sus días ahora, antes de entrar en la adolescencia. Ignoramos los designios de Dios, ignoramos por qué han de nacer niños así, tan deficientes, condenados injustamente desde su nacimiento a una vida imposible. Hiciste todo lo que podías hacer por él.

Tomándola de la mano, entró con ella en el cuarto donde languidecía su hijo. Amadeo observó que tenía dificultades para respirar y que mantenía la boca abierta. A su cabecera, su infaltable abuela Raquel sollozaba.

¡Sí, Cachito se estaba muriendo! Era evidente. Amadeo se quedó mirándolo, sin poder contener su emoción. A pesar de todo, era su hijo, un ser malformado, un ser monstruoso, pero su hijo.

—¿No le darás un beso? —le insinuó Marcela, suplicante—. Nunca se lo diste —le reprochó.

Cierto. Nunca había besado a ese engendro, nunca le había hecho voluntariamente una sola caricia como las que prodigaba a su perro. Viendo el rostro bañado en lágrimas de su esposa, aceptó complacerla y posó sus labios sobre la frente del moribundo. La sintió fría, casi marmórea. Luego le hizo una torpe caricia alisando sus cabellos. El pequeño sintió el contacto y sus ojillos parpadearon repetidamente. Sus labios se movieron y de su boca entreabierta

brotaron bien nítidas, dos sílabas:

—Pa... pa...

¡Todos quedaron sorprendidos! ¡Cachito había hablado! ¡Por primera vez había hablado! Pero, ¿habría pronunciado esa pa-

labra elemental conscientemente, entendiendo su sentido o fue solo un balbuceo incoherente? Amadeo y Marcela se miraron significativamente.

—Pa... pá... —volvió a decir el chico y levantando como pudo un bracito, señaló inconfundiblemente a su padre.

Amadeo se estremeció. El niño lo había señalado a él, haciendo su mayor esfuerzo de inteligencia y sensibilidad en los momentos finales de su existencia. Intensamente conmovido, sintió unas ganas enormes de llorar y de abrazar su cuerpecito claudicante pidiéndole perdón por el rechazo y el desprecio que siempre le había mostrado. Y entonces, con su voz quebrada por un sollozo, le soltó las palabras paternales que jamás le había dicho:

—Cachito, hijito mío...

Fue lo último que oyó el moribundo. Su cabecita de ojos oblicuos se inclinó a un costado y quedó inmóvil.

COMENZÓ CON UN VALS

Roberto Sánchez, un viudo septuagenario, frecuentaba las reuniones con gente de la tercera edad en un centro social marplatense. Allí hallaba el solaz que buscaba y se liberaba de estados depresivos charlando, bailando y tomando café con personas afines o, simplemente, jugaba una partida de dominó. No tenía hijos, ni casi parientes y su principal preocupación de jubilado era entretener su ocio y huir de la soledad. A veces, revisaba melancólicamente las fotos familiares y revivía su pasado, su vida con Sofía, su finada esposa, fallecida hacía unos siete años.

No había sido el suyo un matrimonio que se dijera armonioso. Tras los primeros tiempos de vida en común, su mujer empezó a criticarle y a echarle en cara su falta de aptitudes para enriquecerse, como lo hacían algunos parientes emprendedores y comerciantes. Sofía tenía sus ojos codiciosos. Veía que otra gente progresaba, que tenía automóvil, que viajaba a Europa. Nada de esto podía esperar de su marido, falto de

ambición y de iniciativa. Porque Roberto hubiera sido un incorregible bohemio, de esos que pasan su vida junto a una mesa de café, inducido por su carácter indolente, dado a la fantasía y a la meditación.

Había entrado de más joven en una ferretería y allí continuó año tras año, sin hacer nada para salir de su relación de dependencia y tomar las riendas de un comercio en sus propias manos. Por lo demás, sus inclinaciones lo llevaban a reunirse con sus amigos y a charlar con ellos durante horas. En sus mocedades, Roberto reveló cierta vocación por la poesía, una poesía sencilla y popular, y hasta había escrito varias letras de tango que nunca tuvieron música. En tiempos ya lejanos de su juventud en Buenos Aires le gustaba enviar unos versitos a la chica que cortejaba, casi siempre en forma de acrósticos y esto le valió una aureola de literato. También le había enviado sus versos a Sofía en los comienzos de su noviazgo, lo que fue para ella más motivo de mofa que de admiración.

—Nunca hubieras pasado de ser un poeta barato, muerto de hambre con tu literatura —le decía a veces la difunta—. Si mis padres no me hubieran regalado el departamento cuando nos casamos, no habríamos podido comprarlo —le repetía machaconamente.

Era cierto, con su magro sueldo jamás hubiera logrado adquirirlo. Y el departamento que antes le había parecido chico, ahora, en su soledad, se le había agrandado. Estaba tan acostumbrado a las interminables recriminaciones de su mujer que al principio le parecía extrañar su letanía de quejas y reproches, pero ya se iba habituando al silencio que combatía con su viejo aparato de televisión.

Cada mes se celebraba en el centro social adonde concurría una fiesta de cumpleaños. Y luego de un té, empezaba a funcionar el equipo musical a todo ruido, difundiendo en modo especial valses, tangos y música folklórica. Bailando, Roberto entró en relaciones con una viuda sexagenaria de buen aspecto, con quien simpatizó a primera vista. Era una cara nueva en el lugar. Al escuchar uno de sus valses favoritos se le acercó para invitarla:

—De muchacho era muy tímido, pero ahora invitaría a bailar "El Danubio Azul" a la misma Pavlova —le dijo haciéndose el gracioso.

La mujer sonrió aceptando la danza –como aceptaría sus galanteos– y pronto supieron ambos todo lo que querían saber recíprocamente. Y supo Roberto que Marta Méndez –tal era su nombre– era viuda, de muy buena posición, con dos hijos casados, que sabía tocar el piano y tenía inclinaciones artísticas, que vivía en Buenos Aires y estaba como turista en Mar del Plata alojándose en la casa de una prima. Roberto, por su parte, le informó prontamente que de joven componía versos y que ansiaba hallar a una mujer que lo comprendiera y que aceptara su propensión a la literatura y a la bohemia que su finada esposa rechazaba como si fueran pecados. Marta se mostró entusiasmada por esa vocación suya, que dijo compartir en gran medida, y quedaron en volver a encontrarse.

Quien los viera días después tomados del brazo, paseando por la Rambla y mirándose embelesados, bien hubiera podido decir: "Parecen jóvenes enamorados". Él, con sus setenta y pico a cuestas, y ella, con sus sesenta y cinco bien cumplidos, caminaban con las manos juntas. Habían dejado ya el "usted" ceremonioso para adoptar el "vos" directo que acerca y une.

—Oh, Roberto —le dijo Marta—, ya no creía encontrar a ningún hombre en mi vida como lo deseaba. Me siento otra mujer junto a vos.

Roberto la escuchaba complacido. La llevó a una confitería y le leyó unos versos que había compuesto la víspera en su honor, versos simples, pero espontáneos, que a Marta le parecieron maravillosos, de gran mérito.

—Sos un poeta, Roberto, todo un poeta. Me han gustado mucho. Los releeré siempre —le dijo en un arrebato de entusiasmo mientras guardaba los papeles en su cartera.

El viudo creía vivir un hermoso sueño. Volvía a sentirse joven, ajeno a esa imagen que le mostraba el espejo con una cabeza calva y el rostro surcado de profundas arrugas. En sus posteriores citas con Marta vestía su traje dominguero, se peinaba esmeradamente sus ralos cabellos y salía a la calle con el corazón palpitante y la ansiedad de sus mocedades.

Marta, terminadas sus vacaciones, debía volver a Buenos Aires, pero quedó con Roberto en que "habían nacido el uno para el otro". Informaría a sus hijos de sus planes matrimoniales y le enviaría una carta para que fuera a verla y acordasen la boda. El viudo la acompañó hasta la estación del ferrocarril y la despedida, sellada por un beso, tuvo el relieve de ciertas películas románticas de antaño, cuando la juventud sonrosaba el rostro de ambos.

***

Roberto concurrió a su habitual reunión con la gente madura, nimbado de felicidad.

—¡Voy a casarme, amigos! —proclamó emocionado—. Pude conocer aquí mismo, a partir de un vals, a la mujer que esperé siempre, desde mi temprana juventud. Es una viuda de muy buena posición —agregó vanidosamente—. Después de la boda nos iremos a recorrer Europa. Siempre quise conocer esos países, sobre todo España, donde nacieron mis abuelos. Y ahora podré hacer el viaje junto a una mujer maravillosa que será mi esposa.

Hubo secretas envidias de otros jubilados, pero vivas felicitaciones, sobre todo de las viudas que veían en Roberto al protagonista de un teleteatro. Días después le llegó la carta que aguardaba impacientemente y en la que Marta, con palabras de inflamado amor, lo invitaba a ir a Buenos Aires para presentarlo a sus hijos y fijar la fecha de la boda, ya que no había ningún obstáculo para ello. De entre el fárrago de encendidas metáforas, el septuagenario leyó expresiones que tuvieron la virtud de llevarlo a ese limbo en que se ubican los enamorados de cualquier edad: "Doy gracias a Dios por haberte conocido cuando mi vida alcanzaba ya el ocaso", "Junto a vos vuelve a vivir mi juventud", "Sos el hombre que esperé toda mi vida", y así por el estilo.

El viudo leía y releía la carta que, para más encanto estaba perfumada. ¡Era otro hombre! Su primer matrimonio había sido una frustración. Marta, en cambio, era la mujer que el destino le había tenido reservada y, para mayor dicha, gracias a su fortuna podría viajar por el mundo, visitar museos, conocer París, Florencia, Roma, Madrid, Viena, ciudades imantadas de arte, de belleza.

Preparó rápidamente su equipaje y se fue a la estación para partir en el primer tren que lo llevaría a Buenos Aires. Marta le

decía en la carta que podría alojarse en su propio departamento, que contaba con sobradas comodidades para huéspedes. Roberto vivía días gloriosos. Reflexionó que la juventud perdura, a cualquier edad, si se es capaz de sentir un nuevo amor. "La vida puede aún depararme algo hermoso antes de bajar a la tumba", se dijo. La difunta Sofía no lo había complacido jamás. Se negaba siempre a acompañarlo a una exposición, a una charla cultural, a un museo. Y si lo veía borronear algunas páginas, le lanzaba sus pullas irónicas:

—¿Qué ganás con eso? Se te da por los versitos mientras otros invierten su tiempo en buenos negocios. Con tu modo de ser nunca saldremos de pobres.

Y lo mortificaba repitiendo largamente sus ataques. Marta, en cambio, le decía dulcemente lo contrario:

—Tenés alma de poeta, Roberto. Tu carácter y tu vocación me encantan. Mi marido fue un hombre distinto, ajeno a mis gustos. Nunca se apartaba de sus negocios, nada sabía de arte ni de literatura.

Ni ella ni él habían encontrado en sus respectivos cónyuges la afinidad que anhelaban, esa afinidad que ahora los unía en la viudez. Meditando en ello, Roberto vislumbraba un futuro gratísimo, al ritmo del trepidar del tren que lo llevaba a Buenos Aires.

* * *

Emocionado como un adolescente que concurre a su primera cita amorosa, llegó Roberto a la populosa ciudad capital. Un taxi lo dejó ante un edificio de departamentos un tanto antiguo donde se domiciliaba Marta. Llamó por el portero eléc-

trico y una voz le autorizó a subir. En el sexto piso oprimió un timbre y le abrió la puerta una mujer que se identificó como hermana de Marta. Preguntó por ella y le dijo que se hallaba con una fuerte depresión nerviosa y que el médico le había ordenado total reposo prohibiéndole recibir ninguna clase de visitas.

—Pero... Me invitó a que viniera a verla... Si es usted la hermana debe saberlo. Pensamos casarnos. ¿No se lo dijo? —le preguntó ansiosamente.

—Sí, lo sé todo. Marta me lo informó.

—¿Le habló ella a sus hijos de... de "lo nuestro"? ¿Qué sabe usted de eso? ¿Acaso se opusieron?

La mujer pareció titubear antes de contestarle:

—No exactamente así, pero le dieron a entender que debía reflexionar más profundamente el paso que iba a dar. Será cuestión de un poco de paciencia de parte suya.

—Sí, pero... ¿no podría verla? ¿No podría hablar con ella, siquiera unos momentos?

—Imposible. Deberá usted comprender, señor... Tuvo una intensa crisis de nervios y el psiquiatra que la atiende le ordenó reposo, reposo absoluto. Su estado es de cuidado. Es necesario evitarle una recaída. Usted debe comprender...

—Sí, claro, pero...

Tan contento que había llegado a Buenos Aires, tan lleno de esperanzas, tan ilusionado...

* * *

Volvió a Mar del Plata esa misma noche, triste y con sus pensamientos en contusión. Volvía a su soledad, a la som-

bría realidad de su vejez sin horizontes. Y en sus reflexiones, en una noche de insomnio le pareció escuchar la áspera voz de su difunta mujer que le decía sarcásticamente: "Siempre serás el mismo iluso, Roberto, el mismo tonto. ¡Nunca aprenderás nada!".

Tuvo que buscar una excusa para las personas que le preguntaban sobre los resultados de su viaje a Buenos Aires.

—Se postergó el casamiento. Mi novia enfermó repentinamente. Habrá que esperar un tiempo, claro.

¿Su "novia"? ¿Esperar? No podía engañarse. Sin duda, sus hijos se oponían a que hiciera un nuevo matrimonio. Hay muchos hijos así, egoístas o equivocados que se niegan a aceptar un padrastro. En fin, aquello debía darse por terminado.

Pero "aquello" volvió a tener vigencia gracias a otra carta, que recibió con manos trémulas y cuya letra manuscrita en el sobre identificó al instante. ¡Era Marta! ¡Otra vez Marta! Desgarró el sobre y leyó nerviosamente: "Querido Roberto, te ruego que me disculpes. He pasado por un trance de profunda depresión, pero ya me estoy recuperando. Lamento muchísimo que no pudiéramos vernos. Mis hijos fueron en gran parte culpables de lo ocurrido. Estoy ansiosa de volver a verte. He resuelto ya los problemas con mi familia y nada ni nadie podrá impedir que nos casemos y hagamos un hermoso viaje por el mundo. No tardes. Te espero. Tuya: Marta". Y debajo, la huella del carmín de unos labios como testimonio de un beso fervoroso.

El septuagenario quedó profundamente conmovido. Lo ocurrido había sido un simple incidente, producto de un pasajero acceso neurótico provocado por los hijos. ¡Esa mujer maravillosa lo esperaba! Debía perdonarla. La amargura de la frus-

tración que lo agobiara se desprendió de su espíritu y volvió al eufórico estado anímico anterior. Iría a verla cuanto antes. Se había arrepentido de su anterior indecisión y ahora, ya liberada de dudas y recelos, se uniría a él con lazos matrimoniales. ¿Por qué habría de ser de otra manera? Los dos eran adultos y libres.

Otra vez el tren a Buenos Aires, asoció el ruido isócrono de su rodar a las imágenes íntimas y esperanzadas de Roberto Sánchez. Sentía renacer en él vibraciones de juventud. No era por cierto un fuego sensual lo que ardía en su sangre –propio de una edad que había quedado muy atrás– pero asomaba en sus sentimientos la ansiedad de unir su vida a una mujer que parecía comprenderle y estimular en él una vocación que para su difunta mujer solo había sido motivo de reproche, de dura y acerba crítica.

***

El ascensor se detuvo en el sexto piso. Dio unos pasos y pulsó el timbre del departamento A. Sin duda la propia Marta le abriría esta vez la puerta. Pero no, lo recibieron los dos hijos de ella quienes, después de presentarse, le dijeron que su madre había debido ser internada con urgencia en un instituto psiquiátrico. En los últimos meses se había manifestado en ella –según le explicaron– una propensión a la búsqueda de un "amor sublime", lo que la hizo enviar cartas amorosas a varios hombres, otorgando citas y prometiendo casarse con ellos. Roberto no era el primero.

El septuagenario miró a los hijos de Marta con desconfianza. ¿Sería cierto lo que le decían? ¿No habrían tramado esa

historia temerosos de perder la herencia de la acaudalada mujer? ¿O tal vez oponiéndose a que la madre contrajese matrimonio con otro hombre que pudiera "suplantar" o empañar de algún modo el recuerdo idealizado del padre? Estos pensamientos se cruzaron por su mente.

—Me cuesta creer lo que me dicen ustedes. No vi nada en ella que fuese ajeno a lo normal. Deben saber que simpatiza conmigo y me ha escrito que viniera —y les mostró la carta.

—Sí, ya lo sabemos —interrumpió uno de los hijos, que parecía el mayor—. Es la misma historia que nos contaron otros dos viudos con quienes nuestra madre entró en conocimiento. Debemos confesarle que su matrimonio con nuestro padre fue una unión lamentable, se llevaron siempre mal y esto parece estar en el fondo de su problema psiquiátrico. En su obsesión amatoria, ella quisiera reemplazar al hombre que no constituyó el esperado amor de su vida, pero es también su paranoia.

¿Paranoia? ¿Y sus planes con Marta? ¿Y sus conversaciones, y su proyectado viaje de bodas por Europa? ¿Y sus cartas tan intensas? ¡No! ¡No podía ser! ¿No serían esos hijos unos vulgares mentirosos? ¿No estaría Marta quizá ahí mismo, encerrada en su habitación, prisionera de esos desalmados para que no gastara con él un dinero que legítimamente le pertenecía? Si daba voces, quizá le oyera y se haría presente. ¡Y se puso a gritar con toda la fuerza de sus pulmones!

—¡Marta! ¿Estás ahí? ¡Soy yo, Roberto! ¡Me escribiste para que viniera y aquí estoy! ¡Marta! ¡Marta!

—Usted cree que le mentimos, ¿verdad? —le dijo el hijo—. Mi madre no está aquí, pero compruébelo usted mismo. Observe las habitaciones. Venga, mire lo que quiera.

No había habitaciones cerradas. Escudriñó libremente y se detuvo en el dormitorio. Todo estaba en orden. Vio allí varias fotografías: su viejo retrato de bodas, los hijos cuando eran niños...

—Lamentamos que haya venido usted por segunda vez desde tan lejos. Lo mismo hicieron otras dos personas que recibieron sus cartas. Es lo que entretiene a la pobre, escribir cartas amorosas a un enamorado ideal, hablarle de un dinero que no posee y proponerle viajar por el mundo. En su juventud leyó muchas novelas románticas y aún sigue leyéndolas. Y a veces copia en sus cartas algo de esas novelas. No podemos ni debemos impedírselo. Si quiere, la llevaremos al instituto donde se encuentra internada, pero deberá verla de lejos, sin revelar su presencia. Observe esta carta que dejó a medio concluir, dirigida a un señor que conoció no sé dónde. La pobre se siente tan feliz escribiendo...

Sí. ¡Era su letra! ¡Inconfundiblemente su letra! Estaba dirigida a otro hombre y utilizaba frases similares a las que le escribió a él: "Agradezco a Dios que me hizo conocerte... Espero convencer a mis hijos para que no se opongan a nuestra boda... Te espero con impaciencia... Por favor, no demores".

* * *

De tanto en tanto, Roberto Sánchez seguía recibiendo sus cartas. Con hermosa letra y en un papel perfumado, Marta le escribía: "Te aguardo, Roberto, ¿por qué demoras tanto? Después de casarnos haremos un viaje a Francia, Suiza, España... Te espero, vení pronto".

¡Y debajo la huella roja de sus labios para un beso alucinante e imposible!

LA ISLA LEJANA

Dólares... Multitud de billetes verdosos con las efigies de próceres estadounidenses pasaban ágilmente por entre los dedos de Fernando Cénter, pagando y recibiendo en esa moneda. Los dólares estaban a su cargo desde que ese dinero extranjero, de cotización estable y fuerte, fuera admitido en la institución bancaria en una especialísima ubicación de privilegio.

Muchos de los habituales concurrentes del banco solían detenerse frente a la ventanilla de Fernando, como mariposas fascinadas por la luz, atraídos por esos dólares que parecían fluir mágicamente de sus manos. Fernando era lo que podía decirse un empleado de la más alta confianza. Cincuentón, hacía no menos de treinta años que había ingresado al banco y los directivos lo estimaban por su cabal sentido de la responsabilidad y su puntualidad sin altibajos. Hombre muy metódico, también su vida ofrecía el mismo orden riguroso y claro que establecía en el cómputo diario de los cotizados dólares.

El dinero estadounidense que manejaba en el banco con exclusividad le había conferido cierta aureola especialísima, al punto de que alguno lo aludía un tanto irónicamente como "Míster Dólares" y a Fernando no le disgustaba oírse llamar así. ¿Míster dólares?... "No está mal", se decía.

El sueldo de Fernando, pagado siempre en dinero común, era similar al de otros, pero él sabía administrarlo sabiamente para solventar los gastos de su hogar, gastos que incluían los estudios de sus dos hijos, Alberto y Alfonsina, amén de permitir que su esposa Elena se vistiera bien y se viese con algunas amigas en una confitería céntrica. Por lo demás, la existencia de Fernando se deslizaba con una cómoda rutina, asociada a los dólares que barajaba casi con arte de prestidigitador.

Sus hijos le preocupaban. Quería que Alberto, a punto de terminar sus estudios secundarios, ingresara en la Facultad para estudiar medicina y el muchacho, entregado con alma y vida a los deportes, parecía reacio a esa idea de su progenitor. Ahora le exigía de un modo perentorio una motocicleta para integrarse a un grupo de motorizados jóvenes apasionados por el vértigo de la velocidad. Su hija Alfonsina, un par de años mayor, había terminado el magisterio y aguardaba un nombramiento. El hogar de Fernando Cénter podía ser considerado como armónico, con un nivel de clase media moderada. Vivían en un departamento de relativa antigüedad y todo en la vida de Fernando estaba en regla. A su debido tiempo obtendría la jubilación y su existencia entraría entonces en la órbita de la clase pasiva, liberada de compromisos y urgencias. Sus hijos ya estarían casados y él y su mujer se darían el gusto de algún viajecito turístico, si sus medios se lo permitían. Estos y otros pensamientos desfilaban por la mente del cajero cuando con-

taba sus verdes billetes, sincronizando, gracias a un perfecto automatismo mental, lo atinente a las etapas de su vida con esas otras del dinero que eran los fajos de cien billetes bien apilados que unía luego con un lazo de papel al que agregaba la suma, el sello del banco y su garabateada rúbrica.

De tanto en tanto, Fernando hacía una ligera pausa en su tarea para encender un cigarrillo, humedecer los dedos en la esponja o atender las reclamaciones del público. Luego, vuelta otra vez a formar sus inacabables paquetes de dólares que contaba con rapidez y, hasta podría decirse, con virtuosismo. Aun habiendo en el banco un aparato computador de billetes, prefería confiar solo en sus dedos sensibles y veloces y asociaba al ritmo de su tarea aspectos de su hogar que le preocupaban.

Otras veces, sus pensamientos se originaban en los mismos billetes que pasaban por sus manos: "Pensar que hay magnates con millones de estos valiosos papelitos, no todos bien adquiridos. Yo debo conformarme con tocarlos y seguiré envejeciendo y contándolos hasta que me jubile. Pronto me dirán abuelo. Ya hubo uno que me llamó así y creí que se dirigía a otro. Sin embargo, todavía tengo buena figura, sin demasiado abdomen. Y podría gustar a otra mujer, una mujer más joven que mi pobre Elena, que está mostrando en su rostro el paso de los años. Joven como esa nueva empleada que me saluda con una sonrisa cada vez que me cruzo con ella".

A veces, se establecía una reunión del personal del banco y se tomaba una copa en una confitería cercana. En tal oportunidad conoció más de cerca a Miriam, así se llamaba la nueva empleada que llamó la atención del cajero. Supo que estaba separada de su marido y que no tenía hijos. Cerca de ella se

sentía sumergido en un fascinante paisaje o se creía el protagonista de una novela romántica. Era realmente muy hermosa y su conversación terminó por cautivarlo.

Cuando se retiró de la reunión se reprochó haber aceptado someterse al hechizo de esa mujer como si fuera un jovencito soñador. Pero, pese a su autocrítica, no pudo evitar comprobar que sus sentimientos estaban plenamente turbados por Miriam y que su imagen y su recuerdo volvían obsesivamente a sus pensamientos.

* * *

Fernando tuvo que discutir un tanto acerbamente con su esposa acerca de la motocicleta que quería el muchacho.

—Insisto en que es peligroso. Siempre hay noticias de accidentes con estos vehículos —le objetó.

—No seas anticuado. Es cosa común en la juventud de hoy. Alberto termina el bachillerato y si le regalo la moto tendrá que comprometerse a ingresar en Medicina.

Y la motocicleta fue cosa resuelta que recibió su hijo al poco tiempo con gran alegría. Pero, pese a sus preocupaciones hogareñas, Fernando fue acercándose insensiblemente a Miriam. Al saludarla cotidianamente recibía de ella una cordial sonrisa de complacencia que parecía penetrar profundamente en su espíritu, subyugándolo. Quiso reaccionar contra esta fascinación, pero sintió que no podía negarse al encanto personal que fluía de esa mujer joven y hermosa. La comparaba inevitablemente con la imagen de su esposa que pretendía borrar, a fuerza de cosméticos, las huellas de sus años. Mi-

riam surgía victoriosamente con el marcado contraste de su juventud.

A los pocos días se encontró con ella a la salida del banco, detenidos ambos bajo la marquesina por un imprevisto aguacero. Se ofreció para acompañarla con su providencial paraguas hasta el colectivo y ella se lo agradeció con su más exquisita sonrisa. En otra oportunidad, un compañero del banco invitó a varios de sus colegas a una celebración íntima y pudo así encontrar y tratar nuevamente a Miriam. Y en la propicia circunstancia obtuvo de ella una amplia confidencia. Vivía sola en un departamento alquilado. Su matrimonio había sido desdichado. Se había separado sin pena de un hombre haragán que, más de una vez, tras una discusión, le dejó marcados sus dedos en el rostro. En sus palabras Miriam le reflejó su ansiedad por un afecto que diera sentido a su existencia. Fernando creyó entrever la posibilidad de un nuevo amor en la etapa madura de su existencia y, mientras empaquetaba los habituales fajos de dólares, expresaba paralelamente sus reflexiones: "Cumpliste algo más de cincuenta, Fernando. Dejaste atrás tu juventud. Las veleidades sexuales son para gente menos comprometida con una familia que vos".

No faltaba en el banco algún tipo de edad similar a la suya que le hacía conocer su aventura extraconyugal con gran lujo de detalles, pero se trataba de un hecho fugaz y sin complicaciones posteriores. Fernando, por su carácter, se sentía al margen de esas tentaciones de mero contacto entre dos epidermis. Recordaba su noviazgo con Elena; fue esa realmente la primera y única vez que se había entregado plenamente a una pasión amorosa hasta que la rutina del matrimonio y el paso de los años calmaron su sensualidad. Luego nacieron sus

dos hijos y ¿para qué más? Debía comportarse como el señor respetable que era, jefe de familia y cajero de un banco.

* * *

La tarea que realizaba Miriam se reducía a llenar unos breves y simples formularios y tenía miedo que con el auge de las modernas computadoras pudiera ser suplantada. Fernando la tranquilizó. El personal existente respondía perfectamente a las necesidades de la empresa y, salvo un mal comportamiento, a nadie se despedía. Bien lo sabía él con sus treinta años de permanencia en el banco. Miriam le agradeció su información con la mejor de sus sonrisas. Alentado y cediendo a un impulso, Fernando la invitó a tomar un té a la salida del trabajo, cosa que ella aceptó. Así comenzó a intimar y a acercarse más a esa mujer. Hablaron de todo un poco. Fernando le contó sus preocupaciones sobre sus hijos y ella le refirió ciertos hechos de Faustino, su ex marido qua volvía a rondarla, intentando una reconciliación que no deseaba. En los años que había estado casada con él solo le había dado una mala vida, llena de sinsabores.

Días después, un sábado por la tarde, Fernando se decidió a visitar a Miriam en su domicilio. Todo era coqueto en su pequeño departamento, con un incitante aroma que trascendía de la propia y encantadora presencia física de su moradora. Tomaron el té, charlaron de mil cosas y, casi imperceptiblemente, se encontró besándola, sintiendo resurgir en su intimidad un fuego sexual que creía apagado. Por delicadeza no intentó la posesión plena de esa mujer que ya le atraía poderosamente. Pero al salir da allí se sintió otro, un hombre nuevo,

rejuvenecido por una pasión que había estallado impetuosamente en sus sentimientos.

Elena notó cierto cambio muy especial en el semblante de su marido.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—No. ¿Por qué lo decís?

—Me pareció simplemente...

"¡Vaya si me pasa algo!", se dijo Fernando, "pero ella jamás debería enterarse. Elena es mi esposa, la madre de mis hijos. Miriam es sin duda un nuevo amor, pero no podrá ser nada definitivo que pueda apartarme de mis deberes de marido y de padre".

—Estoy preocupado por cosas del trabajo —se explicó—. La situación financiera del país es muy difícil y el banco anda metido en problemas.

En eso entró su hijo. Iba a emprender con unos amigos un raid motociclístico y estaba poco menos que eufórico.

—Chau, papá. ¡La moto me responde bárbaro!

—Cuidate, muchacho, cuidate...

—No hay peligro. Soy un experto. Cuidate mejor vos, que uno me dijo que te vio muy bien acompañado.

La insinuación lo tomó de sorpresa.

—¿A mí? ¿A mi edad? —dijo intentando una sonrisa,

—Debió haberte confundido con otro —aceptó el muchacho, y salió con su casco protector rumbo a la aventura motociclística.

—Esta juventud —comentó Fernando por decir algo.

Se prometió mayor disimulo con Miriam cuya proximidad deseaba cada vez con mayor ansiedad. Necesitaba ahora de sus besos como del aire mismo que respiraba para vivir.

* * *

Al otro día, al visitar a Miriam en su departamento, la encontró apesadumbrada.

—Vino mi marido hará una media hora. Insiste en que quiere volver conmigo. No podría soportarlo más —lloriqueó—. Es un malvado, un verdadero canalla.

Trató de tranquilizarla sin conseguirlo. Parecía un animalito asustado.

—No podrá obligarte a vivir con él, calmate.

—Es que no lo conocés. A veces me amenaza de muerte. Me da miedo, creeme —y agregó una proposición que le sorprendió profundamente—: deberíamos irnos a vivir juntos a un lugar donde no pudiera dar conmigo... Podríamos ser muy felices los dos lejos de aquí.

Fernando no había llegado aún a la posesión plena y deseada de esa mujer que ya lo absorbía en cuerpo y alma. Lo retenía cierta resistencia de Miriam y él no quería ser brusco ni violento en sus arrebatos amorosos. Empero, la deseaba intensamente y la posibilidad de vivir con ella lo atraía como un abismo.

—Soy un hombre casado, Miriam, tenés que comprenderlo. Debemos ver la realidad. Mis hijos necesitan de mí.

—Entonces dejame... Dejame y no vengas a verme nunca más —lo desafió en un rapto de mal humor.

Trató de justificarse él. Discutieron, pero solo era la habitual estrategia de enamorados para besarse a los instantes con más ardor. Miriam volvió a repetirle su insinuación:

—Seríamos tan felices, Fernando... Viviríamos juntos, lejos de aquí.

—Es absurdo lo que me decís. No puedo dejar a mis hijos. Por otra parte, esta es mi vida, con mi trabajo y mi familia — quedó un instante pensativo y agregó—: ¿de qué viviríamos en otro país? ¿Con qué recursos? Debemos ser realistas, Miriam.

Después de esta conversación, Miriam se mostró, en el correr de los días, más fría, como resentida. Rehuía ahora la presencia de Fernando. Este, con algún disimulo, se le acercó en el banco.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me esquivás? ¿Estás acaso enojada conmigo?

—Lo nuestro no podrá seguir.

—¿Por qué?

—Quedate con tu familia si tanto la necesitás, si no sos capaz de tomar una determinación.

No hablaron más, pero Fernando quedó mortificado, acometido por mil tentaciones y también mordido por los celos. ¿No habría otro hombre en la vida de Miriam?

Días después, su hija le hizo conocer a un joven con el que había iniciado un noviazgo. No pudo reprocharle su elección; parecía una buena persona, aunque carecía de recursos para afrontar un posible matrimonio y debía terminar aún sus estudios de arquitecto. Se propuso ayudarle con una parte de sus ahorros. Los hijos crecían y la vida seguía su curso incontenible. Pero los pensamientos de Fernando estaban pendientes a todas horas de sus locos deseos de ver a Miriam y al otro día fue a su departamento. En verdad, solo ansiaba estar cerca de ella y Miriam le proponía, ahora insistentemente, una fuga imposible rumbo a una hipotética isla de felicidad. Aun cuan-

do aceptara ese plan descabellado de dejarlo todo, ¿con qué medios podía hacerlo? Sus recursos eran escasos y le planteó la situación.

—Tenés que comprenderme, Miriam... Para lo que vos me proponés, me haría falta dinero, mucho dinero...

Lo miró ella fijamente.

—Si quisieras vivir conmigo, podrías hacerlo, Fernando (nunca su nombre sonó más afectuoso en sus labios). Hay una inmensa cantidad de dólares a tu disposición. ¿O lo olvidaste?

¿Los dólares? ¡La miró horrorizado! ¿Qué intentaba decirle? Ese dinero no era suyo, era un dinero confiado a su lealtad, a su honestidad sin tacha, acrisolada en más de treinta años de tesonera labor en el banco.

—¡Imposible! Estás loca, Miriam.

—Vos mismo me dijiste que podrías disponer de hasta un millón de dólares si te hubieras propuesto llevártelos.

—Sí, te lo dije, pero como un dato hipotético, teórico y absurdo.

Se le pegó Miriam como una gatita mimosa.

—Podríamos ser muy felices y para serlo hay que ser egoístas, querido. Hay un mundo que podríamos construir para los dos con esos dólares, lejos de aquí, lejos de mi ex marido que me persigue y a quien detesto ahora como te quiero a vos. ¿Acaso el banco no tiene seguros contra los robos que a veces se producen? ¿No recuperaría los dólares que nos llevaríamos para empezar juntos otra vida mejor?

Dólares, dólares... Las palabras insensatas de Miriam, pero impregnadas de sensualidad, parecían envolverlo, quitándole con su fascinación toda posibilidad de reflexionar equilibradamente. Solo atinó a tomarla en sus brazos y besarla. Estuvo

a punto de lograr su posesión, pero Miriam lo contuvo deshaciéndose de él.

—No, ahora no. Esperemos, Fernando. Cuando hayamos emigrado a ese otro mundo soñado...

* * *

Mientras realizaba su habitual tarea en el banco, Fernando rumiaba las palabras de Miriam: "Para ser felices hay que ser egoístas". Se imaginaba un lugar distante del planeta, en una hermosa ciudad europea, viviendo junto a ella y con millares y millares de dólares a su disposición. Quería encontrar íntimamente un pretexto, una justificación para huir con los dólares confiados a su honestidad. Recordó la frase de un rey famoso, como la síntesis suprema del egoísmo: "Después de mí, el diluvio". Si quería la felicidad con la posesión y el amor de Miriam debía entregarse sin escrúpulos a ese egoísmo total. Nada ni nadie debería retenerlo: ni su mujer, ni sus hijos, ni la lealtad al banco. En tres o cuatro días podría extraer del banco cerca de un millón de dólares, y luego, con esa suma, huir con Miriam al extranjero. ¿Lo haría? Se repitió infinitamente esa pregunta, obsesionado y enloquecido. ¿Lo haría?

¡Lo haría, sí! Se dio una respuesta positiva pese a las resistencias que estallaban en su interior. La vida sin Miriam ya no tenía sentido para él y ese mismo día, decidido ya, se llevó disimuladamente unos cien mil dólares, repartidos entre los bolsillos de su sobretodo. Salió del banco con el corazón palpitante y las piernas casi flojas, pero decidido. En varias etapas tendría el millón.

Se lo dijo a Miriam esa misma noche y ella se le mostró más cariñosa que nunca. Entre beso y beso establecieron los planes para la fuga. Irían primero a Montevideo, de allí en otro avión al Brasil y en otra escala harían el viaje a Europa, esperando despistar así a la policía, que sin duda procuraría dar con el paradero de ambos en cuanto se conociera el robo. Los pasaportes y los pasajes llevarían unos pocos días. Miriam se ocuparía de adquirir los dos pasajes iniciales al Uruguay y luego, en el extranjero, los dos asumirían otra identidad.

Por la mente de Fernando se cruzaron algunos pensamientos como pájaros raudos y fugitivos: "¿Qué diría la gente que lo conocía cuando supiera de su robo y de su fuga con otra mujer?". Le pareció leer una crónica policial motivada por su acción: "Cajero desleal se fuga con un millón de dólares". Sería sin duda el comentario vivo de muchos durante unos días, pero luego vendrían otros hechos que harían olvidar el suyo. Pero, ¿para qué pensar en esto? "Si quiero ser feliz debo ser egoísta, monstruosamente egoísta y pensar solo en mí mismo, solo en mí", pensaba.

Y, en verdad, no podía pensar de otra manera, sometido y fascinado hasta la locura por esa pasión.

***

Al otro día, al llegar a su casa con otra porción de dólares en los bolsillos de su sobretodo se encontró con una noticia desagradable. Su hijo Alberto había sufrido un accidente con su motocicleta. Estaba en el hospital con una pierna fracturada. Elena le reprochó amargamente que le hubiera regalado la moto.

—Es una máquina peligrosa. Te dije que no se la compraras.

—Bueno, por suerte se pondrá bien.

—Justo ahora, que Alfonsina está por comprometerse, tiene a pasar esto.

Elena tenía razón, pero él ya no escuchaba sus quejas: estaba embarcado en la gran aventura de su vida. "Después de mí, el diluvio", repitió íntimamente con egoísmo feroz. Ya no retrocedería. Una vez en poder de todos los dólares emprendería con Miriam el viaje a la "isla soñada".

* * *

Le contó a Miriam del accidente de su hijo, pero no hizo de ello un pretexto para desistir del plan. Su decisión estaba tomada.

¡Miriam era su destino! Todo lo demás se iría empequeñeciendo a la distancia. Tenía ya los pasaportes y los pasajes, tenía ya los dólares en un maletín. Ella lo esperaría en una plaza al anochecer. Tomarían un taxi rumbo al aeropuerto y luego, todo lo demás...

Cumpliendo metódicamente su plan de fuga, Fernando había llegado previamente, con el debido disimulo, unas ropas al departamento de Miriam. Saldría así de su casa solo con el maletín de los dólares para no provocar sospechas o urdir difíciles o improbables mentiras. Antes de dejar su casa, su viejo hogar, dio un fuerte beso a Elena, como para hacerse perdonar en alguna mínima medida el desgarrón que su conducta debería producirle. ¡Pero la suerte estaba echada! Ya no iría a retroceder, ya no podría hacerlo, actuaba como un poseso, como un autómata.

—Hace mucho que no me besás así —le dijo su mujer sorprendida por su arrebato amoroso—. ¿Vas a salir?

—Sí, por un rato.

—¿Y ese maletín?

—Debo llevar unos papeles... documentos... Si tardo no te preocupes.

—Está bien.

Su esposa le echó una mirada escrutadora. Le notó cierto enrojecimiento en el rostro, como si tuviera fiebre.

—¿Te sentís bien?

—Sí, sí. Estoy bien. Y no te inquietes por Alberto, que pronto estará recuperado.

—Así lo espero.

—Hasta luego, entonces.

Y salió con el maletín bien apretado contra su pecho. Se sentía, por supuesto, un canalla, un miserable de la peor calaña, pero no podía pensar en nada. Estaba como anestesiado. "Después de mí el diluvio", se repitió mentalmente como si fuera un rezo. Miriam lo esperaba, lo esperaba también una isla de felicidad, lo esperaba el destino. Ya nada tenía que ver con el Fernando Cénter que había sido, ni con su hija, ni con su hijo que yacía en el hospital con una pierna fracturada, ni con su esposa, ni con el banco, ni con el pasado que dejaba atrás. ¡Nada!

Oscurecía. Se había levantado un viento frío, pero él tenía la frente ardorosa. La plaza donde lo esperaba Miriam estaba a unas quince cuadras. Miró su reloj: tenía tiempo sobre la cita convenida y optó por caminarlas. Así tranquilizaría un tanto sus nervios. Miriam lo esperaba allí con los equipajes de ambos.

Siguió caminando, ahora de prisa. "Míster Dólares se lleva los dólares", se dijo esbozando una sonrisa burlona. Finalmente llegó a la plaza cuando ya caía la noche. En algunos bancos, parejas de jóvenes felices se besuqueaban al amparo de las sombras... ¡Allí vio a Miriam! Le hacía señas con una mano. Él levantó la suya. Todo se cumplía al pie de la letra, tal cual lo habían planeado.

—¡Al fin llegaste! —lo recibió ella con un beso apasionado.

—No fue fácil salir de casa, pero pude irme, aunque sentí que algo golpeaba en mi pecho. En el maletín llevo los dólares. ¡Casi un millón, Miriam!

—Apenas si puedo con estas dos valijas, Fernando.

—Dámelas. Llevá vos el maletín, y bien agarrado.

Hubo otro beso frenético entre ambos.

—Ahora tomaremos un taxi para el aeropuerto —dijo él.

Avanzaron así unos pasos presurosamente. Unos nubarrones espesos hacían más densa la noche. De pronto, Fernando sintió un tremendo golpe en la cabeza, efectuado con un objeto metálico contundente.

Los ojos se le llenaron de sombras y cayó al suelo desvanecido, como un muñeco rígido.

* * *

—Señor, señor... ¿se siente bien?

Fernando recuperó lentamente el sentido. Estaba mareado, con un intenso dolor en el cráneo y la mente envuelta en penumbras. Tardó aún en distinguir los contornos de las personas que le rodeaban y le hacían preguntas. No entendía nada.

¿Qué había pasado? ¡Dónde estaba Miriam? ¿Dónde estaban las valijas y el maletín con los dólares?

—Lo encontramos caído en el suelo y desvanecido, señor. Seguramente le dieron un fuerte golpe en la cabeza, porque tiene sangre en la frente y en la cara.

Junto a él, un muchacho y una jovencita lo atendían solícitos. Era una de las tantas parejas que se daban cita en la plaza. La chica le limpiaba la frente con un pañuelo.

—¡Vaya golpe que le dieron! ¿Le han robado, señor?

Fernando sentía como si su cabeza fuera a estallar, pero seguía aún sin entender nada. ¿Dónde estaba Miriam? ¿Qué había pasado? Se revisó los bolsillos. No tenía siquiera su billetera. Con pavor, con tremenda congoja, empezó a adquirir conciencia de la realidad. ¡Había sido víctima del peor de los despojos! Había perdido a su mujer y a sus hijos, había perdido su honestidad, había perdido todo lo más sagrado que un hombre puede perder. Miriam, con otro hombre, quizá su esposo o su amante, lo habían hecho víctima de una treta para inducirlo a robar los dólares al banco y quitárselos a él después. Solo le quedaba la vergüenza, la humillación, la mayor derrota posible o el suicidio. Miriam había sido la peor de las mujeres, lo más ruin que podía darse en un ser humano. Una figura de ángel con una fascinación diabólica. No existía esa isla absurda y utópica. Solo existía su derrota, su ingenuidad burlada, su estupidez sin remedio, su torpeza sin excusa. Por un momento, creyó que todo lo ocurrido era solo el producto de una pesadilla siniestra, que despertaría a la realidad y se encontraría en su plácida rutina del banco, contando dólares. ¡Pero no, la pesadilla era vívida, real!

Se levantó como pudo y dio unos pasos, tambaleándose.

—Debe ir al hospital para que le curen la herida, señor —le dijo la muchacha.

Le ayudaron a sentarse en un banco. La sangre le seguía manando de la cabeza. Tenía los cabellos húmedos y pegoteados.

—¿Le han robado algo, señor? —preguntó el Joven.

—Sí, algo...

Hizo un esfuerzo y se incorporó.

—Debe ir a la comisaría a hacer la denuncia —le dijeron.

¿Qué podía explicarles a esos amables jóvenes? Nada. ¿Quién podría entenderle? ¿A quién recurrir? ¿A dónde habrían ido la maldita Miriam y su cómplice? ¡Cómo estarían ambos riéndose de él, de su simplicidad, de su pasión por ella, de su idiotez total!

* * *

En una comisaría cercana, Fernando, con infinita vergüenza, contó su historia. Lo escuchó un oficial sorprendido, con una sonrisa burlona aflorando en sus labios. Un señor cajero de un banco, un señor maduro de aspecto respetable, todo un jefe de familia revelándose como un incauto adolescente, sumergido hasta el cuello en un sucio pantano de sensualidad, con el agravante de un robo escandaloso.

Al terminar su informe, Fernando temblaba como una hoja agitada por el viento. Ya nada cambiarla su destino. ¡Se había hundido en la mugre y nada ni nadie podría salvarlo!

* * *

A la mañana siguiente, la crónica policial de los diarios informaba el hecho con su estilo característico: "Cajero de un banco sustrae una fortuna y lo atrapan", "Cajero infiel despoja a un banco de un millón de dólares". ¡Pero Fernando se había despojado a sí mismo de mucho más!

LA SIRVIENTA

"Sirvienta con cama se necesita". Ana recortó el aviso y lo puso en su cartera junto a una estampita religiosa con el santo de su devoción, sus documentos de identidad, algunas cartas que la recomendaban como experta en quehaceres domésticos y un talismán en forma de herradura que le había regalado una amiga poco antes de salir de su pueblo mendocino rumbo a Buenos Aires.

Besó la estampita, permaneciendo un instante en muda oración, y luego salió de la modesta pensión donde vivía, una vetusta casona de un no menos vetusto barrio. En los tres años que llevaba en la urbe había cambiado numerosas tareas que no le agradaban ni le rindieron gran cosa. Y los gastos que tenía le resultaban tremendamente gravosos para sus magras finanzas. Carecía de parientes en la ciudad que pudieran ayudarla y sus únicos medios de subsistencia consistían en realizar tareas domésticas que no siempre conseguía. No había logrado concretar el principal motivo de su venida a Buenos Aires, que era encontrar marido, un buen marido que pudie-

ra mantenerla dignamente. En su pueblo solo había hallado amantes ocasionales, pero ningún candidato pasable, a pesar de tener suficientes encantos físicos bien visibles para provocar el interés de los hombres. Cuando viajaba en el colectivo debía esforzarse para eludir muchas veces el roce de algún caradura que pretendía acercársele demasiado.

Concurría a bailes y peñas folklóricas, pero solo encontraba a pobres tipos que apenas si tenían para pagarle un café con leche después de encamarse con ella. "Menos mal que ya no puedo quedar embarazada", se decía. Un mal aborto efectuado por una comadrona durante su adolescencia la había dejado estéril. Esas relaciones esporádicas por pura sexualidad más bien la entristecían porque no le resolvían su verdadero problema de soledad. Si al menos pudiera ubicarse en una buena casa donde le dieran un cuarto decente, suspiró esperanzada.

Antes de oprimir el botón del portero eléctrico volvió a besar la estampita religiosa.

—¿Quién es? —brotó una voz del artefacto.

—Buenos días, vengo por el aviso.

—Suba. Quinto piso A.

Ana tomó el ascensor un tanto nerviosa y al llegar al departamento indicado fue observada previamente por la dueña de casa, que entreabrió un poco la puerta con precaución. Cuando la hizo pasar, pudo admirar un amplio y bien decorado departamento. Un niño pequeño lloraba. La mujer que la recibió, de una edad similar a la suya, evidenciaba un avanzado embarazo. Ana le mostró las cartas que la recomendaban, le dio teléfonos de varios domicilios donde había realizado tareas y comprobó que los papeles complacían a la mujer.

—Está bien. La tomaremos a prueba por un mes. Le confieso que tuve que despedir a dos sirvientas por ser muy haraganas y hasta ladronas —le dijo sin ambages a modo de advertencia y agregó: —Los domingos tendrá franco por la tarde, a menos que la necesite. Venga, que le mostraré su habitación.

Así empezó Ana a convivir con el matrimonio Aguirre. Gerardo, el marido, atendía la administración de una ropería céntrica y Ana quedó muy bien impresionada por sus modales corteses y el afecto que demostraba a su esposa y a su hijito. Gerardo se iba por la mañana temprano y volvía por la noche, trayendo siempre algún juguete para el chico o un postre para la cena. Le pareció a Ana que le observaba sus piernas o su escote, sobre todo cuando ella se inclinaba en una tarea y dejaba traslucir el nacimiento de sus bien torneados senos.

Era cierto. Gerardo solía dirigirle sus miradas sintiendo gravitar en su erotismo los encantos físicos de la nueva criada. Y ese influjo sexual se exacerbaba en él ante la abstinencia a que le obligaba el avanzado embarazo de su mujer, pero jamás reveló la menor insinuación que lo apartara de su fidelidad conyugal.

Con el correr de los días, Ana fue integrándose plenamente al matrimonio demostrando celo y dedicación en su labor y un creciente afecto por Jorgito, el hijo de la pareja, de cuatro años de edad. Al cumplirse el mes de prueba, fue aceptada e incluso le ajustaron el sueldo en algo más de lo convenido. Hubiera debido estar satisfecha, pero empezó a envidiar a su patrona o, mejor dicho, empezó a envidiarle el marido. "Ojalá pudiera encontrar un hombre como Gerardo", se decía, "tan buen mozo y ganando un sueldo alto". Se comparaba mentalmente con Teresa y se sentía en ventaja por su mejor físico, pero el único

hombre que se le había pegado en los bailes de un club donde concurría los domingos era Juan Gómez, un plomero rústico y pobretón que parecía ser todo lo contrario de Gerardo. Casi siempre sin trabajo, más quizá por haraganería que por otra cosa. Tenía sus cabellos como cerdas, reacios al peine, y mostraba en sus raídas ropas las más diversas manchas. Le había propuesto casarse o vivir en concubinato en una pieza que alquilaba en un conventillo, donde vivía también una hermana suya. Cierta vez la llevó a conocerla y la presentó como a su novia. Era viuda, con dos hijos chicos y contaba con una modesta pensión que a duras penas le permitía sobrevivir. Parecía una buena mujer, prematuramente envejecida por las penurias que debía soportar en su paupérrima existencia. Vio allí tanta pobreza que salió amargada. Era muy otra cosa lo que ella ansiaba para su futuro, sobre todo ahora que conocía el modo de vivir del matrimonio Aguirre.

Cuando en algunas circunstancias se encontraba a solas en la casa, se atrevía a inspeccionar los grandes placares de Teresa y se probaba su ropa fina, especialmente sus abrigos de pieles, ensayando ante el espejo múltiples poses de seducción, como veía hacer en los desfiles de modelos por la TV. Y entonces se decía: "Si me viera Gerardo con esta pinta lo flecharía. Me mira mucho y me doy cuenta de que le gusto".

Teresa empezó a sentir los síntomas de su próximo alumbramiento y fue llevada de apuro a la clínica de maternidad. Le tocó entonces asumir a Ana la dirección de la casa, ocuparse del chico y de todo lo demás. Nada dejaba de hacer escrupulosamente. Días después, volvió Teresa trayendo a una hermosa criatura que pronto se ganó también el cariño de Ana. Este afecto, cada vez más tierno y hondo por los dos niños, la hacía

soñar despierta. Se acostaba por las noches imaginando que Gerardo era su marido y que los chicos que ayudaba a criar eran propios, como si ella misma los hubiera gestado. Tales pensamientos la inducían a rechazar el permanente asedio del plomero, que solía llamarla por teléfono invitándola a salir. Juan era un simple obrero, un hombre rústico que no sabía hablar sin soltar palabrotas y, además, solo le ofrecía la perspectiva de una existencia dura y difícil, como la que llevaba esa hermana suya en el conventillo. Con todo, le aceptaba ocasionalmente una invitación al cine, pero rechazaba sus requerimientos amatorios. "Casate conmigo. Buscaré trabajo permanente y no te faltará nada, te lo juro", le insistía el plomero. Pero Ana tenía como modelo en su mente al marido de su patrona y optaba por esquivarle concediéndole apenas un beso fugaz y algún toqueteo.

Fue entonces que Ana leyó en una revista, dedicada preferentemente a los más variados chismes sobre la vida privada de los artistas de la televisión, unos avisos conectados con la insatisfacción de muchas mujeres, como ella, que hubieran deseado ser las heroínas de una novela personal como la que seguían en la pantalla del televisor. "¿Se siente muy sola? ¿Quiere mejorar su suerte? Consulte a J.J., famoso vidente y parapsicólogo". "Conjure las influencias malignas que le impiden ser feliz. Zoraida, con sus especiales poderes le dará las claves del éxito". "Obtenga el infalible amuleto egipcio del escarabajo que cambiará su existencia. Centenares de testimonios demuestran su bienhechor influjo. Se remite por correo". "Mejore su destino. Sea más cautivante y conquistará el amor que desea. Adquiera el perfume 'Afrodita'. Único aroma que atrapa".

Tarot, horóscopos, videncias, todos los posibles poderes o influencias parecían ponerse a su alcance por poco dinero. Ana pensó que necesitaba una ayuda, como la necesita un náufrago para no hundirse en las aguas. Al despertar por las mañanas se decía: "Otro día más. Pronto voy a envejecer sin conseguir marido. Además, soy estéril, no podré tener hijos y me espera una vida triste y solitaria". Y, para su tortura, estaba sirviendo a una mujer que tenía todo lo que ella ambicionaba: un marido atento con el aspecto de un galán de cine, dos chicos preciosos y un hogar donde nada faltaba. ¿Y por qué no podía también ella conseguir un marido como Gerardo y despegarse del plomero, pobre como las ratas, semianalfabeto y dado a la bebida? Necesitaba algo o a alguien que viniese en su auxilio.

Ya convencida, empezó a usar el perfume "Afrodita", "de irresistible atracción sexual", como expresaba el aviso. Además, se decidió a consultar a Madame Zoraida, una pitonisa de especialísimos poderes que prometía eliminar las influencias malignas que la perjudicaban. En un departamento un tanto misterioso de un tercer piso, en el barrio de Mataderos, entre figuras raras que colgaban de las paredes y una luz rojiza que imponía un aire de brujería, la recibió Madame Zoraida con su cabeza cubierta por un turbante. La pitonisa la hizo sentar, le tomó las palmas de las manos y se quedó observándolas. Luego le echó unas cartas permaneciendo pensativa. Con suave voz, de indefinible acento extranjero, le pidió que le confiara sus problemas. Ana le habló de su vida, le reveló sus fracasos y sus esperanzas. Necesitaba desesperadamente un amor, un gran amor, y con él un hogar, pero la mala suerte la perseguía. Solo un hombre muy pobre, que poco o casi nada tenía que

ofrecerle, la pretendía. Cuando le dijo todo (menos que envidiaba al marido de su patrona) Madame Zoraida, con su voz más grave, le habló del destino y de ciertos poderes negativos que, a modo de criaturas satánicas, se interponen en la conquista del amor buscado. Le dijo que las cartas revelaban una felicidad futura para ella si lograba superar el influjo nefasto que la perseguía y le propuso adquirir por poco dinero, que debería agregar al precio de la consulta, una estatuilla de una divinidad asiática, de nombre para ella impronunciable, que debería invocar por las noches, encendiéndole una vela y repitiendo unas palabras en sánscrito que le transcribió fonéticamente en un papel.

Ana aceptó ansiosamente la estatuilla, rebuscó en su cartera el dinero para pagarla y se retiró esperanzada. Madame Zoraida le impresionó como una sacerdotisa en comunicación con algunas potencias o divinidades invisibles que tienen los hilos para guiar a los mortales a una oscura o tétrica fatalidad o hacia una dicha plena y radiante.

***

A solas en su cuarto, antes de acostarse, Ana seguía las indicaciones que le dio Madame Zoraida. Encendía una vela junto a la estatuilla hindú y repetía las palabras misteriosas que le había dado escritas en un papel. Así, con fe y hasta con un fervor que cabría decir religioso, empezó a esperar los signos de la próxima felicidad que la pitonisa le había prometido. Quizá un candidato pudiente y refinado como Gerardo o un viudo entrado en años, pero con un buen pasar, le insinuara su interés en ella. Quería escapar del mediocre espécimen humano

que era Juan, quería escapar de la pobreza chata y sin horizontes, de la rutina aplastante de servir a los demás. Quería ser una señora respetada y de buena posición como Teresa, quería tener hijos, aunque fueran adoptados para darles el afecto maternal que le rebosaba del pecho, quería vestirlos, acariciarlos, besarlos, verlos crecer, oírse llamar mamá... Quería, sí. Quería, quería... El hecho fue que, a los pocos días, su patrona empezó a sentirse mal. Una extraña fiebre le imponía permanecer en cama tomando antibióticos y separada de sus hijos por prescripción médica. Esto complicaba el trabajo de Ana, pero la hacía sentirse más importante. Debía multiplicarse, atender a los niños, atender a la enferma, atender al marido, ordenar la casa, limpiar, lavar, ir de compras... Realmente eran tareas excesivas, pero en lugar de disgustarse o quejarse, se sentía invadida de euforia. Había pasado a ser la dueña de ese hogar. Ahora todo dependía de ella. Era la primera en levantarse y la última en acostarse. Solo se detenía al llegar la noche y retirarse a su cuarto. Entonces encendía la vela a la estatuilla, repetía la oración enigmática y pensaba: "La diosa me está ayudando, debe ser eso". Veía a la pobre Teresa cada vez más débil y ojerosa. Si se muriera, sus hijos podrían ser suyos y su marido entonces se sentiría atraído hacia ella.

Al regresar Gerardo, Ana lo recibía diligentemente, como si fuera la verdadera dueña de casa. Y procuraba realzar su ya opulento busto con una blusa bien ceñida. Él la miraba, no podía dejar de mirarla, fascinado eróticamente mientras escuchaba sus pormenores con una voz suave y cálida:

—Los chicos ya comieron. Se comportaron bien y acabo de acostarlos. A su esposa le di los remedios indicados, pero sigue débil y sin apetito.

Y él le agradecía lo que había hecho, un tanto turbado por su proximidad y el intenso perfume que se desprendía de ella y lo envolvía en ráfagas de sensualidad.

Juan seguía llamándola por teléfono, invitándola a salir, pero Ana se excusaba alegando la enfermedad de su patrona, pero íntimamente sobreponía a la tosca y desaliñada imagen del plomero la gallarda figura de Gerardo.

***

La fiebre de Teresa persistía, tenaz. El médico que la asistía se retiraba siempre con aire grave, reiterando el suministro de los medicamentos. La enferma mostraba ya un rostro macilento, casi cadavérico, y una delgadez y debilidad progresivas, sin ningún indicio de mejorar. Ana empezaba a sentirse la verdadera ama. Imaginaba que su patrona había fallecido, que Gerardo le pedía que siguiera junto a él, que la tomaba en sus brazos y le daba un beso intenso y apasionado. Imaginaba también que se adueñaba de los placares y podía usar los vestidos y pieles de la difunta como así sus joyas... Y cuando los parientes que venían a visitar a la enferma se retiraban pesarosos susurrando: "Está en manos de Dios". Pensaba que sus sueños podrían hacerse pronto realidad.

Los chicos, alejados de su madre, no sentían demasiado su ausencia ante las esmeradas atenciones de Ana. Le daba la mamadera a la más pequeña, la higienizaba y vestía, llevaba al mayorcito al jardín de infantes, atendía escrupulosamente a la enferma y, por la noche, comía junto a Gerardo, siempre acicalada y perfumada, y a veces lo rozaba al servirle la cena,

como sin querer. Ana sintió que ganaba terreno, que Gerardo estaba a punto de ceder.

—Fue una suerte que estuviera usted con nosotros, Ana —le dijo—. Gracias a usted los chicos están bien. Mi pobre esposa está hecha pura piel y huesos. Voy a cambiar de médico.

Gerardo se quedó mirándola, atraído por su escote amplio, que delataba el nacimiento de sus senos, atraído por los labios húmedos de Ana y sus ojos brillantes de deseo.

***

Gerardo llamó a otro médico que dispuso un nuevo tratamiento para la enferma.

—¿Cómo se siente hoy, señora? —le preguntó Ana, como hacía todas las mañanas al servirle el desayuno en la cama.

—Creo que un poquito mejor.

—Me alegro, señora. Pronto, Dios mediante, estará usted bien —le respondió con un tono falsamente animoso, aunque en verdad escrutaba sus facciones esperando hallar en la enferma los síntomas de un fatal y próximo desenlace.

Pero era cierto. Teresa empezó a sentirse mejor y su mejoría fue acentuándose notablemente con el correr de los días.

—Mi esposa se está curando, Ana —le confirmó Gerardo—. Y en gran parte se lo debo también a usted, a sus cuidados. Todos en esta casa le debemos mucho.

"No me importan todos. Solo te quiero a vos, estúpido. A vos y a los chicos", pensó Ana disimulando apenas su disgusto.

Esa noche, multiplicó sus oraciones a la diosa asiática, le encendió más velas. Se había sentido tan cerca del triunfo y esa moribunda se permitía mejorar. La felicidad que había

soñado se le escapaba de las manos. De casi total dueña de la casa, de casi conquistar a Gerardo y sentirse madre de los chicos, cuando le parecía estar tan cerca de posesionarse del gran dormitorio con sus placares repletos de ropa fina, a la medida de ella, cuando casi alcanzaba el pináculo de su ambición, debía volver a sus menesteres de sirvienta a sueldo. Su sueño había terminado. Consciente de su fracaso, entró en su cuarto y prorrumpió en un amargo llanto. Lloró y lloró sin consuelo. Su patrona le daba ya órdenes, como lo hacía antes de enfermarse, recuperaba su salud y su dominio sobre Gerardo. Todo volvía a ser como antes. Estaba abstraída en las tristes reflexiones de su fracaso cuando le llegó la voz de Teresa, luego de golpear en la puerta de su cuarto con los nudillos de la mano.

—Un señor pregunta por usted, Ana.

Se sorprendió. Nadie había venido a preguntar por ella en esa casa. Se enjugó las lágrimas y repuso su aspecto lo mejor que pudo. Tuvo una intuición. Ese "señor" debía ser Juan y, efectivamente, allí estaba. Teresa lo había hecho pasar al living. Llevaba un traje casi nuevo, sin manchas. Nunca lo había autorizado a visitarla y el hecho constituía una gran audacia de su parte.

—Por fin te veo, Ana. Perdoná que viniera sin avisarte, pero te negabas siempre a escucharme. Ahora tengo trabajo permanente y gano bien. Quiero que vivas conmigo. Nos casaríamos. Ya no pruebo ni una gota. Soy otro, te lo juro. Te necesito, Ana.

Le suplicaba, estaba profundamente enamorado de ella. Ana lo miró con sus ojos todavía turbios por las lágrimas. Juan era rústico, simple, apenas si sabía leer y escribir. Solo podía

ofrecerle una pieza en un inquilinato atestado de gente, pero le daba la oportunidad de dejar ese trabajo suyo de servir a otros, de criar hijos que siempre serían ajenos. Se asfixiaba ya en el lujoso departamento de los Aguirre. Se había sentido una puerca deseando que muriese la patrona para quedarse con el marido y la casa, una puerca, sí, una asquerosa y repugnante puerca. Su conciencia se lo reprochaba a gritos cuando repetía esas malditas oraciones a una divinidad quizá diabólica. Había querido conquistar la felicidad con una sucia brujería. Todo eso pasó rápidamente por su mente al contemplar y escuchar a Juan, pendiente ahora de sus palabras.

El plomero, con su cabeza empastada de gomina para doblegar su dura pelambre, con su traje de segunda mano, estaba ante ella expectante. Le ofrecía un hogar pobre, pero que sería de ella. Oyó a Jorgito que la llamaba. Le había prometido contarle un cuento antes de ir a dormir, como lo había habituado durante la enfermedad de su patrona. Tal vez le repetiría el de la Cenicienta que soñaba casarse con un príncipe y fue ayudada por un hada. Pero el príncipe de la Cenicienta era soltero, sin compromisos y ella no tenía ya muchos años de juventud para salir de Cenicienta. El nene seguía llamándola y su vocecita repercutía en su corazón maternal.

El plomero, al ver que Ana callaba, que reflexionaba, presentía el rechazo. Ana tenía ahora un aspecto tan distinguido en ese hermoso y amplio departamento. Cualquiera hubiera dicho que era la patrona y no una sirvienta. Y un chico la llamaba afectuosamente por su nombre. Ana estaba bien vestida, más linda que nunca, y se desprendía de ella un perfume grato, envolvente, intenso.

¿Qué podía ofrecerle él con su modesto trabajo? Apenas una pieza de conventillo con una letrina compartida por todos los integrantes del caserón. Había sido demasiado atrevimiento el suyo venir y proponerle que viviera con él. Ana lo rechazaría como otras veces, seguro.

—Acepto, Juan. Si querés, me voy ahora mismo con vos.

Creyó no haber oído bien. ¿O se estaría burlando de él?

—¿Cómo dijiste?

—Que me voy ahora mismo con vos. En un minuto me llevo mis cosas que son pocas. ¿Te parece bien?

Emocionado, apenas si pudo balbucearle:

—Claro que sí, para eso vine... Pero no creí que...

—¡Esperá aquí! Ya vuelvo.

Salió Ana con pasos firmes y rápidos que revelaban su decisión y volvió a su cuarto. Nerviosamente juntó sus pocos trapos y los metió desordenadamente en la valija. No quería volverse atrás. Iba a llevarse también la estatuilla pero la dejó. ¿Para qué?

Teresa se quedó atónita al verla salir de su habitación con la valija.

—Me voy, señora.

—¿Cómo? ¿Va a dejarnos? ¿Así, de pronto? Estamos muy conformes con usted, Ana. Pensábamos aumentarle el sueldo. No tiene que irse. La necesitamos.

Ana sintió unas ganas locas de gritarle: "Idiota, ¿no te diste cuenta de que quería quitarte a tu marido, que pensaba quedarme con todo lo tuyo? Te diste el gusto de resucitar cuando ya te creía moribunda", pero se contuvo.

—Ahora está usted bien, señora. Ya no me necesita. Encontrará otra sirvienta. Hay muchas que se ofrecen, pero búsque-

la fea, yo sé lo que le digo. Fea y un poco vieja. Me voy con el hombre que me dará un hogar, una pieza pobre, pero mía. No todas pueden tener un departamento lujoso como el suyo. Que le vaya bien, señora.

Besó a los chicos y se limpió las lágrimas. Luego tomó del brazo al plomero y lo empujó hacia el ascensor. Oyó todavía que Jorgito lloraba llamándola. Sintió que casi desfallecía al llegarle su vocecita, pero sin volver ya la mirada hacia atrás. ¡Se fue!

LA CONFESIÓN

Yo sé que va estar muy enojado conmigo, patrón, pero le aseguro que no quise burlar la confianza que me tenía. Permítame contarle lo que pasó. Hace un tiempo, cuando me sentía solo, muy solo, apareció ella en mi vida. Me deslumbró, me sedujo. Me fascinó desde el primer momento en que la vi. Hasta entonces había vivido triste y solitario, con un inmenso vacío en mi alma, pero con ella a mi lado todo cambió. La vi tan hermosa, tan llena de encantos, tan femenina.

Su presencia despertó en mí los sentimientos más hondos y más puros. ¡Qué más podía desear si con ella mi existencia estaba colmada, llena de luz! Ya nada me faltaba en lo material y espiritual, y los días se me iban pasando apaciblemente, feliz de ser joven, feliz de vivir con la mujer que amaba, feliz también de saberme protegido por usted, patrón. Nada me hacía prever el cambio que habría de producirse muy pronto en mis relaciones con ella.

Parecía sumisa, procuraba complacerme en todo, no había la más mínima sombra en nuestra convivencia. ¡Hasta que

apareció la Intrusa! ¡La Intrusa, repito! ¡No quiero dar otro hombre a ese ser que, en un comienzo, me impresionó gratamente y que ahora me resulta tan odioso! Pero debo serenarme, apaciguar mis nervios para que mi relato no sea confuso y usted, patrón, juzgue mejor mi conducta.

No sé de dónde provenía la Intrusa, ni se lo pregunté. Recuerdo que se presentó humildemente entre nosotros, expresándonos su deseo de servirnos, de sernos útil. Supo así ganarse en seguida nuestra simpatía. Era tan convincente. Sus palabras nos llegaban como untadas en miel, dulces y afectuosas...

Debo confesar que me gustaba escucharla. Nos decía que solo procuraba nuestra felicidad y yo le creí. Nos hablaba con tanta elocuencia y seguía a mi mujer durante todo el día como si fuera su sombra. Entonces yo no lo veía mal. Estaba como ciego. Pero lentamente empecé a comprender que la Intrusa iba aumentando su dominio sobre ella. Y, para peor, yo mismo sentía que la Intrusa iba envolviéndome también en la malla viscosa de sus palabras y de sus deseos.

Entonces quise rebelarme. Quise oponerme a las decisiones de esa maldita, pero fue inútil. Finalmente accedía a todo lo que me insinuaba y hasta mi mujer intervenía para evitar mi oposición. Este reconocimiento de mi debilidad me provocó una gran angustia. Hasta ese momento, me sentía orgulloso de ser todo un hombre. El varón, me decía, debe ser firme, enérgico, fuerte. Debe saber imponer su voluntad. Me lo decía y repetía incesantemente. Hubiera querido echar a esa Intrusa de nuestras vidas y gritar a plenos pulmones: "¡Aquí mando yo y solo yo, y al único que obedezco es a mi patrón, que es un padre para mí!", pero comprobaba con espanto que mi rebe-

lión se desmoronaba siempre y terminaba por hacer lo que la Intrusa quería.

Así las cosas, hasta que un día, un nefasto día, instigada por la Intrusa, mi mujer me insinuó que ambicionaba poseer un valioso objeto suyo, patrón, y me instó a apoderarme de él como un ladrón, ya que usted no lo daría. ¡Quedé realmente sorprendido y disgustado! Ella sabía, tanto como yo, que a usted le debíamos lealtad porque siempre se había comportado generosamente con nosotros. Sabía que usted confiaba plenamente, tanto en ella como en mí. Pero, inducida nuevamente por la Intrusa, por su falta de escrúpulos y por sus palabras envenenadas de codicia, envenenadas de infamia, mi mujer quería que yo traicionara esa confianza que nos tenía y me apoderase de ese bien suyo con la excusa de que usted, patrón, era muy rico y no se daría cuenta de ese despojo.

Me opuse, por supuesto. Me opuse a complacerla. Me negué no sé cuántas veces. Y cuando ya creía que ella había desistido de su vil deseo, me confesó días después que, sin tener en cuenta mi oposición, se había apoderado del objeto que codiciaba. ¡Y me lo mostró! A su lado, la Intrusa sonreía complacida. ¡Una vez más había conseguido su propósito!

¡Quedé espantado, horrorizado! En contraste con mi estado de ánimo, mi mujer estaba radiante, satisfecha de poseer lo que tanto ansiaba. Se lo reproché airadamente. Le dije que usted, patrón, se disgustaría profundamente cuando lo supiera. Ella me insistió en que usted estaba tan ocupado con sus asuntos y sus inmensas posesiones que no se daría cuenta de nada. Y la Intrusa agregó sus palabras aprobando la acción de mi mujer.

¡E incluso me decía que yo también debía disfrutar con el producto de ese robo! Las dos hablaban y repetían sus argumentos para convencerme sin dejarme protestar. Y yo, patrón, me avergüenza confesarlo, sentía que mi oposición se debilitaba, que se aplacaba mi ira, hasta terminar una vez más por tolerar lo hecho por mi mujer contra mi expresa voluntad.

He sido flojo, lo reconozco, pero también una víctima de esa malvada Intrusa a la que mi propia mujer está sometida. Usted, patrón, no tardó en comprobar mi deslealtad, mi falta de firmeza, pero fue a pesar mío. Le ruego que me perdone, patrón. No me eche de este lugar donde nací y pasé toda mi vida. Le prometo que mi mujer y yo jamás volveremos a comer otro fruto del árbol que nos prohibió.

¡La verdadera culpable fue la Intrusa, esa serpiente intrigante y charlatana, esa maldita subversiva! No debimos haberla aceptado en nuestro hermoso Edén.

Hoy, después de muchos años, cumplo con una deuda que tenía con mi abuelo: reunir estos preciados relatos en un libro. Cuando me puse a releer y revisar sus archivos, me encontré con varias carpetas y descubrí que solamente faltaba traer estos cuentos al siglo XXI. Dos de ellos recibieron premios en concursos literarios ("Comenzó con un vals" y "El hijo esperado").

Mi principal objetivo es que estos relatos lleguen a mi hijo Gabriel (tu bisnieto, abuelo), para que sepa que su bisabuelo Emilio (Samuel Schejter, como decía en su documento de identidad), que llegó como inmigrante a la Argentina cuando era muy chiquito, que apenas pudo terminar tercer grado en el "Carlos Pellegrini" porque tuvo que salir a trabajar, y que forjó su vida y armó su familia adaptándose a este nuevo país, aprendiendo de su idiosincrasia y sus personajes en cada esquina porteña, era un escritor. Y, por supuesto, que Gabriel, al leer los cuentos de su bisabuelo, pueda conocer más sobre su vívida imaginación y su creatividad.

Laura Schejter

ISBN 978-631-00-5601-2